



Seix Barral

Txani Rodríguez

La seca



Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Como si fueran calcetines...
Cuidado, ama, que te vas...
La casa olía a orégano...
Los corcheros se suben...
Las hierbas silvestres se elevaban...
El paso a nivel...
Tras saludar a numerosas personas...
¡Ha llegado el melonero, señora!...
Nuria ralentizó el paso...
Xabier, que así se llamaba...
El río en el que...
En el centro del patio...
En cuanto terminaron de comer...
Las hormigas salen...
Durante los primeros días que...
Al poco de marcharse Montero...
De camino a la casa...
Lo primero en lo que...
Una yegua castaña bebía cerca...
Nuria se detuvo para observar...
Menuda puta mierda...
Un haz de luz se...
El centro de salud y...
Nuria frunció el ceño cuando,...
Al atardecer, cuando el calor...
Estás muy sofocada...

Lo primero en lo que...
Nuria estaba convencida de que...
Empujó en vano el portón...
Al descender la vereda que...
Lo siento, ama, me he...
Al atardecer, la megafonía municipal...
Al día siguiente, la despertaron...
¡Milo, abre!...
Tras comer y bañarse en...
Nuria se fue directa a...
Decidió acostarse en el dormitorio...
Habían talado el álamo blanco...
No era lo habitual al...
Le extrañó ver la puerta...
Si, como tantas veces, desesperada...
Su madre no parecía haberse...
El reclamo de las tortas...
Antes de que apretara el...
Milo, ábreme, por favor...
Durante los dos días siguientes...
A la vuelta, en la...
Nuria pasó inquieta el resto...
Matilde estaba echada en el...
La tapicería del Audi de...
A pesar de la placidez...
Miró a través de la...
Nuria viajaba reclinada sobre el...
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

- Primeros capítulos
- Fragmentos de próximas publicaciones
- Clubs de lectura con los autores
- Concursos, sorteos y promociones
- Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Una joven del norte de España regresa con su madre al pueblo de la infancia. Durante ese verano se produce un cambio decisivo en la relación entre ambas mujeres y en el pueblo, inmerso en un proceso de modernización entre las viejas tradiciones y las nuevas formas de ganarse la vida: entre agricultores y ecologistas, y entre locales y veraneantes, que sienten nostalgia por un pueblo que no quieren que cambie.

Después de convertirse en una de las sorpresas literarias de 2020 con *Los últimos románticos*, ganadora del Premio Euskadi de Literatura y cuya adaptación cinematográfica es inminente, Txani Rodríguez regresa con una novela protagonizada por una joven fuerte e inconformista, marcada por una relación de dependencia extrema y cuidados con su madre y enfrentada a la dura realidad de los trabajadores del alcornoque en un pequeño pueblo del sur de España.

LA SECA

Txani Rodríguez



A mi familia paterna, los «corchas»

Hay un tipo de generosidad que consiste en regalar nuestra ausencia.

RAMÓN EDER

Como si fueran calcetines, cientos de pescados colgaban, sujetos con pinzas, de los cordeles que los vecinos habían extendido de una esquina a otra de sus desiguales fachadas. Algunos aún conservaban su brillo de plata; otros, ya amarronados, estaban completamente consumidos. La niña miró hacia arriba: en los tendederos de las azoteas también había pescados, muchísimos pescados.

—Son *volaores* —le explicó su madre—. Venga, vamos.

—¿*Volaores*?

—Sí, tienen alas.

No mentía: eran peces voladores que hacia el mes de julio cruzan el Estrecho de Gibraltar. Los pescadores de La Línea de la Concepción los capturan, con almadraba o con cerco, y los vecinos los secan al sol, preferiblemente cuando sopla el viento de poniente porque el viento de levante, que suele nublar los cielos, deja los pescados más amarillentos, por la humedad.

Tomadas de la mano, atravesaron un par de calles: más pescados, pescados por todas las esquinas, pero no olía mal. Hacía calor, y, sin embargo, a cada poco se revolvía un viento fresco. Se cruzaron con un hombre que paseaba desnudo de cintura para arriba y con mujeres que acarreaban bolsas de la compra. Olía a potaje y a mediodía. Las casas eran de una sola planta; las aceras, estrechas, y los coches atronaban, dejando una estela de sonidos electrónicos o aflamencados, y un olor a combustible que hacía que a la niña le picara la nariz. Aquel año, España atrajo a millones de turistas, pero por La Línea no se oían las ruedas de las maletas contra el suelo; de hecho, Cádiz aún no se había puesto de moda, y Zahara de los Atunes era una pequeña aldea de pescadores en la que se enseñoreaba el viento.

Desembocaron en la playa, y la sensación de frescor se intensificó. El golpeteo de las olas. La madre se descalzó, dijo que quería pisar aquella arena oscura. Caminaron unos metros hacia la orilla y, de pronto, la niña sintió algo parecido al miedo, porque lo inesperado siempre asusta un poco, y ella no esperaba que una roca altísima y puntiaguda se alzara sobre el mar como un gigantesco crustáceo. Aquello no le entraba en la cabeza: todo el mundo sabía que las montañas estaban en el campo y que los pescados vivían en el mar, sin volar, porque volar, volaban los pájaros.

—Ama, mira —le advirtió la niña, señalándole una jeringuilla.

Habían estado a punto de pisarla. Era la primera vez que ella alertaba sobre un peligro serio a una persona adulta y había prevenido nada menos que a su madre, que tan pendiente de los

imprevistos de la carretera había ido en el coche. Su madre viajaba siempre en tensión, con la espalda inclinada hacia el salpicadero, y a cada poco, a través de un grito urgente, sobresaltaba al padre con indicaciones sobre peligros, en realidad, poco probables: un coche que, a lo lejos, disminuía levemente la velocidad, un camión que venía de frente, el aviso de una señal de tráfico. Su intención no era mala, pero solo servía para generar nerviosismo. De todas formas, esas situaciones no disgustaban a la niña porque le encantaba ver a su madre con gafas, y solo las usaba cuando se montaban en el coche.

—Nuria, no le digas a tu padre que hemos venido a la playa.

De vuelta en el hospital, ocuparon de nuevo las mismas sillas de plástico en las que habían estado sentadas antes de salir.

—Me ha gustado mucho.

—¿El qué?

—El paseo.

Después, se entretuvo con su bolso. Olía cada objeto que sacaba: una barra de labios, una cartera, la funda de las gafas. De vez en cuando se oía alguna tos y, hasta convertirse en sordina, el golpeteo incesante de los abanicos contra el pecho de las mujeres. Por lo visto, allí dentro hacía mucho calor; de hecho, esa fue la razón por la que habían salido a dar un paseo. Vamos fuera, que Nuria aquí se va a poner mala, les dijo su madre a sus tías.

En algún momento, una voz preguntó por la familia Villanueva. Salieron al corredor y se agruparon alrededor de una doctora de larga melena rubia. Levantaba un bote de plástico transparente cerrado con una tapa amarilla. Dentro, un palo de unos quince centímetros de largo y grueso como un rotulador. La mujer explicó que se lo habían sacado del ojo derecho al paciente —el tío de la niña—, que se pondría bien, pero que no podría recuperar la visión perdida. Todos miraron el palo e hicieron gestos de negación con la cabeza.

—No parece que vaya a sufrir más secuelas, ha tenido suerte —añadió la mujer—. ¿Queréis la rama de recuerdo?

Fue entonces cuando, por primera vez aquel día, la niña sintió el calor que tanto habían mencionado los adultos en aquel hospital. Notó el sudor en la nuca y en la palma de las manos y temió perder el equilibrio. No llegó a saber si alguien quiso quedarse aquel bote que a ella le pareció horroroso.

En efecto, su tío había tenido mucha suerte: la rama del alcornoque desde la que se cayó estaba a seis metros y noventa centímetros de altura. Lo saben con exactitud porque, en cuanto se recuperó, él mismo fue a medirlo. Nunca le cogió miedo a subir a los árboles y siguió siendo corchero durante algunos años más.

—Cuidado, ama, que te vas a tropezar con el bordillo.

A Nuria le desesperaba que Matilde anduviera siempre pegada a las esquinas, a los alcorques, a los buzones de correos. Aunque la calle fuera ancha, ella siempre rondaba los obstáculos. Caminaba ensimismada, con la cabeza hacia el suelo. Nunca se apartaba si se cruzaba con alguien, no tenía en cuenta que era mejor separarse del carril bici, no detectaba las baldosas levantadas o los baches del asfalto. Su forma de conducirse obligaba a Nuria a permanecer en un estado de alerta constante.

—Que no me caigo, no me metas más miedos.

Nuria apretó los labios y negó con la cabeza. Solo quería evitarle nuevas fracturas, pero, desde hacía unas semanas, su madre le repetía que los miedos eran limitantes, y la sacaba de quicio. Estaba convencida de que había descubierto ese discurso de autoayuda en alguna revista de tres al cuarto. No podía evitar recordar que de pequeña ella era siempre la última en obtener el permiso de los padres para ir de viaje con los de su clase, que de adolescente siempre tenía que ser la primera en regresar a casa, y que incluso siendo ya adulta, cuando se despedían en algún cruce, su madre se quedaba esperando a que el semáforo se pusiera en verde para verla alcanzar el otro lado de la calle.

Desayunaron en el bar de costumbre. Nuria pagó, se limpió bien con una servilleta de papel para asegurarse de que no le quedaran restos de tortilla en la comisura de la boca, y cuando empujaba la maleta hacia la puerta se detuvo porque su madre había comenzado a dar explicaciones sobre el viaje a los dos camareros que atendían la barra esa mañana. Como su tono de voz era bastante fuerte, la docena de personas que había en la cafetería en ese momento terminó al corriente de las paradas que harían, del calor que a esas alturas de junio adormecía la serranía de Ronda, de la fecha en la que tenían previsto volver. Los camareros sonreían a su madre y correspondían a sus comentarios con buenos deseos para sus vacaciones, mientras controlaban con el rabillo del ojo que no hubiese ningún cliente esperando a ser atendido. Nuria reconocía que la apreciaban y sabía que llegaban a compartir confidencias con ella. Conocían su impaciencia —muchas veces, al entrar, pedía sin fijarse en si había alguien por delante—, pero también intuían que se interesaba por ellos, y que, normalmente, era una persona alegre, dueña de cierta comicidad

involuntaria. Nuria aguardó fuera del bar, con gesto serio, apoyada sobre su gran maleta, a que Matilde diera la conversación por concluida.

Esperaron en el andén mucho más de lo necesario porque Matilde defendía que había que ir a los sitios con tiempo de sobra. El tren se detuvo, buscaron su vagón y, en primer lugar, subió Nuria con la gran maleta. No quería que su madre llevara su propio equipaje, así que la convenció de que lo mejor sería llevar solo un bulto grande en lugar de dos pequeños. En realidad, le inquietaba que pudiera caerse por las escaleras mecánicas de Chamartín o de Atocha o de la María Zambrano y pensó que era bueno que viajara con las manos libres. Tras colocar la maleta, ayudó a subir a Matilde, quien, nada más entrar al vagón, se puso a preguntar por la ubicación de sus asientos a los primeros pasajeros que encontró. Nuria detestaba que se comportara de ese modo. Por un lado, sentía que ninguneaba su capacidad para resolver esas situaciones, y por otro, creía obvio que delataba su intención de entablar conversación. Normalmente, la gente era amable, pero de vez en cuando su madre se topaba con personas amargadas, o lastradas por algún tipo de complejo de superioridad, que la ignoraban o le ponían mala cara. Cuando Nuria percibía esa displicencia, sentía ganas de encararse con aquellos desconocidos, y, al mismo tiempo, se enfadaba con su madre por exponerse a situaciones tan desagradables; pero Matilde no se molestaba si alguien no le respondía porque tendía a pensar que no la habría oído, y si detectaba, por evidente, que no le había querido responder, parecía entonces compadecerse de la estulticia ajena, una actitud sabia, muy alejada del impulso de confrontación de Nuria.

Ocuparon, por fin, sus asientos. Matilde adoptó cierto aire de mundanidad —se colocó las gafas, sacó una novela del bolso y se enfrascó en la lectura— porque iba a hacer un viaje largo. A veces, levantaba la vista, miraba el paisaje a través de la ventanilla y parecía ausente. Nuria creía saber cómo se sentía. Los viajes en tren, aunque no fuera el primero que hacían juntas, conservaban su exotismo porque ellas, durante muchos años —un periodo que abarcó la primera juventud y madurez de Matilde y la infancia y la juventud primera de Nuria—, no viajaban; ellas, simplemente, iban al pueblo. Su padre cargaba el coche durante alguna madrugada del verano y se lanzaban, antes del amanecer, a cruzar la península de norte a sur. El trayecto por aquellas carreteras nacionales llegaba a resultar extenuante, pero la ilusión los mantenía de buen humor. En aquella época preferían viajar en coche porque les resultaba más barato y porque así podían llevar maletas, bolsas con regalos para los primos, una nevera con huevos duros y agua fresca, el neceser, cajas de zapatos, paquetes de café que un conocido mandaba a los familiares de Jimena de la Frontera, el pueblo de su padre, que visitaban a menudo desde el cercano pueblo de su madre, donde tenían la casa. Solo se permitían ir a alguna playa de la Costa del Sol un par de veces. Comían en un chiringuito y las vacaciones se parecían, por fin, a las vacaciones de los anuncios y de los compañeros de clase de Nuria. Matilde, medio isleña, íntimamente vinculada al mar, era feliz durante aquellas jornadas. Se acercaba a la orilla y, tras muchos aspavientos porque

el agua siempre le sabía fría, se agachaba un instante para mojarse. Aunque creció con un pie en la playa de Maspalomas y otro en Estepona, donde destinaron a su padre, que era guardia civil, nunca aprendió a nadar. Todo lo viajó de niña, Matilde.

—Se va bien en el tren, ¿verdad? —preguntó Nuria.

—En el autobús habríamos ido mejor.

—Yo no aguanto diecisiete horas en el autobús con estas mascarillas.

—Pues yo sí: te sientas y te desentiendes, y no tienes que estar con las maletas para arriba y para abajo.

Nuria se había prometido no discutir durante el trayecto y evitó decirle que siempre le buscaba pegas a todo lo que ella decidía.

—Mira —dijo bajando la cabeza y abriendo el libro que había dejado sobre sus piernas—, cuando leo, la mascarilla se me sube hasta los ojos. —Arrugó la nariz varias veces, como si fuera un pequeño roedor.

Nuria sonrió. A menudo su madre le parecía una niña pequeña.

—Ajústatela mejor, ama.

Chozas con tejados de brezo en las que el tío Gabriel ordeñaba las cabras, curaba los quesos y guardaba los cántaros de latón; un Land Rover de color verde detrás de un gigantesco camión cargado de corchas; conejos colgando de los cinturones de los hombres; un gran cuarto en el que echaban la siesta los cinco hijos varones de su tía Pepa, el olor denso de aquella habitación, que ella asociaba con el de la leche rancia, las botas a los pies de los catres; su prima Reyes, con su pelo negro y ensortijado, riendo a lomos de un carnero; la oscuridad de aquellos campos frondosos de Jimena de la Frontera a plena luz del día; las rocas que se abrían paso desde el fondo de la tierra; unos pavos reales que la asustaban; un plato de sopa de cocido con hierbabuena; vasos de cristal rayados por el uso; una fuente con un caño —bebe del hueco de tu mano y asegúrate siempre de que no haya bichos antes de echarte el agua a la boca—. Nuria recordaba esas imágenes mientras la silueta de la Sierra Salvada aparecía imponente al otro lado de las ventanillas del tren.

Recordó también una noche en la feria de Jimena: su padre sostenía una copa de manzanilla de Sanlúcar, como si se le hubiera olvidado que podía depositarla sobre la pequeña mesa redonda que ocupaban. No le quitaba la vista de encima al cantaor que amenizaba aquella noche el recinto festivo; sin embargo, Nuria comprendió que, realmente, su padre no estaba mirando a aquel hombre, sentado muy recto sobre una silla de enea; su padre miraba hacia algún instante perdido de su juventud o de su infancia o de un pasado que ni siquiera le perteneció, porque ella sabía que a veces, al escuchar el cante, se puede viajar al centro mismo de los bosques, y sabía que era

posible perder la vista en las llamas de una hoguera baja, alrededor de la cual resuenan unas voces rotas que desvelan el sentido último de la negritud de la noche. Y sabía, sin necesidad de que nadie se lo hubiera explicado, que, en esos momentos, lo que en realidad atraviesa los corazones es un lamento hondo que cruza, desde antiguo, el tiempo.

Llegaron a Málaga, después de un trasbordo ajustado porque el AVE se detuvo al poco de dejar atrás Madrid: alguien había robado el cobre de las vías, algo —robar cobre, como en los años cincuenta— que arruinó la impresión de cosmopolitismo que se había apoderado de Nuria.

Se alojaron en un hotel del centro. Compartieron habitación, satisfechas por la pequeña aventura que significaba dormir fuera de casa, como si sobre aquellas camas no descansaran ellas, sino las mujeres que fueron: la que dejó atrás su primera juventud sin haber viajado apenas y la que alcanzó su juventud primera sin apenas haber viajado.

La casa olía a orégano, a aire viciado y a insecticida. En cuanto dejó la maleta en el interior, abrió de par en par la puerta de la calle, que daba directamente al salón. Después, entró en el dormitorio de su madre y comprobó que las persianas y las contraventanas funcionaban. Bajó los tres escalones que conducían a la planta inferior y repitió la operación: abrió su dormitorio, que se comunicaba con la cocina a través de una puerta que Nuria dejaba abierta por las noches para ventilar. Lo malo era que la cama estaba tan cerca de la nevera que cada vez que su madre se levantaba a beber agua fresca le llegaba el olor a comida, que le revolvía las tripas. El baño, situado a la derecha de la cocina, contaba con una pequeña ventana corredera que también dejó abierta. Matilde, desde el salón, la agobiaba con indicaciones: deja la ropa que sea para planchar sobre la cama; compra una garrafa de agua de cinco litros, que luego cierra la tienda; mete las cremas y el maquillaje en la nevera, mira que con el calor se estropean.

—¿Por qué no dejas la plancha para mañana por la mañana, que hará menos calor?

Matilde, que se había afanado en colocar toallas en el cuarto de baño, no le respondió. Nuria detestaba que se comportara como si fuera la encargada de una empresa de limpieza y no como una mujer que había ido al pueblo para descansar.

—También hay que ir a ver al tío Alfredo —ordenó la madre.

—Yo iré otro día, hoy hace mucho calor.

—Claro, eso está precioso: vienes al pueblo y no vas a ver al único tío que tienes aquí.

—Ya te he dicho que lo veré otro día.

—Es mi único hermano.

—Déjame tranquila, ama, que acabamos de llegar. Deja que me asiente, por lo menos.

La discusión se zanjó pronto porque, por fortuna, el tío Alfredo se presentó en la casa poco después. Tenía los ojos enrojecidos y emanaba un inequívoco olor a aguardiente. Llevaba unas botas de campo muy pesadas, un pantalón de tela marrón y una camiseta de camuflaje o quizá del ejército de tierra. No se vio obligada a abrazarlo: aquel verano nadie se acercaba demasiado a nadie.

—¿Has estado de cacería? —preguntó Nuria, más por subrayar lo absurdo de su indumentaria que por ninguna otra razón: sabía de sobra que hacía años que su tío no cazaba, ni trabajaba en nada. Recibía una paga miserable por incapacitación, tenía las piernas destrozadas.

—¿De cacería? —Se rio con aire paternalista—. ¿Cuándo he ido yo a cazar en agosto, mujer? Y, además, ya casi no hay perdices, que era lo que a mí me gustaba. Los ecologistas, que son muy listos.

Nuria no ahondó en la conversación, era consciente de que si habían embarrancado en ese punto tan incómodo había sido, en gran parte, por su propia impertinencia. Decidió abrir la puerta del patio, su parte favorita de la casa, para tratar de crear corriente, y, de paso, quitarse de en medio. La luz repentina la cegó, pero logró distinguir la figura de un hombre junto al limonero. El corazón empezó a latirle en las muñecas.

—Ahora mismo termino. ¿Cómo ha ido el viaje?

Montero, agachado bajo el árbol, echaba matas a un cestón de mimbre. Nuria estaba tan sorprendida que no pudo contestar.

—Lo llamé yo para que os arreglara un poco esto —explicó, a su espalda, Alfredo.

—El viaje, muy cansado —le respondió por fin Matilde, que inspeccionaba los árboles y el huerto.

—Bueno, ahora tiene usted un mes para descansar.

—¿Descansar? Mira, yo ahora mismo, en cuanto me refresque, tengo que abrir las maletas y ponerme a hacer cosas, ya me gustaría a mí descansar.

Mientras Matilde enumeraba la lista de tareas que, sin duda, no iba a acometer aquella misma tarde, Nuria se fijaba en los antebrazos de Montero. Tenía pequeños arañazos, se habría pinchado en el campo, con las zarzas. Él levantó la cabeza, seguramente para descansar de la incómoda postura que mantenía, y pudo verle, por fin, la cara.

Al poco, Matilde y Alfredo salieron del patio sin dar explicaciones. Ella sabía que iban a casa de la vecina, que siempre los recibía con cervezas frescas y chacinas de la tierra.

—Ahora voy yo, ama —gritó mientras fregaba un vaso, los nervios le habían dejado la boca seca.

Cuando sus voces se alejaron, Montero, que también había estado pendiente de los movimientos de Matilde y Alfredo, entró en la casa, cerró la puerta de la cocina, se acercó a Nuria, la miró con una expresión tan seria que la hizo dudar de su intención, le acarició la cara con sus manos sucias y después la besó: ella sintió los labios finos presionando los suyos, sus manos en la espalda y le alcanzó su olor a tierra y sudor. Creyó volver a sentir que el entorno tomaba una consistencia distinta cuando estaba a su lado: las baldosas de loza, el alicatado blanco y azul de la pared, el mueble de obra de la cocina, la campana extractora, las contraventanas de madera, el enrejado, la luz de fuera, la luz. De pronto, Montero se separó e hizo un gesto de negación.

Nuria recorrió los escasos veinte metros que separaban su puerta de la puerta de su vecina, mientras veía a Montero alejarse con el cestón lleno de ramas y matojos. Gloria le ofreció una

cerveza en cuanto asomó en la casa.

—Tienes la cara sucia, Nuria —le dijo su madre desde la mecedora en la que se había arrellanado.

Ella prefirió quedarse de pie, para estirar las piernas.

—Puede ser, sí —respondió—, he estado alrededor de los tomates, para ver si están ya maduros.

—¿También entiendes de tomates? —le preguntó con ironía su tío.

Le dio un trago a la cerveza y miró hacia la calle: la luz era rotunda. Un gato gris merodeaba cerca de la puerta de su casa, tal vez en busca de algún insecto. Justo enfrente, el murete en el que años atrás tanta gente se sentaba para tomar la fresca. Nuria conserva una fotografía en la que aparecen su padre, con un ojo más abierto que otro y con aspecto de acabar de salir de la ducha, unos tíos de su madre y dos vecinas. Detrás de ellos, se distinguen las adelfas, repletas de flores blancas; y al fondo, el contorno oscuro de Los Alcornocales en el crepúsculo. Solo resiste el paisaje: el muro, las adelfas, las montañas. Se acercó al murete y se sentó justo en el lugar que ocupaba su padre en aquella fotografía, apoyó sus manos sobre el ladrillo, tal y como él las tenía colocadas, y dejó que aquella superficie recalentada al sol le quemara las palmas de las manos.

Los corcheros se suben a las ramas de los árboles y parecen pájaros gigantes. Cada verano, un poco antes del amanecer, cuando cantan los estorninos apostados en los cables de la luz, esos hombres salen de sus casas. En una mano sostienen una garrafa de agua forrada con espuma de poliuretano, y en la otra, el mango del hacha con la que trabajarán durante toda la jornada descorchando alcornoques. A la espalda, una mochila. Desde que era una niña, Nuria los observa, descalza, a través de las rendijas de las persianas: doblan, aún en silencio, las esquinas de las calles del pueblo, atraviesan las plazuelas, alcanzan el paseo. Si no los han cubierto con fundas de cuero, los filos de las hojas de acero centellean en lo negro de la noche. Alguna persona desprevenida podría asustarse al ver un puñado de hombres armados en la madrugada, pero lo cierto es que aquella imagen era, en realidad, familiar, pacífica y próspera. Mientras ella, de vuelta en la cama, concilia de nuevo el sueño, los corcheros, los arrieros y los recogedores se montan en todoterrenos, toman curvas y se internan después a pie en el bosque, que, debido a su cercanía con el Atlántico, es húmedo y denso. Por la mañana, en el campo, el aire parece recién enjuagado, y huele a romero, a orégano, a tomillo, a poleo, al café de los termos y a tabaco. Algunos fuman el primer cigarro del día sentados en el saliente de alguna roca, rodeados de helechos y de laureles, mientras otean el cielo a la espera de ver un águila o un halcón peregrino. Hablan poco, aún no se les han despertado las ganas de conversar. Se oye el rebuzno de los mulos de los arrieros y la escaramuza de algún animal. La jornada tiene que arrancar. Por la noche, hacheros, arrieros y pesadores dormirán en sus casas. Antes, en los tiempos del tío de Nuria, las cuadrillas pasaban quince días seguidos en el bosque, trabajaban a destajo y volvían para pasar dos días de descanso hasta la segunda quincena. Los acompañaba un cocinero, pero comían siempre lo mismo: sopas con pan migado por la mañana, garbanzos al mediodía y gazpacho por la noche. Era la época en la que las palmas de las manos se les ponían negras. De niña, Nuria creía que las tenían siempre sucias, después supo que se trataba de una reacción química generada por la savia del árbol. Hace años ya que trabajan con guantes y que la negrura de las manos de los hombres no delata el oficio. Sin embargo, aún es necesario que trepen por los troncos, ayudados, en ocasiones, por una escalera. La imagen de esos hombres sobre las ramas es poderosa y antigua, pero está amenazada.

Las primeras noches del verano siempre extraña el olor a cerrado de ese dormitorio, y le molestan las hormigas que escalan hasta la cama y los ruidos que hace el colchón cuando se mueve, y le intrigan los pasos de los corcheros y las voces que llegan del otro lado de la ventana,

y la sobresalta el estruendo del tren al pasar. En la pared donde se abre la ventana se ha apostado una pequeña salamanquesa. Sabe que es inofensiva y que se alimenta de mosquitos, tan molestos, pero, aun así, preferiría que saliera de su habitación. Se gira hacia la puerta, da la espalda al pequeño reptil.

Las hierbas silvestres se elevaban sobre el césped descuidado. Había crecido, incluso, una pequeña calabaza cerca de la orilla. La zona de baño aparecía asilvestrada; el paisaje, levemente distorsionado. Ni rastro de los merenderos de madera ni de las sombrillas de brezo. Sin embargo, aquel lugar conservaba todo su atractivo: el agua clara, la vegetación frondosa de sus orillas, las montañas en segundo plano, el rumor de las hojas, el olor a tierra. Durante el invierno, cuando la abatía la tristeza y los días se encadenaban con la indolencia de un domingo por la tarde, se recordaba que en unos meses podría bañarse en el río. Miró hacia el gran fresno de la orilla de enfrente y se extrañó de que no hubiera niños trepando por el tronco de aquel gran árbol para lanzarse al agua. Al día siguiente supo que el ayuntamiento, siguiendo las titubeantes directrices de Sanidad, había desaconsejado el baño. La mayoría de los vecinos del pueblo lo interpretó como una prohibición, así que, ante el temor de contagios y salvo algunas excepciones, por allí solo aparecían forasteros.

Se sacó el vestido que llevaba, un trapo de algodón amarillo, desgastado y con tirantes. Tenía ganas de refrescarse. Notó un dolor familiar al pisar las piedras. Cuando terminaban los veranos, era capaz de caminar por la orilla sin problemas. Su estancia en el pueblo no se medía por el bronceado, sino por el curtido de las plantas de sus pies. Avanzó, se metió en el agua, sus músculos abdominales se contrajeron: aquel frío. Comenzó a nadar cauce arriba, braceando con suavidad para poder oír el desplazamiento del agua. Ante ella se extendía un paisaje de belleza panorámica. Si nadaba en silencio y descendía a los detalles, podía observar a las tortugas, que descansaban en los salientes de las piedras o en los troncos retorcidos de las orillas; a veces, de pronto, la sorprendía el vuelo azulado de algún martín pescador. A cada poco, se detenía, se colocaba boca arriba con los brazos extendidos y se concentraba en el sonido de su respiración. En una de esas ocasiones, oyó unas brazadas y sonrió: sabía que era Montero y se alegró de que él no hubiera decidido dejar de bañarse en el río. Ambos se detuvieron en mitad del cauce. Nuria se desplazó hasta situarse frente a él. Entonces, sin que mediara palabra o gesto alguno, se sumergieron. Bajo el agua, el pelo de Montero resultaba algodonoso, irreal. Se estabilizaron sobre el fondo del cauce, que no era muy profundo a esa altura por lo que la luz se filtraba para iluminarlos, y, como hacían desde que eran adolescentes, y sin intuir que iba a ser la última vez que lo hicieran, se besaron con los labios cerrados y los ojos abiertos, antes de volver a la superficie.

A la vuelta, encontró a Matilde tumbada en el sofá, con el cuerpo girado hacia la pared y la televisión a un volumen inaudible. Se fijó, una vez más, en la cicatriz de su tobillo. Aquella marca le recordaba la fragilidad de su madre, la asustaba: el miedo le subía desde el estómago, le atravesaba la espalda y le oprimía la nuca. Las pasadas Navidades, Matilde resbaló en las escaleras que daban paso a un túnel subterráneo. Nuria estaba medio adormilada en el sofá, bajo las mantas, cuando recibió la llamada de su madre. Salió corriendo de casa.

—Creo que me lo he roto —dijo Matilde mientras se levantaba la pernera. El tobillo totalmente descolocado apuntaba en dirección contraria al pie.

—¿Te has mareado?

Nuria temía que la caída fuera la consecuencia de un desvanecimiento, originado, a su vez, por alguna enfermedad. El tremendismo siempre había formado parte de su carácter.

Se había roto la tibia y el peroné, tenían que operar, les dijeron, y su madre contestó, como si la aceptación del diagnóstico fuese opcional, que había sacado billetes de tren para ir a Málaga el día siguiente. Pasaron la noche en uno de esos diminutos cuartos habilitados para las esperas que se dilatan demasiado antes de los ingresos. Estuvieron solas varias horas, pero, bien entrada la madrugada, una joven pareja ocupó la habitación. Eran chinos. Ella tosía, se ahogaba. Él pidió a Nuria que le prestara el cargador del móvil. No le sirvió y se lo devolvió enseguida. Se fijó en que llevaba gafas, el chino, como si esa observación constituyera algo definitorio. Matilde no se quejaba del dolor, de hecho decía que no le dolía, pero tenía sed y le habían prohibido beber antes de la operación. Nuria recuerda la angustia que producía escuchar toser a la joven china.

A primera hora de la mañana subieron a planta a Matilde. La habitación tenía unos ventanales amplios desde los que se veía el monte. La traumatóloga las visitó y les adelantó que la operación se llevaría a cabo hacia la una del mediodía. Nuria volvió a preguntar si estaban seguros de que no se había mareado por algún problema neurológico y la doctora respondió con tanta contundencia que aquella inquietud que ella arrastraba desde la tarde anterior desapareció de forma instantánea. Liberada de la angustia, se vio capaz de manejar la situación con madurez.

—¿No te duele?

Matilde estaba metida en la cama, con el camisón del hospital.

—Tengo mucha sed.

Nuria se levantó de la butaca, se le acercó, la miró levantando las cejas en un gesto interrogante, heredado de su madre, que repetía a menudo —una pregunta que no esperaba respuesta, sino mostrar desconcierto, ignorancia o incredulidad— y le dio un beso en el pelo. Sintió ganas de llorar, le sucedía cuando mostraba cariño a alguien, algo que pasaba en muy pocas ocasiones.

—Ya te han dicho que no puedes beber.

La operación fue un éxito. «Todo muy bueno», resumió el cirujano polaco que la había intervenido. Transcurridas un par de horas, volvieron a la habitación. Nuria salió un momento

para distraerse: de nuevo, los pasillos vacíos. Habían adornado las paredes con las cuñas que se usan para mear; unos cuernos de arce y gorros de Papá Noel confeccionados con fieltro obraban el milagro de convertir en navideños unos objetos tan funcionales como aquellos. Se sintió conmovida. Será por el cansancio, pensó. Preguntó a una enfermera si creía que compartirían la habitación con alguien. Le aseguró que seguirían solas porque no había operaciones programadas. Aquella planta, tan desangelada, parecía un antiguo hotel soviético de frontera.

Volvió a hacerse de noche, apagó las luces de la habitación, encendieron el televisor, reclinó la butaca. Nuria se olió por dentro de la camiseta porque llevaba dos días sin ducharse y sin cambiarse de bragas y detectó el calor de su cuerpo y cierta densidad en el aire que se empotraba entre la ropa y la piel. Se puso a revisar Twitter. Recuerda que le llamó la atención una información del periodista Zigor Aldama en la que alertaba de que se había detectado un brote de neumonía atípica en la ciudad china de Wuhan y de que la gente estaba comenzando a preocuparse. No le dio importancia. Se durmió amparada en la certeza de que al día siguiente volverían a casa para celebrar tranquilas la Nochevieja.

—¿Qué tal, ama?

Nuria, tras apartar un envase de yogur, se sentó en la esquina del sofá que quedaba libre y se quitó la mascarilla que llevaba enganchada al codo. De momento solo la usaban en interiores, pero pocos días después la Junta de Andalucía impondría su uso generalizado.

—La mascarilla estará ya para tirarla a la basura —contestó Matilde mientras se levantaba del sofá. Bajó a la cocina y subió con un bote de uvas en aguardiente que le había regalado la vecina.

—No comas muchas, que te mareas.

—Ya, que te importa a ti mucho cómo esté yo —le soltó con la vista puesta en la pantalla del televisor.

El gato gris que había visto el día anterior se había asomado a la puerta y las miraba con seriedad.

—¿Qué pasa ahora?

—Te vas por ahí y no te llevas ni el móvil —le reprochó justo antes de comerse una uva.

Nuria tenía miedo de que le sentaran mal, demasiado aguardiente, y se tropezara al subir o bajar los escalones.

—Estaba en el río, ama, a diez minutos.

—Quítate la ropa, que la tienes mojada. —No le hizo falta mirarla para saberlo—. ¿Y si me pasa algo? —añadió.

—No se tarda ni diez minutos en llegar. Como tú no te mueves para nada, pues igual se te ha olvidado lo cerca que está.

—Llevar el teléfono no te cuesta nada.

—No quiero vivir pegada al móvil, déjame respirar un poco.

—¿Respirar? ¿Y yo qué te digo? ¿Me meto yo en tu vida?

Nuria sintió un hastío muy profundo. El cansancio acumulado durante los últimos meses le trepó, incontenible, hasta la punta de la lengua.

—¡No es que te metas en mi vida, es que no me dejas vivir!

Aunque no era la primera vez que le lanzaba ese mismo reproche, se arrepintió al instante de haber empleado un tono tan severo, pero ya era tarde y sabía de sobra que no podría contener el victimismo de su madre. Por fortuna, el ruido de un tren de mercancías le ahorró tener que escuchar la mitad de su discurso. Se levantó del sofá.

—¿A dónde vas ahora?

Al salir, Nuria casi se tropieza con el gato, que seguía en el umbral de la puerta.

—¡Joder! —gritó al animal, que salió corriendo espantado calle abajo.

El paso a nivel, con dos semáforos y dos barreras enfrentadas que bajaban y subían, regulaba el paso de personas de una parte a otra del pueblo, dividido por las vías. A un lado quedaban el río, varias casas rurales y de reposo, la plaza, los bares, el ayuntamiento, el estanco, las tiendas de alimentación, una tienda de regalos y menaje y dos peluquerías; al otro, los montes que se enclavaban en el Parque Natural de Los Alcornocales, la casa forestal, la sucursal bancaria, la iglesia, la estación del tren, el consultorio médico, el hogar de los jubilados, la biblioteca, el hotel rural, el campo de fútbol. Las barreras ascendían y comenzaba el tránsito de personas afanadas en tareas corrientes: comprobar si les habían ingresado la pensión, comprar fruta, hacerse unos análisis de sangre. Las barreras descendían y el tránsito cesaba. Cruzar hacia un lado, cruzar hacia otro: el sistema circulatorio local.

Nuria dejó atrás la plaza y antes de cruzar las vías se detuvo porque se empezó a sentir mal. Desde hacía varias semanas, notaba de pronto que le faltaba el aire, que el corazón le bombeaba muy rápido y de forma infructuosa y que el pecho le dolía, aunque lo que más le inquietaba era la sensación de mareo, de inestabilidad, la incapacidad de caminar en línea recta. Las manos le temblaban, pero lo que le impedía realizar cualquier acción con éxito era la ansiedad que la empujaba a lanzar un instante contra el siguiente, como si de aquellos minutos, convertidos en una maraña enredada, no consiguiera extraer tiempo operativo, sino una sustancia pegajosa, ineficaz. Sabía que, en esos momentos, tenía que detenerse, respirar varias veces y convencerse de que no se iba a desmayar. Cuando se restableció, siguió caminando, rebasó el edificio de la estación, ocupó una de las mesas de la cantina, que no era más que una pequeña caseta de hormigón muy bien aprovechada, y pidió una cerveza. Frente a ella, se erguía un enorme depósito ferroviario de agua, que en algún momento sirvió para alimentar las locomotoras; debía de medir unos siete u ocho metros de altura. Le recordaba a las películas de vaqueros. En la estación se conservaba también una aguada, que quedaba justo a su espalda, y unos metros más adelante, entre unos muretes de piedra, estaban los antiguos cambios de agujas. Nuria siempre miraba aquella ingeniería medio oxidada mientras esperaba el tren, como si a través de sus mecanismos fuera a acceder a algún saber antiguo. Se reclinó sobre la silla de plástico. Le gustaba aquel lugar, su inesperada frondosidad: en los arriates que se dispersaban por el andén habían plantado naranjos; en la fachada de la estación colgaban numerosas macetas con flores, y a ambos lados de la cantina, en una extensión de tierra que no se había destinado a ningún fin concreto, crecían los jazmines, las adelfas, las buganvillas y los rosales. Nuria le pegó un trago

largo a la cerveza. Se había levantado un aire fresco que se agradecía tras el calor diurno. La estación era el verdadero centro histórico del pueblo. Aquella línea la había construido la compañía inglesa The Algeciras-Gibraltar Railway Company Limited con la idea de procurar un enlace ferroviario a Gibraltar; pero el ferrocarril nunca llegó a la colonia británica debido a la oposición del gobierno español. Los promotores se tuvieron que dar por satisfechos con proyectos que incluyeran una parada a la altura del municipio de San Roque, cercano al Peñón. Si se miraba alrededor, al paisaje verde y cerrado de Los Alcornocales, costaba creer que a pocos kilómetros se encontrara una ciudad británica, con *fish and chips*, restaurantes hindúes, guardia inglesa y monos.

Al levantarse de la mesa, dispuesta a irse de la cantina, distinguió dos figuras que caminaban hacia ella por el andén. Cuando los reconoció, trató de improvisar, en vano, alguna manera de evitarlos. Tragó saliva y se preparó mentalmente para pasar el mal rato. Aquel era uno de los peores momentos del año desde hacía demasiado tiempo.

—¡Por fin te veo! —le dijo Alba mientras hacía el gesto, que ella correspondió, de chocar el codo. Sus ojos conservaban la sinceridad de siempre, y le pareció que estaba aún más guapa de lo habitual: tal vez más morena, o más delgada, o con un nuevo peinado.

—Solo llevo unas horas aquí —aclaró.

—Sí, lo sé, me lo dijo él. —Miró a Montero para invitarle a entrar en la conversación, sin éxito. A Nuria le extrañó verlo con camisa, solía vestir camisetas. El color blanco le favorecía, se lo habría dicho si hubieran estado a solas—. Tenemos que quedar para tomar un café.

—Claro, Alba, cualquier día de estos —mintió—. Bueno, voy a ver qué está haciendo mi madre.

—Dile que iré a visitarla.

—Se lo diré.

—Me alegro mucho de verte, Nuria.

—Lo sé —reconoció, procurando que su voz no sonase resignada.

Alba, cada verano, pasaba por la casa para saludar a Matilde y llevarle unos ramitos de hierbaluisa de su huerto, que era también el huerto de Montero. Ponedlos en la mesita de noche, les indicaba, ahuyenta a los mosquitos.

Durante años, la familia de Alba regentó una pequeña tienda de ultramarinos en la calle donde estaba la casa de Matilde. Nuria recuerda un peso de balanza, una cesta de mimbre llena de fideos y, sobre todo, las chucherías que se amontonaban en una esquina del mostrador. Vendían también globos, y, antes de ofrecerlos, el padre de Alba los hinchaba con la boca para asegurarse de que no estuvieran agujereados. Nuria se hizo amiga enseguida de aquella niña morena que la buscaba para ir al corralón, que es como llamaban al campo de fútbol, para jugar a los cromos o, simplemente, para sentarse en el muro a charlar. Cuando la tienda cerró, Alba dejó de ir por el

barrio. Durante algunos años continuaron quedando a veces para jugar o pasear, pero con el tiempo se distanciaron. Como recuerdo afectuoso de aquellos veranos, Alba mantuvo la costumbre de visitar la casa en la que tantas tardes había merendado tortas fritas o pastel de manzana cuando era niña. Su madre agradecía la hierbaluisa y ella procuraba pasar el mal trago como podía.

—¿Te cae mal Alba? —le había preguntado Matilde en alguna ocasión.

—No, qué va —se apresuraba a afirmar, y no mentía.

Al deshacer el camino andado reparó en que la terraza del bar de la plaza se había llenado de gente dispuesta a disfrutar de la noche. El volumen de la música estaba alto; debían de haber dirigido los altavoces hacia la calle, pensó. Le habría gustado sentarse a una de esas mesas, vestida con algo bonito, frente a Montero, y recorrer con la mirada la parte del cuello y del pecho que dejaba a la vista su camisa blanca. Le habría gustado ocupar el lugar de Alba. Durante el invierno, Nuria entraba en las redes sociales para espiar las páginas de los contactos en común con el deseo de verla en alguna fotografía y descubrirla más gorda, más fea, más vieja. Después se arrepentía de sus malos deseos. Sabía de sobra que era una buena persona; sin embargo, no podía evitar sentir envidia al pensar que llegado el caso sería a Alba a quien él protegiera: era su mujer. Regresaron entonces los remordimientos de conciencia; de hecho, se juzgó a sí misma con tanta severidad que volvió a la casa con la certeza de que no estaba legitimada para indicar a nadie, ni siquiera a su madre, cómo debía conducir su vida.

Matilde seguía tumbada en el sofá, con la mirada puesta en ninguna parte y con el televisor encendido. Hacía mucho calor dentro de la casa, por lo que Nuria abrió las puertas de par en par.

—¿No vamos a cenar?

—Yo no tengo ganas de salir, estoy cansada.

Nuria escrutó el bote de las uvas en aguardiente; en apariencia, no había mermado.

—¿Estás mareada?

—No, estoy cansada. Cena tú.

Por lo visto, pensó Nuria, Matilde había decidido retomar la actitud que mantuvo durante la convalecencia que siguió a su operación. Cuando se mudó temporalmente a su casa, pasaba la mayor parte del tiempo en la cama del cuarto que ella solía utilizar como despacho. Tan solo a media mañana y a media tarde pedía ir al sofá para ver un poco la televisión. La silla de ruedas que les había dejado una vecina permanecía aparcada en el descansillo porque no entraba por la puerta; dentro del piso se apañaban con la silla del escritorio, que tenía ruedas. Nuria se veía

obligada a agacharse para apoyarse en la base del asiento; si imprimía fuerza sobre el respaldo, que era muy inestable, la silla apenas avanzaba, y si avanzaba, lo hacía a trompicones. A los pocos días, comenzó a acusar un ligero dolor de espalda que con el paso de las semanas se agravaría.

Por fin le retiraron la venda a Matilde y se empezaron a duchar las dos juntas. Nuria se colocaba sobre el plato en primer lugar, vigilando, con un nudo en el estómago, a su madre, que tenía que salvar, agarrándose al toallero calefactor, un pequeño escalón. Después, abría el grifo del agua caliente y hasta que no se templaba, no le mojaba la cabeza.

—Cuando vuelvas a tu casa, deberías empezar a lavarte el pelo en la ducha, ama, que un día al levantar la cabeza del fregadero te vas a marear.

—No, que me ahogo —respondía tajante.

—¿Cómo te vas a ahogar, por Dios?

En el hueco de la ducha, situado en el extremo opuesto a la puerta, se abría una ventana que daba al balcón. A ambas les gustaba la luz que, al entrar en el cuarto de baño, se anaranjaba sobre las baldosas y sobre el pavés del murete que cumplía como mampara.

Después de enjabonarle bien el pelo y enjuagárselo con cuidado de que el agua no le cayera por la cara —que se ahogaba—, Nuria le pasaba la esponja por la espalda. Le alegraba ver su piel firme y sin arrugas porque la ayudaba a proyectar una imagen favorecedora de la persona que ella misma sería treinta años después. Se engañaba, toda su información genética parece paterna: la piel, delicada como el papel de arroz, la mala circulación, los pliegues de carne bajo los omoplatos.

Una vez que Matilde terminaba de enjabonarse todo el cuerpo y de enjuagarse, la envolvía en una toalla, le secaba un poco el pelo, la ayudaba a salir de la ducha y a sentarse en un pequeño taburete que colocaba entre la pared y los dos lavabos. Solo entonces, medio tiritando, se colocaba Nuria bajo la ducha, y dejaba que el agua caliente la atemperara a ella.

Al salir del baño, dejaban tras de sí un rastro festivo de vaho y de olor a gel, champú y crema hidratante.

Matilde solía aprovechar para pintarse los labios frente al espejo de la peluquería. Después, de camino a cualquier terraza, con la pierna tesa apoyada sobre el reposapiés abatible de la silla de ruedas, buscaba con la mirada a conocidos para poder charlar. Ocupaban alguna mesa libre de los bares de la avenida y dejaban que el sol de invierno las arrullara mientras bebían un vino blanco. Si Nuria veía a alguno de sus antiguos amigos, giraba la cabeza y repiqueteaba con los dedos sobre la copa.

—No, no estoy sola, estoy en casa de mi hija —solía aclarar Matilde cuando algún conocido se interesaba por su estado. Y entonces las miradas y los gestos sonrientes se dirigían a Nuria—. Aún debo guardar reposo un mes y medio —explicaba con resignada gravedad.

Si aquellas conversaciones se alargaban, Nuria, que detestaba hablar con personas a las que no conociera bien, se entretenía mirando el móvil. Durante aquellos días, se habían intensificado los mensajes de Milo, que andaba nervioso con presagios y señales del fin del mundo.

—Tendríamos que estar en Málaga —dijo Matilde una de aquellas mañanas—. Me hacía ilusión volver a pasar allí la Navidad, después de tantos años.

—A mí me da igual ir que no, ya lo sabes —mintió—. Además, el verano es mejor. ¿Quieres otro vino?

Se fijó en que el gato había avanzado posiciones y se encontraba ya repantigado en el sofá. No quiso hacer ningún comentario al respecto.

—Te has enfadado conmigo.

—No.

—¿Y las uvas? No vayas a comer muchas, que te emborrachas.

—¡Otra vez con lo mismo! —protestó—. Te han llamado al teléfono móvil.

—¿Para qué hemos venido al pueblo? ¿Para que estés todo el día tumbada en el sofá? Te vas a poner mala con este calor. ¿Por qué no has salido al patio?

Tres caballistas pasaron por delante de la puerta de la casa; Nuria asomó un instante la cabeza para verlos.

—No tengo ganas.

—Dime para qué venimos.

—Venimos por ti.

—¿Por mí? A mí me da igual no venir —mintió de forma sobreactuada, negando energicamente con la cabeza—. Eres tú la que tiene aquí familia.

—Yo estoy bien, déjame que haga lo que quiera. ¿No haces tú lo que quieres? ¿No entras y sales cuando quieres?

Nuria calló, se sentó a su lado y le acarició la cabeza. Después, dejó que su cuerpo se desplomara en el sofá y cerró los ojos.

—También es tu familia —escuchó.

Nuria sentía que tenía que desplazar el malestar que se interponía entre ellas, el aire viciado, la inercia de la derrota, y que no disponía de la fuerza suficiente. Imaginaba que en el fondo a su madre le apetecería salir a cenar y ver a la gente. Insistió en la idea, con la voz apagada.

—Venga, vístete, que aquí dentro hace mucho calor.

—Le he dado una salchicha al gato, tenía hambre, el pobre.

Tras saludar a numerosas personas se sentaron en una mesa del restaurante favorito de Matilde. La terraza, situada en un callejón, resultaba hospitalaria. El verano pasado unas lechuzas se habían instalado en las oquedades de una casa cercana y animaban las noches con sus chirridos. A veces pasaban volando, silenciosas, y sobresaltaban a los comensales. A Nuria no le gustaban las lechuzas. De lejos parecían bonitas, pero le desasosegaba ver sus caras, tan planas como un tronco cortado.

—¿Qué vas a comer? —le preguntó Matilde, dejando la carta sobre la mesa, sin haberla leído.

—No lo sé —respondió con brusquedad, aunque corrigió el tono inmediatamente y se acompañó de una sonrisa—. Ahora, cuando venga Alberto y nos diga lo que tiene, lo decidiré. ¿Estarán las lechuzas este año?

—Se habrán ido.

Las dos se quedaron mirando al cielo un instante.

—He devuelto la llamada perdida mientras te duchabas.

—¿Quién era?

—Milo.

—¿Qué quería?

En ese momento, varias personas se levantaron de sus mesas. A lo lejos se oían unos gritos. Nuria también decidió asomarse para ver qué pasaba. En la plaza se había congregado una pequeña multitud que miraba hacia los jardines que bordeaban la calle principal del pueblo. Avanzó a través de los escasos huecos que se abrían entre el gentío y entonces pudo ver, debajo del gran pinsapo del paseo, a un hombre desnudo que la había emprendido a hachazos contra la tierra: era Ezequiel, el padre de Montero. Los adultos apartaban a los niños de aquel espectáculo; una mujer situada a su derecha lamentaba el daño que estaba haciendo a los hibiscos, justo cuando más florecidos estaban; dos hombres se acercaron para convencer al viejo de que parara, pero los ahuyentó blandiendo el hacha de forma amenazante. Los hombres retrocedieron y él volvió a afanarse contra la tierra, encorvado y furioso. Apareció en escena el municipal del pueblo, pero no se atrevió a intervenir. Los coches estacionaban en la carretera, y los viajeros sacaban las cabezas por las ventanillas para curiosarse. Nuria miraba el sexo arrugado y renegrido del viejo, iluminado por la luz de la luna.

—Cualquier día vamos a tener un disgusto con esa hacha —vaticinó alguien a las espaldas de Nuria.

De pronto, el padre de Montero se irguió, respiró hondo, como quien observa satisfecho la faena del día, salió del jardín con absoluta naturalidad y se alejó por el paseo.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Matilde cuando Nuria regresó a la mesa.

—El padre de Montero estaba desnudo en el paseo con un hacha.

—Hay que ver, con lo agradable que era. Y guapo, ¿tú has visto lo guapo que es Montero? Pues el padre era más guapo aún.

Nuria arqueó las cejas, torció la boca en señal de indiferencia y comentó que iba a pedir puntillitas de solomillo.

—De joven quiso casarse conmigo, ¿te lo había contado?

—Sí. —Nuria trató de cambiar de tema—. Oye, ¿por qué te has vestido otra vez de vieja?

—Hasta que perdió la cabeza, siempre que nos cruzábamos me decía lo guapa que me veía.

—Hizo una pausa—. ¿Cómo que de vieja?

—¿Por qué no te pones la ropa que traes de Llodio en lugar de esos vestidos que parecen de alivio de luto? No lo entiendo.

—Yo no te digo a ti nada del vestido ese amarillo que llevas por las mañanas y está ya para meterle fuego.

Nuria decidió aparcar el tema de la ropa.

—¿Qué vas a cenar tú?

—Y estos vestidos son fresquitos —continuó Matilde—. Por cierto —hiló a pesar de que la conexión de ideas resultara indescifrable—, hay que decirle a Montero que venga un día porque a los naranjos del patio les pasa algo.

Nuria no contestó, y se quedó mirando a las personas que pasaban junto a las mesas del restaurante. A simple vista no se detectaba nada extraordinario: grupos de adolescentes que o caminaban muy despacio o muy rápido porque a esas edades se pasa del letargo al ajetreo en un instante; familias enteras, aglutinantes de varias generaciones, dispuestas a cenar en la calle; críos jugando al escondite o correteando alrededor de las mesas sin sentido aparente, parejas y grupos de parejas. Había que estar sobre aviso o ser muy buen observador para percatarse de que había algo raro en el centro de aquella aparente normalidad.

—Veo que siguen con la misma tontería —le dijo a su madre mientras se llevaba a la boca un pedazo de pan.

—No digas que son tonterías, con esas cosas no se bromea.

—Se lo cuentas a cualquiera y no se lo cree —insistió Nuria, haciendo gestos de negación con la cabeza.

Hay una forma de estar en silencio a la que se acostumbran algunas parejas que resulta

confortable. Se elimina la necesidad de tener que entablar una conversación, a poder ser amena y edificante, de las primeras citas y se alcanza, con el paso del tiempo, la complicidad para poder desconectar en compañía; pero cuando su madre se quedaba en silencio, como había hecho desde que les sirvieron la comida, Nuria experimentaba una tensión insana porque sentía que fracasaba en su propósito de que su madre se divirtiera. Esa frustración la llevaba a veces a contestarle de forma seca si por fin comentaba algo y a convertir el tema más nimio en motivo de discusión. A veces reunía energía suficiente como para hablarle de pequeñas anécdotas de su trabajo o para referirle asuntos de terceros, pero enseguida creía notar que se ausentaba de la conversación. No me escuchas, le reprochaba, y se callaba abruptamente, a pesar de que Matilde le repitiera que sí, que la estaba escuchando. Nuria se amargaba al repasar la cantidad de noches en las que había salido a cenar en el pueblo o a tomar el aperitivo al mediodía en Llodio solo para que su madre se aireara. En secreto, le reprochaba no haber mantenido el trato con algunas amigas con las que podría haber hecho sus propios planes y no haberse enganchado a alguna afición que la entretuviera. Estaba convencida de que su madre dependía de ella. Aquella responsabilidad la abrumaba y la dejaba sin fuerzas. Antes de que hubieran pedido el postre, Nuria ya tenía ganas de que llegara el momento de pagar la cuenta, de acostarse y de descansar. Desde la caída de su madre vivía en un estado de alerta continuo que la dejaba agotada y aunque las circunstancias habían mejorado, ella no conseguía relajarse. Durante los primeros días de la convalecencia no tuvo que preocuparse por el trabajo porque estaba de vacaciones, pero cuando la Navidad se terminó, la situación en la casa se complicó. A Nuria le costaba trabajar porque, en realidad, no podía permitirse concentrarse del todo: tenía que estar siempre alerta. Su madre había empezado a aventurarse a ir sola al baño, a la pata coja, y le daba miedo que se cayera. Decía que lo hacía para no molestar, pero de esa manera molestaba el doble. Los martes y los jueves, Nuria tenía que ir a Bilbao, a un club de lectura que dinamizaba, y aunque al principio tiraron de amistades, pronto decidieron que lo mejor sería pagar a alguien para que, fundamentalmente, acompañara a Matilde al baño. A través de una conocida, contactaron con Lourdes, que al día siguiente ya estaba en la casa. Acumulaba experiencia cuidando a ancianos, les contó, y parecía una mujer fuerte, con lo que empujar la silla de escritorio desde el salón hasta el baño no le supondría problema alguno. Su disposición era inmejorable: preguntó a Matilde si tenía una baraja de cartas o juegos de mesa. Ante la negativa, prometió llevar algún entretenimiento el próximo día, pero sus afanes se iban a frustrar: Matilde solo quería ver la televisión. Lourdes también sugirió la idea de dar un paseo por el parque.

—No salgo por las tardes, las tardes me deprimen.

—Pues si te deprimes, con más razón, así te distraes —insistió Lourdes, esperanzada aún.

Fue en vano. Matilde se emboscaba en una tristeza malhumorada contra la que era muy difícil combatir. Nuria también había intentado que se entretuviera de alguna manera que no implicara engancharse a la pantalla del televisor, pero solo conseguía irritarse y lamentar que su madre ni siquiera le agradeciera lo mucho que se preocupaba por ella. Condicionaba todo su tiempo: si

salía un momento a tomar el aire, tenía que estar pendiente del móvil; en casa, se acostumbró a leer en su cama y no en el sofá porque siempre estaba encendida la televisión; tenía que tener presente cuándo pincharle la heparina, cuándo suministrarle el resto de las medicinas, y también trataba de soportar sin enfadarse —no siempre lo conseguía— que le reprochara lo desordenadas que tenía las habitaciones, o que criticara que sus platos fueran siempre demasiado sustanciosos, que se metiera en todo, en resumen. Por esa época a Nuria se le empezó a cerrar el pecho y sentía que el aire le entraba a trompicones.

A excepción de las dos tardes que iba a Bilbao, su jornada laboral transcurría en casa. Impartía clases en el campus virtual de una escuela de escritura de Barcelona. Nunca había escrito un libro, y sabía que nunca lo escribiría, pero estudió Filología, aprendió técnicas narrativas y montó un pequeño taller en Llodio. Fue algo que hizo por divertimento, por amor a las letras, y enseguida comprobó que se le daba bien enseñar y estimular el talento ajeno. Gracias a ese taller surgió la posibilidad de trabajar en otros y, finalmente, llegó el contrato con el centro catalán. Le gustaba la idea de trabajar, aunque fuera de forma virtual, en una ciudad de fuera del País Vasco. Siempre había vivido en Llodio: un autobús la traía y llevaba de la universidad. Le surgieron algunas oportunidades para aventurarse a salir del pueblo, pero ella se había encomendado a cuidar de su madre, que tiempo atrás había sufrido una depresión severa por la que aún se medicaba. Algunos días, apoyada sobre los fríos barrotes del balcón, contaba mentalmente los pasos que separaban su piso de la cercana estación del tren. Solo tenía que dar ese número de pasos, ocupar después su asiento en el vagón correspondiente y dedicarse a leer durante horas, como hacía en casa. De alguna manera, se decía, ella vivía apenas a unos metros del barrio de Chamartín.

—¡Ha llegado el melonero, señora!

La megafonía hizo que Nuria se revolviera en la cama. Miró la hora en el móvil y dio un respingo: tenía que levantarse. Se puso el biquini que, el día anterior, había dejado en el respaldo de la silla, el vestido amarillo, y se dirigió sin demasiados miramientos al dormitorio de su madre.

—Ama, escúchame una cosa.

Matilde, que acostumbraba a dormir solo con las bragas, se tapó con las sábanas, como si hubiera notado frío al despertar, y no respondió. Nuria se fijó en que tenía marca de las sábanas en la cara.

—Ama —insistió hasta conseguir la atención de su madre.

—¿Qué?

—Milo y su padre llegan en media hora; voy a desayunar, tú diles que estoy en el bar.

Matilde se incorporó y se sentó a un lado de la cama, frente a Nuria. La luz que se colaba a través de las rendijas de la persiana iluminaba suficientemente la habitación.

—¿Y por qué no vuelves? Yo no sé qué decirles.

—Diles solo que vayan al bar.

—Yo también quiero desayunar.

—Pues mejor, cuando vengan, los acompañas al bar y desayunas —dijo Nuria, ya desde la sala. Llevaba meses cuidando de su madre, y no iba a admitir que no le hiciera aquel pequeño favor.

—No hay quien te entienda, hija. Me deprimes —le reprochó Matilde.

—¡Para una cosa que te pido!

A finales de febrero, Matilde estaba casi recompuesta. Podía caminar, muy lentamente, eso sí, y empezaron a dar paseos de diez minutos por el descansillo. A veces salían en bata, somnolientas, y sobresaltaban a los vecinos que se encontraban de pronto, al abrir las puertas de sus casas, con esas dos mujeres, silenciosas y fantasmagóricas. También iban juntas a la calle para hacer las compras o para tomar café. Habían establecido ciertas rutinas que las ayudaban a sobrellevar el tedio; pero una noche Matilde gritó de una manera sobrecogedora. Durante unos instantes,

mientras se levantaba de la cama y corría por el pasillo, Nuria temió que hubiera una rata o una serpiente o una araña gigante y peluda en el cuarto donde dormía su madre.

—Todo me da vueltas —alcanzó a decirle antes de vomitar la cena.

El médico de urgencias se personó enseguida y tras inspeccionarla y mirarle los ojos, les comunicó que posiblemente se tratara de un episodio de vértigos. Le puso una inyección. Si no mejoraba en una hora, tendrían que llamar a una ambulancia para que las llevaran al hospital. No mejoró.

Nunca había visto a su madre sufrir como aquella noche. Un otorrino, acompañado por un médico de urgencias, la tumbó en la cama y le tiró de la cabeza hacia él hasta que la parte superior del cuerpo de Matilde quedó colgando entre la cama y las manos del otorrino. Repitieron la maniobra varias veces. Su madre, a cada nuevo zarandeo, se descomponía y vomitaba. El box tenía las cortinas descorridas y Nuria salía al pasillo con frecuencia porque no soportaba la escena. Por fin, los ojos de su madre, que se movían de forma espasmódica, de izquierda a derecha, se detuvieron, y aquel calvario cesó. No era nada grave, les explicaron, y en el hospital no podían hacer nada más. Les facilitaron unas recetas y un gráfico con la pauta de unos ejercicios. Debían esperar a la ambulancia, que tardaría. Nuria se echó en el suelo, sobre su abrigo. A cada poco, le preguntaba a su madre si se sentía mejor. En algún momento, oyó voces en el box de al lado. De madrugada, en los hospitales, las conversaciones ajenas resuenan con la intensidad de lo autobiográfico. Un hombre, con voz de anciano, le contaba a una enfermera que tenía unas décimas de fiebre y dificultades para respirar.

—Al ser de Llodio, conocerás la zona de Santa Lucía, ¿no? —El conductor de la ambulancia lo preguntó sonriendo, en el pasillo del hospital, mientras dos auxiliares aseaban a Matilde.

Ingenuamente, Nuria creyó que aquel hombre solo le estaba dando algo de conversación. Le contestó que sí, que de vez en cuando subía por allí. Aquel paraje estaba situado a unos quinientos metros de altitud, con lo que desde Llodio había que salvar un desnivel considerable. No era necesario emplear demasiado tiempo en el ascenso, pero el itinerario, sea cual fuera el escogido —por la carretera o por el monte— incluía rampas muy exigentes. Ella disfrutaba mucho del camino, pero solo cuando las cuestas se suavizaban y el paisaje se abría. Al inicio del ascenso se ven, sobre todo, pinos, pero cerca ya de la cima de Santa Lucía manda la floresta, alegre y desordenada. En época de lluvias, pequeños riachuelos se precipitan por las laderas, y de las puntas de las hojas se descuelgan gotas que parecen guardar en su interior la luz del sol.

—Pues ahora vas a volver a ir.

—¿A Santa Lucía? —La expresión afable de Nuria se demudó.

—A Dubiris, que está por ahí cerca. —El conductor, un hombre moreno, corpulento, con unos rasgos faciales que podrían asociarse con el gigantismo, no perdía la sonrisa. Tenía algo de niño grande, aquel hombre.

—Pero mi madre sufre vértigos, no podemos coger esas curvas.

—No queda otra, si no, tendría que dar muchas vueltas. Voy a Dubiris y bajo a Llodio. —La decisión estaba tomada.

Anclaron la camilla en la parte de atrás, y Nuria ocupó un pequeño asiento al lado de su madre; las filas delanteras se fueron llenando de ancianos, que subían a la ambulancia con dificultad. Desde su posición, prácticamente lo único que veía eran nuca, calvas y cabelleras con la raíz del tinte crecida. En el puesto de copiloto se acomodó un hombre, de unos ochenta años, que había entrado a la ambulancia con un gorro de lluvia de color verde oscuro, a pesar de que no caía una gota. Antes de que el motor arrancara, Nuria intuyó que aquellos viajeros eran pacientes crónicos. Enfermos, acudían al hospital de forma regular para recibir sus terapias; seguramente, la mayoría estaba enfrentando situaciones muy duras; sin embargo, en la ambulancia se respiraba cierto aire escolar. El copiloto se había arrogado funciones de responsabilidad en la conducción y no dejaba de dar indicaciones. En Basauri se bajó una mujer no tan mayor, quizá, pero con aspecto de estar muy enferma, y el resto comenzó a criticarla porque, según entendió Nuria, respondía de forma grosera a cualquier pregunta que se le planteara. Curiosamente, daba la impresión de que no hablaban entre ellos, sino de que todo lo que decían iba dirigido al conductor, que los escuchaba con atención y, de vez en cuando, asentía o formulaba alguna pregunta más o menos socarrona a la que su audiencia respondía divertida.

—¿Cómo estás, ama?

—Regular.

Llegaron a casa sin que Matilde hubiera tenido que vomitar. Supuso que la medicación que le habían inyectado durante la noche habría hecho efecto. El sanitario la llevó hasta la cama.

—No ha sido para tanto, ¿no? —preguntó, sonriente, desde la puerta, antes de despedirse. El conductor parecía un hombre ejemplar, cariñoso con los enfermos, colaborador, atento y divertido, y eso, por la razón que fuera, sacaba de quicio a Nuria.

—Mejor no te respondo —se limitó a decir mientras observaba cómo aquel hombre se alejaba por el descansillo.

Ella, como su madre, también se habría acostado en ese momento, se habría desentendido de toda responsabilidad, estaba agotada. Aquellos meses, en su conjunto, fueron extenuantes. Llegó, además, el confinamiento. Nuria miraba solo de reojo los datos de la evolución de la pandemia porque debía estar más pendiente de la evolución de su madre, que durante varias semanas no pudo moverse de la cama ni apenas probar bocado. Se acostumbró a vivir en estado de alerta, pero la falta de espacio y de intimidad, las continuas discusiones y la impresión de no tener tiempo para sí misma llegaron a desordenarle el sueño.

Hacia el mes de junio, Matilde por fin se restableció y le dijo que quería regresar a su casa. Nuria volvería a recuperar su independencia y podría descansar, tenía que estar contenta; sin embargo, el día en que su madre se marchó, descubrió su camisón olvidado sobre la cama, lo tomó entre sus manos y la abatió una tristeza inesperada. Se ovilló sobre aquellas sábanas usadas y comenzó a llorar como lloran las personas cuando no hay nadie que las mire ni las espere: conscientes del llanto que las ahoga, de la frágil imagen que ofrecen, pero convencidas de que nada externo importa en esos momentos.

Nuria ralentizó el paso al llegar al bar de la plaza. Tenía que conducirse con naturalidad, pero no sabía cómo hacerlo. En realidad, a ella le gustaba desayunar sola. Se detuvo, sacó el móvil del bolso y miró la pantalla para disimular porque con el rabillo del ojo estudiaba quién estaba en cada mesa. La más cercana al paseo la ocupaban unas mujeres del pueblo, que irían o vendrían del taller de manualidades; cerca de la puerta se arracimaban los hombres, con sus preceptivas copas de aguardiente; en la zona central había varios grupos de barranquistas, pertrechados con grandes mochilas que dejaban en el suelo y con trajes de neopreno que secaban en los respaldos de las sillas. En una esquina descubrió a Manuel, un conocido suyo de la infancia, que desayunaba con su novia y con la chica de la tienda. Cuando él la vio acercarse a su mesa, la saludó:

—¿Qué? ¿A echar unos días?

—Eso es, a dar una vueltita por aquí —respondió ella, conocedora de los formalismos de ese tipo de conversación que, cada verano, se repetía en innumerables ocasiones.

—Siéntate, ¿no? —dijo la novia de Manuel.

A partir de ese momento, su principal inquietud fue que no se marcharan de inmediato, algo improbable porque en el pueblo se acostumbra a desayunar con calma. Ella se pidió un café cortado. Se habría comido una tostada, pero cuando estaba con mucha gente el estómago se le cerraba. Se fijó en los barranquistas: la mayoría de los hombres solo llevaba el bañador y dejaba ver sus abdómenes duros; las chicas iban en biquini, y se movían por la terraza sin mostrar ningún tipo de complejo. Aquel dinamismo contrastaba con la laxitud que se apoderaba del pueblo en verano. Supuso que estaban ya de vuelta de la garganta, y que necesitaban soltar adrenalina. Trató de identificar a los monitores, pero no fue capaz: todos aquellos jóvenes mostraban una forma física espléndida. Había oído hablar maravillas del cañón, y casi todos sus conocidos lo habían explorado; sin embargo, ella nunca se había animado a internarse allí porque tenía miedo de resbalar y golpearse la cabeza, de ahogarse en un sifón, de sufrir un ataque de pánico cuando ya no hubiera marcha atrás.

Manuel hablaba de las actividades de la próxima Semana Cultural, y aunque ella asentía y sonreía, su cabeza estaba en otra parte. Miraba hacia el paseo, con la esperanza de ver aparecer a

Milo y a su padre, pero se estaban retrasando. Temió que a su madre le hubiera dado por iniciar una de esas largas charlas suyas, a propósito de cualquier cosa.

—¿Te vas a apuntar al parchís este año? —le preguntó Manuel mientras le guiñaba un ojo y sonreía.

Cuando tenía quince años, Nuria ganó, junto con una vecina que iba con ella de pareja, el campeonato de parchís. La partida decisiva la jugaron en el río. Al terminar, se tiró de una de las rocas de la orilla. Impulsó su cuerpo y en ese mismo instante supo que se iba a chocar contra el fondo. Abrió los ojos y el par de segundos que debieron de mediar entre el salto y el golpe transcurrieron a cámara lenta: la luz lechosa bajo el agua, sus manos protegiendo la cabeza, las piedras.

Al salir a la superficie, vio que varias personas se habían metido en el río para sacarla de allí. Habían asistido a la manera tan insensata en la que se había tirado. Se rompió dos dientes y, con el canto de una piedra que funcionó como un cuchillo, se hizo un corte muy profundo en el pecho derecho. Tuvo suerte. Aquella torpeza era su hazaña más recordada en el pueblo y no le quedaba otro remedio que soportar las bromas que al respecto le gastaban con cierta regularidad.

Por fin, vio acercarse a su madre, al padre de Milo y a Milo. Dilató la despedida con frases que traslucían complicidad entre ella y Manuel. Después se dirigió victoriosa hacia Milo, le dio dos besos, saludó a su padre, y los cuatro ocuparon la única mesa a la sombra que quedaba en la terraza.

—Son unos amigos de Ubrique, gente muy maja —les contó antes de preguntarles por el viaje.

Se desplomó sobre la silla, estaba exhausta.

Xabier, que así se llamaba el padre de Milo, se sentó en una de las hamacas de la piscina y miró, complacido, hacia el frente: montañas suaves y cielo azul. Después, giró la cabeza para examinar el porche, ennoblecido con unas columnas revestidas de piedra que recorrían la fachada frontal. Habían inspeccionado el interior y a Nuria le había gustado mucho la chimenea de obra que presidía el salón. Nunca la vería encendida, pensó erróneamente. Al pueblo solo iba en verano. La única vez que había previsto ir en Navidad fue cuando se cayó su madre. Sabía que en invierno se encendían las lumbres. Mientras las veredas que llevaban al río quedaban intransitadas, los carriles y senderos del parque natural se llenaban de paseantes o de vecinos dispuestos a ganar un poco de dinero con las setas: boletus, chantarellas, niscalos, todas se pagaban más o menos bien. A menudo se preguntaba cómo sería pasar los meses fríos y oscuros en Los Alcornocales, cuando a las ocho de la tarde no queda un alma por la calle y las camas son acogedoras.

Las chimeneas solo se encendían en su imaginación, y por eso le gustaban tanto.

—Nos ha costado mucho encontrar una casa libre, no sé si este año hay más gente por la pandemia o si siempre ha sido así.

—Yo creo que hay más gente este año —comentó Nuria sin mucho entusiasmo.

Bastaba dar un paseo por el pueblo para comprobar que se había incrementado el número de visitantes. Tras el confinamiento, parecía haberse extendido una fiebre por las actividades al aire libre, pero, en todo caso, hacía tiempo que los parques naturales se habían convertido en un gran reclamo. Un par de empresas de turismo activo, creadas en la última década por jóvenes despiertos, que vieron una clara oportunidad de negocio en la explotación de los recursos naturales de la zona, daban empleo estacional a un buen número de personas de la Serranía de Ronda y del Campo de Gibraltar.

—Nosotros en verano solíamos viajar al extranjero.

—Lo sé.

Nada más pronunciar esas palabras Nuria supo que no podría contener su mal humor. Normalmente, disimulaba sus frustraciones, pero de vez en cuando se precipitaba por la pendiente de la impertinencia. Había días en los que se despertaba tranquila, pero enseguida era vencida por la aspereza, como vence la bruma a los paisajes de invierno. A menudo, su malestar no respondía a ningún hecho concreto, nada mediaba, y de pronto, su enfado se inflamaba imparable:

—Las casas rurales y el hotel están llenos de gente que este año ha tenido que conformarse con estos parajes.

—La verdad es que es una maravilla —comentó Xabier, ajeno a toda hostilidad, con una mirada que de haberse detenido sobre el ancho paisaje a Nuria le habría resultado soñadora, pero que posada sobre una de las maletas le resultó bastante absurda.

—Vais a estar muy bien aquí —zanjó la joven que gestionaba el alquiler de la casa. Les dio, de manera acelerada, unas instrucciones sobre el uso del aire acondicionado y se despidió. No era la única mujer allí que se dedicaba a limpiar ese tipo de propiedades y a recibir a los arrendatarios: el negocio de los alquileres turísticos iba en aumento.

—Yo también me voy, que querréis descansar —dijo, sin dar pie a que se propusiera ninguna otra opción, mientras cogía la bolsa del río que había dejado en el suelo—. Aprovechad la piscina.

—¿Nos veremos a la noche? —se animó a preguntar Milo.

—Por supuesto, luego te escribo.

El río en el que se bañaban nace en Ronda, pero tras internarse en la tierra resurge, con el agua filtrada, limpia como la de un manantial, a unos tres kilómetros del pueblo, en el cañón de las Buitreras. En su trayectoria se remansa en varios recodos —charcas, como allí dicen—, con orillas de piedra o de arena, convertidas en zonas de baño salvajes: la huerta perdida, el polvorín, la curva, el cancho, el puente, el molino y por último, Las Pepas, que en verano funcionaba como si fuera la auténtica plaza del pueblo. Allí se bajaba a leer, a celebrar los cumpleaños de los niños, a comer pipas, a beber cerveza, a charlar, a jugar a las cartas, a hacer tablas de ejercicios, o a meditar, como hacían los huéspedes de la casa de reposo que aparecían por la orilla con pamelas, con pantalones hindús o con vaporosos pareos. Esa charca estaba tan cerca del pueblo que cualquiera podía trasladarse hasta allí con una silla plegable en una mano y una cesta con la toalla y la merienda en la otra. Justo tras esa zona de baño, a unos metros, se vertían las aguas fecales, con lo que, aunque el río, caudaloso y aparentemente limpio, continuaba su curso hasta la presa de la central hidroeléctrica, nadie se bañaba más allá de Las Pepas. Antiguamente, los hombres lavaban los coches en ese segundo tramo del río y las parejas se internaban en ese paraje para hacer el amor por las noches. En la actualidad, hay rutas senderistas porque el paisaje es bonito, pero a Nuria no le gustaba caminar en paralelo a un río en el que no te puedes bañar.

Encaró la cuesta que bajaba a la charca de Las Pepas, con el ceño fruncido y el paso ligero. La visita de Milo y su padre la había alterado más de lo que ya estaba. Tenía la impresión de que iban a colonizarle el escaso tiempo libre del que disponía. Se repetía, como una admonición, que cuando no estuviera pendiente de su madre, se vería obligada a estar pendiente de ellos, y ella lo que necesitaba era estar tranquila y descansar, y que Milo se podía haber ido con sus otros amigos, ya que tan bien le caían. Esa noche saldrían a cenar y ella se cargaría también con la preocupación de que su madre pudiera contagiarse. Se preguntaba si Milo y su padre estarían sanos y se torturaba con la idea de que fuesen asintomáticos y que reunirse con ellos fuera una imprudencia: si su madre enfermaba por su culpa, ella no se lo podría perdonar. A medida que pensaba en esa posibilidad, su malestar aumentaba porque, al mismo tiempo, se reprochaba no haber contemplado ninguna de esas prevenciones al besar a Montero. Su rabia era arborescente y le resultaba difícil aplacarla: al apartar un pensamiento negativo aparecía otro que se entrelazaba con el anterior y acababa ramificándose en múltiples malestares y frustraciones.

El sol del mediodía le quemaba la piel, pero ni siquiera lo percibía. Ella avanzaba, como si por el hecho de caminar se acercara a algún tipo de solución. Irían a cenar las dos, concluyó,

porque, de lo contrario, su madre no saldría de casa y eso tampoco le convenía. A veces la llamaba alguna amiga, pero cada vez se mostraba más renuente a socializar, como le aconsejaba la psiquiatra. Prefería quedarse en el sofá, envuelta en la luz —que a ciertas horas siempre resulta tenebrosa— de la televisión. De un tiempo a esa parte no se entretenía con nada: no hacía punto, no cocinaba, no leía. La actividad más definida que había realizado durante aquellos últimos meses era completar una serie de ejercicios para tratar el vértigo. Nuria abría un gran cronómetro en la pantalla del ordenador y esperaba a que su madre se echara en la cama, con el cuerpo vuelto hacia un lado y la cabeza, hacia el contrario. Tras permanecer en esa postura treinta segundos, que Nuria veía correr en el ordenador, Matilde se incorporaba y dejaba pasar otros treinta segundos, que se hacían larguísimos, sentada al borde del colchón, antes de volver a tumbarse y repetir el ejercicio del lado opuesto. Ejecutaba la maniobra diez veces por la mañana y diez veces por la noche. Nuria se concentraba en el ordenador y al girarse para ver cómo estaba su madre, la descubría tumbada en sentido contrario a la última vez que la había mirado, como si vivieran dentro de una película mal montada, con violentas elipsis temporales.

Nuria llegó a la orilla, celebró que aún no hubiera nadie por ahí, se descalzó enérgicamente y una de sus chanclas fue a parar justo encima de la calabaza silvestre. Se quitó el vestido amarillo, entró en el agua con decisión y comenzó a nadar.

Se secó en la orilla, de pie, al sol. El agua fría del río la serenaba. Respiró hondo y se sintió parte de aquel lugar. La sensación le resultó reconfortante. Sabía que era demasiado pronto como para encontrarse con Montero, y lo agradeció, no le quedaban fuerzas para sobreponerse a nada más. A esas horas de la mañana, cuando la sombra aún no se ha echado sobre el cauce, el agua se veía de color esmeralda. Por el cielo pasó lo que le pareció un bando de vencejos. A finales del verano, millones de aves migran desde Europa hasta África, y atraviesan para ello el Campo de Gibraltar. Nuria creía que los pájaros habían heredado una inquietud remota. De pequeña jamás se fijaba en las aves. El pueblo le gustaba por el río y porque sabía que en las montañas había muchos animales, pero los pájaros estaban excluidos de aquel inventario. Por eso le sorprendió saber que muchas personas viajaban hasta aquel lugar recóndito para observarlos. Si al llegar al río aquella mañana no hubiera estado tan ofuscada, habría podido ver una abubilla sobrevolando el cauce, y se habría emocionado ante esa imagen.

Recuperó la chancla que había quedado sobre la calabaza, se calzó, se puso el vestido y subió de nuevo la cuesta hacia el pueblo. Solo entonces se percató de que en el fondo del silencio crecía un ruido cuya procedencia no era capaz de precisar: motores encendidos, golpes secos, corrimiento de tierras.

En el centro del patio había un parterre dominado por un gran naranjo, y en los laterales de aquel espacio luminoso, cerrado por blancos muros, se alzaban tres limoneros, un olivo y una higuera. Años atrás embaldosaron el resto de la superficie para evitar que se montaran barrizales con la lluvia. A la sombra del naranjo, instalaban una mesa de madera alrededor de la cual solían picar algo al atardecer: mojama de atún, huevas de maruca, *volaores*, y ese tipo de salazones que tanto gustaban a Matilde y a su hermano. Cuando Nuria era pequeña solía merendar allí, si el calor lo permitía. Su madre le untaba una tostada de pan con mantequilla inglesa que traían desde Gibraltar. Aparte del tabaco de contrabando, del Peñón llegaban muchas otras cosas porque resultaban baratas: azúcar, cajas de galletas, quesos de bola, latas de carne de búfalo.

Esa mañana, la mesa estaba apartada para que cupiera la escalera sobre la que estaba montado Montero, que trabajaba con la cabeza inclinada hacia las hojas del árbol y las manos apoyadas en los riñones. Llevaba la camiseta enganchada al cinturón, como si fuera el trapo de un cocinero. Matilde regaba el suelo con una manguera.

—No está aún muy mal, pero no sé si podrá salvarse —comentaba Montero.

—¿Qué le pasa? —preguntó Nuria. Le inquietaba la impresión de que ese verano se acumulaban las incidencias, de que todas sus rutinas se veían amenazadas, y temía que hubieran entrado sin darse cuenta en un proceso de degradación inasible que culminara con la revelación de que aquel lugar, que para ella representaba un refugio firme —Los Alcornocales, el pueblo, el río, la casa—, se convirtiera en un paraje ajeno a sus recuerdos.

—Dice que el árbol tiene un hongo. —Matilde dejó la manguera en la base del olivo, y se acercó al grifo que estaba en la pared de la casa para cerrarlo.

—Mira. —Montero arrancó una hoja, bajó de las escaleras, y se la mostró a Nuria.

Se habían situado demasiado cerca el uno del otro, perdían la concentración, se quedaban lánguidos. Como ella no reaccionaba, él le puso la hoja en la mano y Nuria se quedó mirándola como quien mira a un animal muerto. Se fijó en las manchas marrones del haz, salpicado también por motas negras. No supo interpretar lo que veía.

—Está sucia —dijo por fin.

—Está enferma —la corrigió él—. Esta primavera ha caído bastante rocío, igual no le ha venido bien.

—¿Y se va a morir? —quiso saber Matilde.

—Vendré mañana y lavaré las hojas con agua caliente. Si eso no vale, las trataré con sulfato

de cobre.

—Muy bien —dijo Matilde, y echó un vistazo rápido a su reloj de pulsera—. Ahora vuelvo, voy a ver si ha llegado el pescadero.

En cuanto salió por la puerta, Montero se acercó a Nuria y la condujo hasta una de las esquinas del patio que no era visible desde la ventana de la cocina.

—Me encanta este vestido amarillo.

Le levantó la falda y metió sus manos por dentro de las bragas. Nuria cerró la mano y apretó la hoja.

—Para.

Él se resignó, pero antes de apartarse le besó un hombro mientras ella recolocaba el vestido. Matilde regresó al patio justo en ese momento. Nuria lanzó a Montero una mirada de reprobación. Él se acercó a la manguera con naturalidad, se lavó las manos y se puso la camiseta.

—Mañana vendré sobre las diez. No os voy a hacer madrugar —dijo riéndose.

Nuria sospechaba que la gente del pueblo creía que los veraneantes vivían, durante todo el año, ajenos a los despertadores, a los horarios y a las servidumbres laborales.

—¿Madrugar? Yo no duermo más allá de las seis de la mañana —dijo Matilde mientras dejaba en la mesa un barreño lleno de ropa mojada—. No hay quien pille al pescadero.

—Ya tienes ganas de levantarte tan temprano —le respondió él mientras caminaba hacia la higuera para tomar una breva.

—Levantarme no me levanto, pero estoy despierta.

—A mí esta noche me toca cuidar de las corchas que están en el carril —comentó Montero, pero Matilde ya había enfilado hacia la cocina y no lo oyó—. Está muy buena —dijo en cuanto terminó de comerse la fruta.

—¿Hay corcheros en el carril? —se sorprendió Nuria.

—Sí, este año están muy cerca.

—¿Y tienes que estar allí toda la noche?

—Hasta que regresen los compañeros, pero se me pasa rápido.

—¿Y no será mejor que cuando termines te acuestes? —Nuria se dio cuenta de que Montero no sabía qué hacer con la piel de la breva—. Junto a la puerta hay un cubo de basura.

—Me conozco, sé que hasta la noche no podré dormir.

—Hoy estás de libranza, ¿no? —quiso confirmar Matilde, de vuelta en el patio.

—No, acabo de llegar del campo. Los corcheros solo libramos los domingos.

—Pues muchas gracias por haber venido, hijo; tómame una cervecita, ¿no?

—No, me voy, que tengo cosas que hacer.

Cuando Montero se marchó, Nuria abrió por fin los puños. En la mano derecha, humedecidos por el sudor, se apelmazaban los pedazos de la hoja enferma. Tenía miedo, y no sabía de qué.

En cuanto terminaron de comer y de recoger la mesa, Matilde se metió en su cuarto para echar la siesta. Decía que no dormía, como si dormir fuera un raro deshonor, y que se limitaba a estirar un rato las piernas; sin embargo, Nuria sabía que se entregaba a un sueño profundo. En la calle, la vida parecía ralentizarse: algún perro descansaba a la sombra de un árbol en el paseo, las terrazas de los bares se quedaban medio vacías, en una esquina se deshacían los restos de un helado; la laboriosidad de los pájaros carpinteros contra los pinos resultaba audible, las chicharras intensificaban su canto, las ráfagas de viento agitaban las hojas de los árboles y, sin embargo, se diría que todos aquellos sonidos quedaban envueltos en un silencio espeso. Nuria se había arrellanado en el sofá, con el ruido de la televisión de fondo, pero una preocupación súbita la hizo incorporarse y entrar en el cuarto de su madre. Estaba tumbada de costado, con las piernas ligeramente flexionadas. Se acercó a ella para cerciorarse de que respiraba. No era, ni mucho menos, la primera vez que hacía eso. Muchas noches, en Llodio, se despertaba de pronto, aturdida por una inquietud indefinida que después se concretaba en el temor a que a su madre le hubiera pasado algo.

Con cuidado de no despertarla, se tumbó junto a ella en la cama y se quedó mirando su nariz chata y reprimió las ganas de acariciarle la cara, que tenía tacto de piel de melocotón. La imaginó de niña, pícara y un poco caprichosa, y sonrió. Había oído decir a una conocida que cuando se imaginaba de crío a algún hombre que le gustaba sabía que se había enamorado. Nuria no compartía esa impresión, pero sí creía que nadie recrea las infancias de las personas que detesta. Poco a poco, la respiración acompasada de su madre la fue adormeciendo.

La siesta terminó con la conversación que un grupo de adolescentes había decidido mantener frente a la ventana del dormitorio. Los chicos pasaban, sin interludio, de la risa histérica a las confidencias lánguidas y del parloteo veloz a los susurros. Primero abrió los ojos su madre.

—¿Cómo que te has quedado a dormir aquí?

Nuria se levantó rápidamente de la cama y se puso a buscar sus chanclas por la habitación.

—Con el olor a melón que sale de la nevera, abajo no hay quien duerma —le respondió después de haberse calzado.

—Desde luego, qué exagerada eres, hija —le reprochó Matilde.

Las hormigas salen de la tierra, se meten en las casas, escalan por las paredes, desfilan por las mesas, se internan en los armarios, se cuelan en los azucareros, en las bolsas del pan, devoran las tajadas de sandía abandonadas momentáneamente sobre las encimeras, y se adentran en las chacinas que cuelgan de las alacenas. Nuria había comprado en la tienda de la plaza un gel antihormigas. Con la ayuda de una jeringuilla, aplicó el producto junto a la puerta de la casa y en los rodapiés de la cocina. El insecticida se vende bajo la curiosa bondad de la muerte retardada: las obreras llevan el veneno al nido y lo reparten así a toda la colonia, incluida la reina. Lo cierto es que funciona, lo había comprobado el verano anterior, pero la solución es repulsiva, porque las hormigas se acercan al gel hasta formar una maraña negra y nerviosa. Pasadas unas horas, desaparecen mágicamente.

Observaba la evolución del proceso, de pie, cuidando de que no entrara el gato porque le preocupaba que quisiera comerse las hormigas y, con ellas, aquel producto letal.

—¿A qué hora has quedado con tus amigos?

La voz de su madre la sobresaltó, y se giró para contestarle. Se fijó en que llevaba puesto otro de esos vestidos anchos de vieja, que le pareció menos horrible que el de la noche anterior, pero feo, en todo caso.

—¿Qué hora es?

—Las diez y cinco.

—Mañana no habrá ni rastro de las hormigas. Mueren en el nido.

—Ya lo sé —respondió Matilde con autosuficiencia.

—Habíamos quedado a las diez.

Aquella terraza era, realmente, un lugar muy confortable. Estaba rodeada de un jardín en el que crecían rosales, plantas de aloe vera y palmeras. Desde la mesa veían la piscina, iluminada y prometedora, que subrayaba la sensación de plenitud del verano. En el pueblo los lugares idílicos convivían con calles descuidadas, llenas de cagadas de perros y de humedades, pero Nuria se guardó para sí la observación, y se concentró en el brillo infantil de las bombillas de colores que alegraban el recinto.

—Disculpad la tardanza —dijo.

—No os preocupéis —comentó Xabier—, aquí se está de maravilla.

—El comedor interior es muy bonito, pero ahora hay que cenar fuera —comentó Matilde al tomar asiento.

—Dicen que igual ponen las mascarillas obligatorias para estar en la calle —apuntó Xabier, siguiendo el hilo infinito de la pandemia, en un tono que no traslucía acuerdo ni desacuerdo con la eventual medida. Se había peinado el abundante pelo canoso hacia atrás y aún lo llevaba mojado. Tenía buen aspecto, le había dado el sol; en cambio, Milo mantenía su habitual color blanquecino.

—¿Qué habéis hecho hoy? —preguntó Nuria.

—Yo me he quedado en casa, descansando, y revisando el correo electrónico. Hace meses que no recibo un encargo interesante.

El camarero llegó con las cartas y tras depositarlas sobre la mesa preguntó qué querían beber. Cuando Milo y Xabier pidieron una botella más de vino blanco, quiso saber de dónde eran.

—En los pueblos se está mejor que en las ciudades —dictaminó, sonriente, como si se reafirmara en su decisión de vivir en un núcleo rural.

—¿Ningún encargo interesante? —retomó Matilde, con interés.

Nuria, en cambio, no mostró ninguna inquietud, convencida de que su amigo exageraba.

—Nada, a los textos les falta fuerza. A veces creo que estamos todos muy cansados. Traduzco porque tengo que ganarme el sustento, no porque me motive lo que hago.

Nuria no dejaba de asombrarse de la manera de hablar de Milo: rara vez descendía al registro coloquial, y a menudo resultaba denso y metafórico. De un tiempo a esa parte, tenía que sumarle ese aire apesadumbrado que lo ensombrecía.

—Bueno —terció Xabier, sonriente—, mi hijo ha llegado a las vacaciones con el ánimo un poco decaído. A ver si aquí mejora.

—Estoy muy bien —quiso aclarar Milo—. Nuria me ha hablado tanto de este lugar y me ha invitado tantas veces a venir, que tenía muchas ganas de conocerlo.

—Seguro que sí —pronosticó Matilde, aliviada tras aparcar el tema de la creatividad, que tan ajeno le resultaba—, todo el mundo se queda prendado de este pueblo.

—Tampoco exageres, ama.

—Dirás que es mentira.

El volumen del hilo musical se elevó de pronto y sonó el rasgueo de una guitarra. Nuria pensó que esos sonidos agudos debían de corresponderse con la idea romantizada que el padre de su amigo pudiera tener de Andalucía porque cabeceó complacido.

—¿Te gusta el flamenco? —preguntó Xabier a Matilde.

—No me gusta la música.

—No conozco a nadie a quien no le guste la música —dijo él, sorprendido.

—La instrumental la puedo soportar —concedió.

—¿Porque no canta nadie?

—No te creas, los instrumentos también molestan.

A Nuria le fastidió que a Xabier le gustara el flamenco. Sabía que era guipuzcoano y lo hacía más interesado en la Real Sociedad, las regatas y las sociedades gastronómicas. No le apetecía tener aficiones comunes con ese hombre que, según su punto de vista, había llegado al pueblo para arruinarle las vacaciones. Además, su humor se había ensombrecido desde que Milo había recordado que ella llevaba años invitándole a visitar el pueblo. Aunque era consciente de que él no era tan intrigante, se lo tomó como una llamada de atención ante el escaso entusiasmo con el que los había recibido. Era cierto que le había hablado en numerosas ocasiones del río, pero creía evidente que la invitación era una de esas cosas que se dicen y que no van a ninguna parte. Solo quería que supiera que ella pasaba los veranos en un lugar extraordinario, rodeada de amigos, aunque no fuera verdad.

—La gente parece muy simpática —dijo Xabier, aparcando el asunto de la nula melomanía de Matilde.

Dos niños que habían terminado de cenar se levantaron para ir a jugar a la plaza. Entonces, el camarero y los ocupantes locales de las otras mesas se acercaron a los padres, que parecían estupefactos, y, tras rodearlos, comenzaron a hablarles con seriedad, como si fueran a dar comienzo a unas delicadas negociaciones diplomáticas. La pareja intercambiaba miradas de incredulidad, se encogía de hombros, negaba con la cabeza. Al poco pidieron a los niños que regresaran a sus asientos, y las personas que los habían abordado se marcharon.

—Son muy simpáticos, pero también están locos —afirmó tajante Nuria.

Milo, que había permanecido ausente de las conversaciones anteriores, manifestó su curiosidad.

—¿Qué ha pasado?

—No digas que están locos, Nuria.

—¿Por qué han rodeado a esa pareja? —insistió Milo.

—Cosas de los pueblos —se limitó a responder Matilde.

El camarero regresó con una cubitera de pie que dejó junto a la mesa y en la que introdujo la nueva botella de vino. Tomó, además, nota de los platos que habían elegido.

—¿Solo vas a comer sepia, ama?

—Sí, no quiero engordar.

—Pero si estás estupenda —intervino Xabier—, y estamos de celebración.

—Bueno, igual luego me pido un postre.

La cena transcurrió de manera agradable y a Nuria se le pasó antes de lo que había previsto. Saltaron de un tema a otro con fluidez; únicamente estuvieron a punto de arruinar el buen tono

de la conversación en una ocasión, a propósito de la necesidad de realizar ejercicio físico. En todo caso, su madre parecía haberse divertido más que cuando cenó con ella la noche anterior.

Terminaron los postres, tomaron café, pagaron, se levantaron y, tras detenerse en una de las mesas de la terraza para saludar a unos conocidos de Matilde, los cuatro emprendieron el camino de regreso al centro del pueblo. El hotel no estaba lejos, en realidad, pero sí retirado, y a medida que se acercaban a los bares, el ruido de las voces, las risas y las músicas de las terrazas se definían.

Milo sugirió tomar una copa, y a Nuria le pareció una buena idea. Acompañaron a Matilde a la casa, donde seguiría de tertulia a la fresca, con sus vecinos, y Xabier decidió irse.

Se sentaron en el bar de la plaza, en una de las mesas más cercanas a la carretera. Había refrescado y Nuria se arrepintió de no haber cogido su cazadora vaquera. Por delante de ellos desfilaban grupos de jóvenes, que caminaban decididos, como si fuesen a cumplir con algo muy urgente, aunque a los cinco minutos volvieran a pasar en sentido contrario, con idéntica urgencia.

Aparecieron entonces por la plaza Montero y Alba, que paseaban junto a otras dos parejas. Parecían desenfadados, incluso felices. Nuria notó cómo le trepaba la rabia desde las tripas hasta la boca. Se conocía, sabía de sobra que era mejor levantarse e irse en ese momento, con cualquier excusa, o tratar de concentrar su pensamiento en asuntos que no la enfadaran, pero era como si una fuerza inevitable la empujara a complicarse la vida, a incendiar determinadas situaciones. Se acumulaba, en su interior, demasiado combustible. Su malestar originaba más malestar, unos problemas se mezclaban con otros, y acababa internándose en lo profundo del fuego. Se reprochaba mantener una relación con Montero que no iba a ninguna parte, llevar años dándose por satisfecha con un escarceo de verano al que hacía tiempo, además, había decidido poner fin. Nuria ya no sufría al imaginar a Montero en la misma cama que Alba, o de turismo en alguna ciudad europea o preparando algo en la cocina o viendo una película en el sofá un domingo por la tarde o yendo a comprar un mueble para el baño. Antes, la vida misma le dolía, pero, poco a poco, asumió que no habría ninguna oportunidad real para ellos, y la resignación no era lacerante.

En cuanto el camarero les sirvió las copas, bebió con ansiedad.

—¿Has estado con estos?

—El otro día me encontré con Galder y nos tomamos una caña. —El tono de voz de Milo transmitía incomodidad.

Nuria pegó otro trago a la copa, removió los hielos, apartó la mirada de Milo y cruzó los brazos.

—¿Tengo que pedirte permiso para hablar con ellos?

—Por mí se pueden ir todos a tomar por el culo.

—Ha pasado mucho tiempo, olvídalo.

—Claro, debe de pareceros fácil olvidar porque fui yo quien se quedó sola.

—¿Estás diciendo que yo también te dejé sola?

Un hombre rubio y espigado, un «guiri del pueblo», como llamaban a los extranjeros empadronados allí, que bailaba en mitad de la terraza atrajo la atención de ambos. Nuria se quedó en silencio, y, al poco, levantó la mano para pedirle al camarero la cuenta.

—Desde entonces no he vuelto a ser invitada a una sola celebración; en cambio los otros no han faltado a ninguna. Les salió gratis lo que me hicieron.

—Gratis, no. Nada ha vuelto a ser como era.

—Porque algunos empezaron a tener hijos, no por mí.

Nuria tenía un grupo de amigos, del que Milo formaba parte, en Llodio. Una noche, uno de ellos, que iba borracho, la insultó en un bar que solía frecuentar. La acusó de maledicente, de no pagar las rondas cuando le correspondía, de ser mala persona, y le dijo algo que nunca olvidaría, que resonaría en ella a menudo, en cualquier momento, cuando menos lo esperaba: te quedarás sola. Nuria trató de mantener la calma, pero la voz se le quebró, le temblaba el cuerpo, no podía creer lo que estaba oyendo. La inquietó aún más detectar que quien la insultaba no parecía estar dando traslado de su opinión particular, a pesar de que estaba solo, sino de la opinión de todo el grupo. En todo caso, descartó esa idea porque no la creía verosímil. Al día siguiente, contó lo que le había pasado, pero, para su sorpresa, algunas de las amigas en las que más confiaba la invitaron a aparcarse el tema y a no enrarecer el ambiente de la cuadrilla. Al poco tiempo, comenzó a notar hostilidad en algunas personas de las que habría esperado apoyo. Después, llegaron los desplantes, las malas contestaciones, la sensación de que sería atacada cada vez que abriera la boca o ridiculizada si guardaba silencio, y, finalmente, le llegó por error un mensaje que delataba la deslealtad de quienes consideraba dos amigas íntimas y que fue el detonante del distanciamiento definitivo.

Siguió yendo al bar de siempre, sin ganas, porque se obligó a no quedarse encerrada en casa: algunos de sus antiguos amigos la saludaban con tanta discreción como torpeza al pasar junto a ella, otros la ignoraban activamente y había también quienes trataban de simular que no la veían. Se recuerda sola, apoyada en la pared, con una caña de cerveza en la mano, con el pulso en el cuello y en las muñecas, con el estómago cerrado.

Jamás supo qué fue lo que pasó, por qué toda aquella inquina contra ella. De las cuadrillas, después lo entendió, no hay que esperar nada. Siempre hay una corriente de opinión dominante que se puede contradecir solo a riesgo de expulsión. Un líder, muchos gregarios, bastantes cobardes y una mayoría acomodaticia: eso era para Nuria una cuadrilla, una institución civil, que cumple algunas funciones, pero que recordaba más a la Hacienda Foral, por ejemplo, que a las verdaderas relaciones de amistad.

—Sufrí mucho. En Llodio no tengo hermanos, ni primos, ni apenas familia. Para mí el grupo era importante. Me dejasteis sola.

Lo cierto es que Milo fue uno de los pocos que siguió llamándola para quedar, y ella se lo agradeció porque se sentía frágil: su autoestima se socavó, padeció insomnio y ansiedad; pero si le hablaba de cómo se sentía, si recapitulaba lo sucedido, o le informaba de alguna nueva incidencia, Nuria notaba que él se incomodaba. No sabría precisar si era porque le dolía ver que ella no terminaba de superar aquel capítulo o porque sentía que lo ponía entre la espada y la pared. El caso es que Milo no se apartó de su lado; sin embargo, de vez en cuando lo veía charlando con quienes tanto daño le habían hecho, como si no hubiera pasado nada. Le costaba semanas remontar la decepción.

—¿Me has hecho venir aquí para decirme todo eso? Yo no te he dejado sola nunca —dijo Milo, apretando los labios, los agujeros de la nariz cerrados, las manos sobre la mesa.

Nuria dejó que su amigo se marchara, y cuando terminó la copa, se pidió otra más, y después, otra, hasta que el bar cerró y ella por fin se retiró, segura de haber saboteado la noche. Mientras caminaba hacia su casa, se repetía que quería estar tranquila, que necesitaba descansar, y se recriminaba su incongruencia porque acababa siempre envuelta en discusiones que, en el fondo, no le interesaba mantener. Se preguntaba, llena de inquietud, si no tendría razón aquel estúpido —así es como se refería al que la insultó en el bar, aunque conocía perfectamente su nombre— cuando la llamó mala persona. Repasó cada una de sus meteduras de pata, cada uno de sus comentarios indiscretos, cada uno de los pequeños malentendidos, y no lograba hallar en su comportamiento nada que justificara el acoso al que se vio sometida. Después comprendió que era normal llegar a sentirse culpable tras un trato como el que ella recibió, que de manera inconsciente se tiende a creer que debe existir alguna razón que explique tanto dolor.

Se cruzó con un grupo de forestales, gran parte del retén estaba formado por hombres del pueblo. Probablemente estuvieran de regreso o a punto de empezar una nueva jornada, pero Nuria temió que se hubieran movilizad o a esas horas debido a algún incendio. Los saludó, esforzándose en parecer sobria, mientras en su interior solo oía tres palabras: te quedarás sola.

Durante los primeros días que pasaba en el pueblo, era incapaz de distinguir desde su cama, salvo que fueran muy evidentes —megafonías, el atronar del tren, el motor de un coche, el relincho de un caballo—, qué ruidos procedían del interior de la casa y cuáles del exterior. A menudo tenía la sensación de estar durmiendo en mitad de la calle, y no en una habitación con las ventanas abiertas. Por eso le costó reaccionar cuando llamaron a la puerta, no estaba segura de qué era lo que estaba oyendo ni de si le incumbía. Finalmente se levantó, se puso una camiseta y un pantalón corto y abrió.

—¿Os acordabais, verdad?

Montero entró en la casa y se dirigió al patio. Cargaba con un cubo en el que llevaba una esponja y un envase de plástico lleno de una sustancia azul que Nuria, medio cegada por la claridad de la calle, no pudo ver bien.

—Llénamelo de agua caliente, por favor —le pidió él cuando salieron al patio.

Nuria se metió en la cocina y al regresar le preguntó si había desayunado. Ella no había podido probar bocado, tenía resaca.

—Sí —contestó él.

Montero abrió la escalera que se había quedado apoyada sobre el naranjo, se encaramó a ella y se puso a limpiar las hojas con la esponja que, previamente, había mojado en el cubo. Sin apartar la vista de su tarea, le preguntó quién era el hombre con el que estaba la noche anterior.

—Es un amigo de Llodio, lo conocí en la universidad.

—Universitario —dijo, como si diagnosticara alguna enfermedad.

—Sí, es traductor.

—¿Vive en Llodio?

—Ahora vive en Bilbao.

Montero continuó frotando las hojas del naranjo, pero se le había quedado un gesto de desprecio en la cara. Nuria habría reaccionado de manera frontal con cualquier otra persona, pero ante él su carácter se debilitaba.

—El árbol está mal, no creo que el sulfato lo salve.

—Pues déjalo y tómate algo.

—No tengo ganas.

Nuria se metió en la cocina, sacó unas naranjas de la nevera y comenzó a exprimirlas. Era consciente de que él no tenía derecho a pedirle explicaciones, pero creerlo celoso le producía una

satisfacción incontrolable, mezquina, rancia y peligrosa, de la que pronto se avergonzaría. Al poco, regresó al patio con dos vasos de zumo.

—Toma —le dijo ofreciéndole uno de los vasos.

Él negó con la cabeza.

—Mi amigo es homosexual. —Al pronunciar esas palabras se sintió miserable, se doblegaba ante él de una manera indigna.

Entonces, Montero se giró para mirarla, bajó de la escalera, cogió uno de los vasos, y se pegó a su cuerpo. Lo hacía a menudo, se pegaba, a veces por la espalda, no se trataba de un abrazo, simplemente sentía la necesidad de pegar su cuerpo al de ella. No había conocido a ningún otro hombre que hiciera eso. A Nuria le gustaba, pero se apartó.

—¿Y tu madre? —preguntó después de beberse el zumo.

—Mi madre no es homosexual, que yo sepa —respondió. No había sido su intención bromear, al contrario, su intención fue descabargar la comunicación, pero a Montero le divirtió el comentario y comenzó a reír.

—Que dónde está —aclaró cuando se le pasó el ataque de risa.

—En la cama.

—¿Está enferma?

—No, no madruga.

—El otro día decía que sí, ¿no?

—No, dijo que se despertaba pronto, pero se levanta tardísimo.

Él volvió a reírse y se apoyó sobre la mesa, donde había dejado el vaso. Nuria no le veía la gracia al asunto.

—Ven aquí, por favor.

Ella, sumisa, se acercó, con el vaso vacío en la mano, y recostó su espalda contra el pecho de él, que la abrazó por la cintura. Respiró hondo.

—Si yo durmiera contigo —susurró mientras hundía su nariz en la melena de Nuria—, tampoco querría salir de la cama.

Permanecieron abrazados unos instantes hasta que Nuria notó que la puerta del patio que había dejado entrecerrada se abría. Sobresaltada, se apartó de Montero y se puso a recoger los vasos para disimular hasta que vieron cómo el gato gris se colaba en la escena, trepaba por la higuera y desaparecía al otro lado del muro. Había sido una falsa alarma, pero los mantuvo ya separados. Montero se afanó con el sulfato de cobre y ella se sentó a leer en una vieja mecedora, su mueble favorito, que había sacado a pulso desde el interior de la casa.

—¿Qué tal con Alba? —preguntó a destiempo. Montero no la oyó, o no quiso oírla.

Desde el exterior de los muros llegaba el ajetreo propio de la hora de las compras: los cláxones de los camiones de los repartidores, las conversaciones casuales, algunos gritos nada inquietantes porque en el pueblo la mayoría de la gente hablaba a voces. Los alcanzaba también

el aroma que desprendían los refritos y los guisos de algunos fogones. Nuria sintió que por fin se le abría el apetito y perdió el interés en la lectura.

—¿Qué le pasaba el otro día a tu padre?

Montero aprovechó la pregunta para bajar las escaleras y estirarse. La postura en la que había estado trabajando le habría, seguramente, cargado los riñones.

—Mi padre está fatal —respondió, y después, mientras se colocaba la camiseta, añadió—: Ojalá que el sulfato funcione.

—¿Qué le pasa? —insistió Nuria.

—Le ha dado por meter hachazos a la tierra, dice que tiene el mal. —Montero se derrumbó sobre una silla que estaba junto a la mecedora.

—¿Qué mal?

—El que afecta a los alcornoques, el que seca los ríos, el que jode las cosechas. Ha perdido la cabeza.

—Lo siento.

—Un día me va a dar un disgusto, este hombre.

—¿Y no lo ingresan?

—Se lo llevan a Ronda, lo tienen un día o dos, y fuera. Está claro que me va a tocar a mí cargar con él.

—Es tu padre, no hables así.

—Es mi padre, pero estoy harto.

Nuria comprendió que la situación era complicada y cambió de tema.

—¿Quieres una cerveza? Hoy va a apretar el calor.

—Para que te dejen ingresado tienes que torturar o matar a alguien, por lo visto.

—Tómate una cerveza, anda.

—No, me tengo que ir.

—¿Tu mujer trabaja aún en la biblioteca? —La pregunta sonó como un reproche.

—No, la biblioteca está cerrada, por el coronavirus —respondió Montero, con un tono de voz más grave que el que acababa de emplear—. Ahora nos lo quieren cerrar todo también.

Cogió sus cosas y se despidió.

Nuria había oído hablar de la enfermedad de los alcornocales: la seca, como la llamaban. Estaba en boca de todo el mundo desde hacía años. Algunos la atribuyen a la sequía; otros, a la contaminación atmosférica, o a los incendios o a las plagas o a las inundaciones o a la gestión inadecuada del suelo; hay quien habla de cambio climático, y hay quien solo nombra la seca entre dientes, como si fuera un mal fario. No terminan de precisar el origen último de la enfermedad de esos árboles recios, pero saben que la causa —que tiene mucho de consecuencia— es un hongo. A Nuria, en los nerviosos atardeceres del verano, le parece ver a algunas

personas mirando al horizonte, a las montañas apretadas y verdes, con expresión de derrota. El hongo se extiende bajo sus pies, silencioso como la traición, y desnuda de hojas las copas de los alcornoques y genera focos y contagia a las jaras y a los brezos. Dicen que, para combatirlo, habría que aislar las zonas afectadas y controlar el movimiento de personas, animales y vehículos, pero lo cierto es que han cundido el desánimo y la impotencia porque ya se han visto en la sierra demasiadas cosas raras. En 2015, de un día para otro, las chumberas del pueblo se empezaron a ver afectadas por una plaga que provocaba la aparición de manchas blancas y algodonosas que solo eran el preludio de la desecación posterior. A Nuria le encantaban las chumberas, le parecían exóticas, y le dolió mucho descubrir que todas sin excepción se habían estropeado. Les dijeron que la enfermedad se combatía con agua a presión y detergente, o incluso frotando las palas de las chumberas con agua y jabón potásico. Los vecinos se pusieron a la faena, armados con cubos y escobas y estropajos y mangueras, como si fueran una versión pacífica de aquellas hordas de personas que, obligadas por Mao Zedong, declararon la guerra a los gorriones, acusados de comerse el grano almacenado. Durante días y días salieron de sus casas pertrechados de ollas y sartenes que golpeaban para que los pájaros cayeran muertos de agotamiento. Casi los exterminan, pero lo que realmente consiguieron fue la aparición de una plaga de langosta que, sin su depredador, terminó con los cultivos y dio inicio a la Gran Hambruna China.

A pesar de los esfuerzos, de los cubos, de las escobas, las chumberas no se han recuperado, y ese manto blanco, esa nieve corrosiva, sigue cubriéndolas, así como la seca sigue dañando los alcornoques.

Al poco de marcharse Montero, Nuria se sentó en la terraza del bar de la plaza. La atendió el mismo joven que había cerrado el local la noche anterior. Agradeció que no le hiciera comentario alguno sobre la víspera. Se tomó un café que le revolvió el estómago. Cuando se disponía a marcharse, vio a su madre acercarse por el paseo. Caminaba con la mirada perdida porque por las mañanas le costaba bastante espabilarse a consecuencia de la medicación que tomaba. Nuria tenía miedo de que se cayera de nuevo. Siempre le pedía que esperara un rato antes de salir de casa, pero nunca le hacía caso.

—Podías haberme llamado para desayunar aquí contigo.

—No he desayunado, solo me he tomado un café.

Se quedó con su madre, que dio cuenta del desayuno sin pronunciar una sola palabra. Nuria se preguntaba por qué ella no podía veranear por su cuenta, alquilarse un apartamento en la playa y no tener que dar explicaciones a nadie. Después se imaginaba sola, caminando por algún paseo marítimo, y se enfadaba consigo misma. Matilde llamó al camarero y le pagó.

—Me voy, que tengo muchas cosas que hacer.

—¿Qué tienes que hacer? —A menudo sentía que le reprochaba que ella no se ocupara de la casa, pero lo cierto era que no había mucho de lo que ocuparse; además, cuando emprendía alguna tarea, su madre le insistía en que lo dejara.

—Tengo que ir a la tienda a por carne, llevarla a casa, poner una lavadora y colgar la ropa.

—Pones la lavadora con cuatro prendas, no sé para qué.

—Para que la ropa esté limpia.

—Pero la pones a diario, espera un poco a poder llenarla.

—¿Y con qué nos vestimos? ¿Y con qué nos secamos?

Nuria estaba convencida de que su madre ponía la lavadora porque le gustaba el sonido laborioso que emitía. El tambor giraba y la casa simulaba actividad, aunque ella estuviera tumbada en la cama, vencida por el calor y por el aburrimiento.

—¿Por qué no te vienes al río, ama? Ya compraremos luego la carne.

—¿Yo? —dijo levantándose ya de la mesa, con expresión indignada—. ¿Y quién hace las cosas? —añadió displicente, como quien señala una obviedad, con la consiguiente pérdida de tiempo que eso implica.

Nuria miró a su alrededor, no se acostumbraba a que su madre la dejara en ridículo en público, algo que sentía que sucedía con demasiada frecuencia.

De camino a la casa de Milo, se cruzó con Ezequiel, el padre de Montero. Vestía solo un pantalón de tergal raído; de cintura para arriba iba desnudo. La miró, le sonrió, se le achinaron los ojos. Se rascaba la cabeza con despreocupación infantil.

—Mira, Nuria —dijo levantando su hacha.

Le disgustó que la llamara por su nombre, y trató de desentenderse de la situación y de seguir con su camino.

—Es nueva. —La hoja de acero relucía, pulcra, y contrastaba con el aspecto descuidado de Ezequiel—. Me la ha traído un compinche.

—Es bonita. —La observación fue una mera fórmula, pero el hombre pareció animarse, convencido de haber encontrado una interlocutora.

—Es un hacha portuguesa, me la ha traído mi compinche, un chavea de Ubrique —repitió.

Nuria se limitó a asentir. El acento del hombre era muy cerrado, costaba entenderlo.

—Yo he sido el mejor corchero de estos montes.

Se quedó, entonces, mirando al suelo, abstraído, y Nuria aprovechó para despedirse, pero el hombre la siguió y se colocó a su altura.

—Es un hacha portuguesa; tiene el ojo redondo y el mango redondo también; las hachas andaluzas tienen el ojo ovalado y el mango aplanado.

—Muy bien, portuguesa, sí.

—¿Sabes por qué yo no uso el hacha andaluza? —Nuria desconocía que existieran distintos tipos de hacha, se estaba empezando a cansar.

—Porque, un día, en La Saucedá, se me resbaló y le metí un tajo en la cara a un compañero. ¿Ves? —insistió, mostrándole de nuevo el hacha—. El mango es redondo; las andaluzas tienen el ojo ovalado y el mango chato.

Nuria miró el hacha: el mango, en efecto, redondo. El sol le picaba en los hombros, tenía ganas de ver a Milo, saber si seguía molesto o había olvidado lo de la noche anterior. Estaba harta ya de Ezequiel y de su hacha portuguesa, pero la prudencia le impedía mandarlo a la mierda. Era un loco armado, a pesar de mostrarse inofensivo.

—Le abrí la cara con un hacha andaluza, yo no quiero ver un hacha andaluza ni en pintura.

—Lo entiendo —le respondió. Se estaba mareando.

—Se le veía el hueso, fue una herida muy fea.

Nuria se desesperó, quería que la dejara en paz. Miró a su alrededor con la esperanza de ver a

algún conocido que interrumpiera aquella conversación, pero la calle estaba vacía.

—Me tengo que ir, buenos días.

—Esta es mejor, esta es portuguesa. —La cogió del brazo y la miró fijamente; su aire de despreocupación infantil había desaparecido.

Después, se fue calle arriba y Nuria lamentó la mala suerte que había tenido al cruzarse con Ezequiel. No lo había visto aparecer, no sabía de dónde había salido, era como si la hubiera estado esperando. El encuentro le había dejado mal cuerpo, le hizo recordar que en la vida son comunes los infortunios, pero no aparcó sus planes.

Empujó el portón exterior, subió la pequeña cuesta que desembocaba en el porche, y antes de que llamara al timbre de la puerta, le abrieron desde dentro. Xabier llevaba una gran bolsa colgada del hombro, de la que sobresalía una toalla azul. Ofrecía un aspecto descansado, el color moreno de su piel destacaba al sol con su cabellera blanca. Nuria pensó que debía de ser uno de esos hombres nacidos para vivir un verano interminable. Milo llevaba dos sillas plegables colgando del antebrazo.

—¿Tu madre no viene? —le preguntó su amigo mientras se echaba, con dificultad, crema solar en la cara.

—No, dice que tiene cosas que hacer; de todas formas, ella no suele bajar.

Nada más llegar al río, descubrieron dos grandes máquinas excavadoras situadas tras la represa.

—¿Qué harán ahí? —preguntó Nuria, para sí misma, en cuanto desplegó la silla, bajo la sombra de uno de los fresnos de la orilla.

Xabier y Milo se situaron junto a ella, uno a cada lado, y se desvistieron. Sopló una ráfaga de aire caliente que onduló la superficie del agua y sacudió violentamente las copas de los álamos más altos. Los tres se desvistieron y se metieron en el agua.

—¡Está más fría que la del cantábrico! —observó divertido Xabier, antes de zambullirse. Nuria ignoró el comentario y se fijó en Milo, tan blanco, y le pareció que desentonaba en ese entorno. Ella defendía la idea de que hay cierto tipo de personas, con aspecto de tomar muchos yogures naturales, que solo encajan en la ciudad o en cabañas de madera. Estaba convencida de que Milo no se bañaría hasta que no recabara información sobre la arena que pisaba, que seguramente le desagradaría, sobre los peces que ya había empezado a ver a su lado, sobre los zapateros que flotaban junto a una roca de la orilla, sobre las libélulas que pasaban volando muy cerca de donde se encontraban; sin embargo, se sumergió enseguida y comenzó a nadar detrás de su padre. Nuria los siguió con dificultad porque su estilo no era bueno, y no los alcanzó hasta que se detuvieron en mitad del cauce. Se mantenían silenciosos, casi inmóviles, de vez en cuando braceaban para no hundirse, miraban hacia el tronco retorcido de un gran fresno.

—¿Qué pasa?

—Hay dos tortugas ahí —dijo Milo, señalando el tronco con la cabeza.

Nuria escudriñó aquella zona y pronto distinguió una gran tortuga y una tortuga de tamaño mediano. Permanecieron así hasta que una barca hinchable de grandes dimensiones pasó junto a ellos y los sacó de su ensimismamiento.

Xabier tenía las piernas estiradas, los dedos de sus pies jugueteaban con la hierba; la espalda, reclinada sobre el respaldo de la silla. Parecía estar muy cómodo, y su expresión era relajada.

—Te quedas como nuevo con el agua fría, qué maravilla.

Nuria le miró con suficiencia, como si con su silencio quisiera indicarle que a ella no le estaba descubriendo nada en absoluto. Envidiaba que siempre pareciera estar en paz consigo mismo. Qué maravilla, qué maravilla, todo le parecía una maravilla.

—¿Qué harán ahí esas máquinas? —preguntó de nuevo. Quiso convencerse de que la respuesta sería una actuación municipal sin importancia; sin embargo, no consiguió apartar la preocupación que esa imagen le generaba.

Antes de regresar al pueblo, volvieron a bañarse para encarar el camino frescos. Cuando subían la cuesta que discurría entre un pequeño complejo de casas rurales y una casa de reposo, sopló de nuevo el viento caliente. Las hojas de un chaparro cercano que se amontonaban en la parte asfaltada de la vereda se pusieron de canto y a Nuria le dio la impresión de que avanzaban hacia ellos como diminutos soldados de un ejército peligroso. La ráfaga cesó y las hojas volvieron a quedarse tiradas en el suelo.

Lo primero en lo que Nuria reparó fueron los pendientes, unas amatistas engarzadas en oro. Habían discutido varias veces a cuenta de ellos porque Matilde no quería estrenarlos durante la pandemia y esgrimía argumentos cercanos a la superstición. Después, observó su maquillaje, suave pero favorecedor, y le sorprendió que hubiera combinado un vestido camisero celeste con unas zapatillas deportivas plateadas y no con uno de esos zapatos planos y anodinos que solía calzar. También le pareció una novedad que no estuviera en el sofá, sino en una silla que había colocado junto a la puerta de casa, abierta de par en par. Sostenía un frasco de colonia.

—Vístete rápido, que vamos a Gaucín —le anunció.

—¿Cómo que vamos a Gaucín? —Nuria, que seguía parada cerca de la puerta, había llegado a la casa convencida de que la esperaba una trifulca por haber subido tarde del río. Daba por hecho que se desataría la típica discusión repleta de reproches que la dejaba de mal ánimo durante horas.

—Xabier ha pasado por aquí hace un rato para decirme que nos invitaba a cenar en un restaurante que le han recomendado.

—Le habrán hablado maravillas —farfulló Nuria.

—¿Qué?

—¿Y a ti te apetece ir?

—Sí, por salir un día del pueblo no nos va a pasar nada —respondió Matilde mientras se perfumaba detrás de las orejas y en las muñecas.

—Me dan miedo las curvas, ama, y de noche, más.

Matilde se levantó de la silla haciendo gestos de negación con la cabeza y dejó el frasco de colonia sobre la mesa.

—Como sigas así, no vas a salir de casa para nada.

—¿Así cómo?

—Con tantos miedos.

Nuria decidió callarse, a pesar de que le parecía injusto que su madre le hablara de ese modo cuando era incapaz de ir sola de Chamartín a Atocha. Reconocía que no habían viajado a Las Palmas por su miedo a volar, pero una amiga se prestó a acompañarla y ella rehusó el ofrecimiento. Si tantas ganas tenía de visitar a sus tíos, habría ido. Le fastidió que no se hubiera animado a viajar por su cuenta. Le hablaba mucho de la isla, y a ella le gustaba escucharla. Le contaba, por ejemplo, que de niña, junto a sus padres y su hermano, viajaba a menudo desde la

península a Gran Canaria. Embarcaban en el puerto de Cádiz a bordo del J. J. Sister o del Cabo San Roque o del Soto. El viaje duraba cuatro o cinco días, y el archipiélago los recibía con una voluptuosidad caribeña. A Nuria le costaba imaginar a su madre a bordo de aquellos barcos, en aquellas travesías que debían de ser excepcionales en una época de escasez. Matilde siempre decía que lo que mejor recordaba de Gran Canaria era un gran aguacate que había en el patio de su abuela, en la localidad de Sardina. Cuenta que su primo Jacinto se subía al árbol y comía la fruta sentado en las ramas. Y también dice que un día que estaban en aquel patio pasó por la puerta un pequeño dromedario, un dromedario precioso, recalaba.

Nuria fue en tensión durante todo el viaje, pero al divisar de frente la panorámica de Gaucín —un pueblo blanco, encaramado a una montaña asomada al mar, a los pies de un castillo iluminado— se sobrecogió. La Consejería de Turismo de Andalucía ha empleado en numerosas ocasiones fotografías de esa localidad como imagen corporativa porque allí se condensa la esencia del sur, una esencia que Nuria no sabría definir, pero sí identificar cuando la alcanzaba.

De camino al restaurante se cruzaron con bastantes extranjeros —muchos de ellos con camisas blancas, muchas de ellas con elegantes vestidos negros— consagrados, a través de callejones encalados y plazuelas con fuentes, a la sensualidad de la noche. En la puerta de una taberna flamenca, unos ingleses jugaban al backgammon y junto a ellos otro grupo de hombres, oriundos de la serranía, mareaban fichas de dominó. Las mesas de aquel bar resumían la convivencia entre cabreros y diseñadores de moda, cazadores furtivos y periodistas flemáticos, trabajadores del campo y rentistas, bomberos forestales y críticos gastronómicos, camareros y reputados escultores. La estrechez económica y la confortabilidad financiera se daban la mano en Gaucín.

Los sentaron en la terraza del restaurante, desde la que se distinguían los perfiles lumínicos de los municipios del Campo de Gibraltar. También se advertían, bajo la luz de la luna, los molinos eólicos que proliferaban en toda esa zona.

—Es el nuevo colonialismo energético rural —soltó de pronto Milo.

—¿Qué dices? —le preguntó Xabier.

—Los molinos: es destruir el medio ambiente para poner renovables como solución para proteger al medio ambiente. Lo he oído en el pueblo.

Nuria se preguntó a quién podía haberle oído decir eso, pero se quedó mirando el horizonte, sin saber muy bien qué añadir. Accedió en ese momento a una revelación íntima: ella siempre pertenecería a aquellos lugares en los que, al contemplar el paisaje desde un alto, pudiera reconocer pueblos y ciudades y fuera capaz de nombrar las montañas; lugares desde los que, como en esos momentos, le resultara posible señalar hacia el frente y decir eso es Algeciras, y eso es La Línea de la Concepción, y eso es Los Barrios, y allá se adivina Ceuta; lugares desde los que pudiera situar a algunos amigos latiendo en la oscura lejanía de la noche, o indicar siquiera algunas referencias concretas: los piñonates de Jimena de La Frontera, las naranjas de San Pablo, la uva moscatel de Manilva. Pertenecería a aquellos lugares cuyas panorámicas la tranquilizaran

cuando se sintiera sola y asustada; cuando pensara que había perdido todos los vínculos que la unían a otras personas, cuando la muerte se hubiera llevado a aquellos a quienes quiso, entonces, tendría que aferrarse a la rara compañía que ofrecen los paisajes, al consuelo de la pertenencia.

Al cabo de unos segundos, devolvió su atención a la mesa porque había interiorizado que cuando se reunían con otras personas solía ser ella la encargada de dinamizar esos encuentros. A pesar de que su madre la acusaba a menudo de comportarse de forma arisca con la gente, lo cierto es que llevaba mal el silencio en esas ocasiones y necesitaba algo de liviandad para favorecer el paso rápido del tiempo, por lo que se lanzaba a hablar de cualquier cosa. Matilde, en cambio, podía permanecer sin abrir la boca y sin que eso le supusiera ningún tipo de estrés social; sin embargo, esa noche Nuria se había propuesto dejar que los demás cargaran con el peso de las conversaciones, así que se entretuvo observando a la pareja de la mesa de al lado: españoles, de unos sesenta años, clase alta, brillaban. Los ricos brillan, le dijo una vez un amigo al que dejó de frecuentar, y era cierto. El hombre no paraba de hablar, y pasaba de reírse de sus propias palabras a una indignación discreta, mientras que su acompañante, que ni lo miraba a los ojos, asentía de vez en cuando, sin lograr reprimir cierto nerviosismo. Nuria supuso que estaría deseando levantarse de la silla, irse a casa o al hotel y dormir en su extremo de la cama. No comprendía bien la situación: o el hombre era un estúpido incapaz de notar que no le prestaban atención o le daba lo mismo que no se la prestaran y convertía así su cháchara de tono autosuficiente en un acto de crueldad contra la mujer. Mientras tanto, la conversación en su mesa fluía. Los escuchó hablar de una venta cercana en la que se desayuna con los pies metidos en un arroyo de aguas cristalinas, de las chacinas que elaboraban en los cercanos pueblos de Algotocín y Benaoján, de la confortabilidad de la casa en la que se alojaban Xabier y Milo.

—Cuéntales lo de los niños, ama.

La saboteadora que llevaba dentro irrumpió. No es nada de lo que se enorgulleciera; de hecho, con el tiempo había identificado ese rasgo de su carácter como un grave defecto. Sintió la necesidad de enfrentar a su madre contra la visión paradisiaca que estaba ofreciendo de los pueblos de la serranía. No todo era tan idílico. Nuria no soportaba lo que por aquel entonces consideraba inmovilismo de los vecinos —tanta queja, tanta exigencia al gobierno de turno y tan poca capacidad para aprovechar las escasas oportunidades que salieran al paso—, y toleraba aún menos la superchería en la que se enredaban a menudo.

Matilde se mantuvo en silencio, a pesar de la curiosidad que manifestaron Milo y Xabier, así que fue la propia Nuria quien explicó el asunto:

—Dicen que en el pueblo hay una pareja de niños que se aparece de pronto por las noches. Están seguros de que esos niños anuncian cambios, y de que, aunque esos cambios puedan ser buenos, la mayoría de las veces son malos porque, a menudo, quien los ve —hizo una pausa dramática— muere al poco tiempo.

Matilde había comenzado a comer el pan que estaba sobre la mesa y mantuvo la mirada en el paisaje. Nuria la creyó decidida a no participar de la conversación.

—En todos los sitios hay creencias extrañas —terció Xabier.

—Ya —añadió Matilde—, pero en mi pueblo se han tomado tan a pecho este asunto que los niños no pueden ir de dos en dos. La verdad es que son un poco exagerados.

—¿Cómo? —preguntó Xabier.

—Los niños o van solos o de tres en tres o de cuatro en cuatro o como sea, pero en pareja, no. Dicen que la gente se asustaría al cruzarse con ellos.

Milo se había mantenido atento durante la explicación, aunque serio y reconcentrado porque, según les había explicado durante el viaje en coche, le dolía el oído derecho desde que se bañó en la piscina el día que llegaron. Sin embargo, tras escuchar la última aclaración de Matilde, su cara comenzó a enrojecerse, apretó los labios, se le inflaron los mofletes y estalló en una carcajada estrepitosa. A pesar de que Matilde siempre defendía que no había que reírse de esas cosas, a los tres se les contagió la risa, y no se recompusieron hasta que el camarero les sirvió los primeros platos. Ya tranquilizada, Nuria se fijó en la vajilla de cerámica, esmaltada y de colores vivos, y en las flores que adornaban la comida. Pensó en que ella nunca compartiría mesa y mantel con Montero, y se quedó cabizbaja, como si tras las carcajadas hubiera vuelto a la realidad. Milo, en un gesto rápido, se llevó una mano al oído.

—Qué pena, hoy ha venido el médico, pero mañana creo que no pasa —dijo Matilde.

A Nuria le costaba reconocer a su madre, que mostraba una actitud desenvuelta y vital. Se preguntó si sería ese su verdadero carácter, si siempre había sido así, y era ella quien no había sabido propiciar situaciones o conversaciones en las que riera como aquella noche lo había hecho. Al parecer, se repetía, prefería la compañía de Milo y Xabier a la suya. Durante el resto de la cena no dejó de atormentarse con esa idea.

—La médica —matizó Milo—. He ido hoy a última hora y me ha atendido. Es un tapón, me ha dicho que vuelva en unos días para que me lo quiten.

—¿Te ha recetado unas gotas?

—Sí. Por cierto, me he cruzado con vuestro amigo Montero, que salía de la consulta.

Una yegua castaña bebía cerca de la correntera y, mientras el animal se refrescaba, su dueña fumaba de pie, en la orilla. La conocía de vista. Su padre tenía un campo de olivos. Nuria se internó en el agua, antes incluso de desplegar la silla. La noche había sido calurosa, y el ventilador no había conseguido refrescar su pequeño dormitorio. Su cuerpo recibió el frío con gratitud.

—¿Por qué baja turbia?

La chica pareció sorprenderse no tanto por la pregunta, sino por el mismo hecho de que le preguntara algo.

—¿No te has enterado de la que han liado arriba, en la charca de la curva? Han removido todo porque dicen que el motor que bombeaba el agua no daba más de sí.

—No sabía nada. ¿El agua?

—Sí, la que bebemos —respondió, algo aturdida. Probablemente pensara que, para llevar tantos años veraneando en el pueblo, no se quedaba con nada. La típica bañista, se habría dicho. Seguramente, el hecho de que apenas la mirara de frente tampoco la ayudaba a parecer una mujer despierta, pero no era sencillo sostenerle la mirada: sus ojos eran verdes y rasgados.

—¿Has visto las excavadoras? —le indicó señalando la represa con la cabeza.

—Sí, las vi ayer.

—Estos días van a trabajar aquí.

—¿Aquí? ¿Para qué? Aquí no está la bomba del agua.

—Algunos dicen que es por los aguacates; otros por la central hidroeléctrica. Se dicen muchas cosas, cualquiera sabe.

—¿Dónde hay aguacates?

Desde el autobús de Málaga a Ronda pudo ver cómo gran parte de los terrenos de la Costa del Sol que aún quedaban sin construir se habían llenado de aguacates. Había leído algún artículo sobre el malestar de los vecinos de la Axarquía ante esas plantaciones que demandan demasiada agua en una tierra en la que apenas llueve, pero no imaginaba que su cultivo se hubiera extendido tanto. Se vendían a buen precio, a todo el mundo le había dado por desayunar aguacates y por echar aguacates a las ensaladas.

—Por ahí, por el puente.

—Voy a ir a quejarme.

—¿Por los aguacates?

—No, por lo que están haciendo en el río.

—¿Ante quién?

Nuria se quedó pensativa un instante. Era consciente de que en esos momentos su ímpetu la atropellaba.

La chica resopló, como si la conversación le hubiera resultado agotadora, se metió en el agua, sacó a la yegua, la montó y se marchó; Nuria pensó que tal vez la hubiera molestado con sus preguntas.

El teléfono móvil sonó dentro de su bolsa, lo cogió malhumorada, convencida de que sería su madre, que no la dejaba respirar ni un minuto, y sin mirar siquiera la pantalla, respondió con brusquedad: era un comercial de una compañía de gas. La escasez de energía ya se estaba convirtiendo en un problema del que todos terminarían siendo conscientes en poco tiempo. Se acordó de los molinos eólicos que había visto la noche anterior.

Decidió marcharse. No le gustaba estar sola. Había oído decir que en el pueblo se había puesto de moda tener perros peligrosos, que los dueños a veces los llevaban sueltos, y se había obsesionado con la idea hasta el punto de no caminar tranquila por las calles y de preferir no quedarse sola en el río, cuando siempre le había molestado que bajara demasiada gente: los gritos de las madres para que sus hijos salieran del agua, las peleas entre los críos, bocadillos envueltos en papel de plata, batidos de chocolate, peladuras de pipas en el suelo, colillas, domingueros con mesas de camping, basura.

Nuria se detuvo para observar el cauce, que serpenteaba unos metros más abajo, a través de las montañas. Desde el carril, la vista sobre la parte del río que discurría más allá de la presa era privilegiada. Caminaba cuidando de no tropezar con alguno de los pedruscos del suelo y se concentraba en el lejano rumor del agua. De vez en cuando daba un manotazo al aire, alertada por la cercanía de algún insecto: mosquitos, abejorros, saltamontes, con el calor se ponían muy pesados. Miraba a su alrededor y no se acostumbraba a ver aquellas bolsas que colgaban de los alcornoques. Le habían explicado que se trataba de trampas de feromonas para atraer al macho de la «lagarta peluda», una oruga convertida en plaga, que dejaba sin hojas a los árboles y tan desprotegidos que la calidad del corcho se veía reducida. En cada alcornoque, una trampa colgaba de una rama: una pequeña caja y una bolsa similar a la que se emplea en las transfusiones de sangre. La lagarta peluda: Nuria se preguntaba quién habría popularizado ese nombre tan gráfico.

Montero había aparcado su furgoneta blanca en un rellano del carril. Estaba sentado en una silla plegable junto a la puerta delantera del vehículo. Se le veía relajado, como si estuviera allí por gusto: una lata de cerveza sobre una nevera de playa, un viejo transistor. A su alrededor, correteaba su perro. Cuando vio llegar a Nuria, sonrió y desplegó otra silla.

—Gracias por haberte acercado.

—Tampoco voy a estar mucho tiempo, en cuanto empiece a caer el sol me voy —dijo ella antes de sentarse.

Nuria no podía evitar mostrarse a la defensiva. Quería dejarle claro que no traicionaría lo que el pasado verano se prometieron, que no se acostarían más, que serían amigos o tratarían, al menos, de serlo.

—Yo te acompañaré hasta el pueblo.

Se sentó por fin y se fijó en la camisa desabotonada de Montero. En la ciudad, vestir así resultaría de pésimo gusto, pero en el monte parecía salvaje, natural, y le sorprendió el deseo de descender con su boca por el precipicio de aquel torso.

—Hay mucho corcho aquí —observó señalando las pilas de planchas que se alzaban varios metros en un calvero cercano al carril.

—Está ya refugado, además.

—¿Qué significa *refugado*?

—Que ha sido separado por calidades.

Montero le explicó que las planchas más gruesas y menos porosas forman el calibre, que se destina, en su mayor parte, a la producción de tapones; después separan el «delgado» con el que se hacen las arandelas, las piezas de corcho natural, que se colocan en el extremo inferior de los tapones de champán, y, por último, se separa el «refugo», con el que se obtendrá corcho molido, también para tapones, pero de inferior categoría. Nuria le escuchó con atención, pero no fue capaz de interiorizar todos los datos.

—Me gusta pasar las noches en el campo, ¿sabes? —Montero se recostó sobre la silla y se masajeó el cuello con las manos—. Me recuerda a cuando era pequeño y mi hermano, mi madre y yo íbamos a las corchas con mi padre. Nos juntábamos varias familias en el monte.

—Sería como estar de acampada.

—Más o menos. Montábamos una caseta con lonas y palos y con un hornillo y un par de colchones ya teníamos lista la residencia de verano. —Comenzó a reírse, Nuria creyó que por lo que acababa de decir, pero después comprendió que era por lo que iba a contarle a continuación—. Los zagales no nos aburríamos, andábamos todo el tiempo para arriba y para abajo, yo me entretenía con cualquier cosa. Un verano me dio por guardar en un bote todos los alacranes que encontraba debajo de las piedras. Cuando mi padre desmontó el hato y descubrió mi tesoro se puso hecho una fiera. Me preguntó qué creía que habría pasado si los bichos se hubieran llegado a escapar.

Montero volvió a reírse, pero Nuria se imaginó a los alacranes ascendiendo por los colchones, paseándose por los cuerpos dormidos, asomándose a las bocas entreabiertas en la noche y se mantuvo seria.

El cielo había comenzado a oscurecerse, y cuando el cielo se oscurece, los ruidos del campo resuenan. La noche se mete por entre los árboles, por entre los matorrales, los ojos de los animales brillan, el rumor del río se amplifica.

—Me he enterado de que has ido al médico. ¿Estás bien?

—Sí —sonrió de nuevo—, una tontería. —Y cambió de tema—. ¿Sabes? Un hombre se pasó un invierno entero en La Sauceda cuidando de las corchas. No sé cómo no se volvió loco, tan lejos de todo, durante tantos días.

—Y en invierno no hay ni alacranes con los que entretenerse —bromeó Nuria.

De pronto, se levantó un poco de aire, y la camisa de Montero se abrió, hospitalaria. Él la tomó de las manos y se quedó mirándola a los ojos; la respiración, agitada. Le levantó el vestido y las bragas negras quedaron a la vista.

—Vamos a la furgoneta, por favor.

—No.

—Vamos, por favor.

Inclinado hacia ella, sin levantarse de la silla, había empezado a acariciarle las piernas y el culo, ya no la escuchaba. Ella temblaba, como la primera vez que estuvo a solas con él,

consciente de que sus emociones, que ella creía equilibradas, estaban a punto de desordenarse. Oyeron el ruido de un motor a lo lejos, el perro comenzó a ladrar. Nuria logró recomponerse.

—No quiero acostarme más contigo, ya te lo dije, ya lo acordamos —sonó como un reproche a la conducta de él, pero en realidad se estaba reprendiendo a sí misma—. Acompáñame, si quieres, me voy ya, no debería haber venido. —Él la miraba como si no comprendiera sus palabras—. Me voy ya —repitió.

La acompañó hasta el punto en el que el carril enganchaba con la carretera, muy cerca ya del pueblo, y se dio la vuelta sin decirle adiós. Nuria continuó sola, pero al poco tiempo la alcanzó un grupo de hombres que acostumbraba a caminar a diario, hiciera frío o calor. La saludaron y pasaron de largo. De frente, se cruzó con Ángela, la inglesa, como la llamaban, aunque todo el mundo supiera que era alemana. Se preguntó a dónde iría, la noche estaba a punto de cerrarse. De pequeña, Nuria iba a su casa a estudiar inglés. Le gustaba esa rutina que compartía con otros niños de su edad porque la distinguía de los excursionistas o los turistas de fin de semana que solo viajaban hasta allí para bañarse en el río. Cuando iba a casa de Ángela, con su cuaderno y su estuche, se sentía parte del pueblo. Años después tuvo de nuevo esa sensación. Ella era ya adolescente cuando, con el apoyo de diversas instituciones, organizaron la Feria del Emigrante. La actividad previa fue intensa: se diseñó un apretado programa de actividades, se encargaron camisetas conmemorativas, la escuela se llenó de literas, en la plaza se montaron largas mesas con tableros de madera para las comidas populares. Se colgó una gran pancarta a la entrada del pueblo en la que se leía BIENVENIDOS, EMIGRANTES y, por fin, llegó el gran día. Por el paseo, a ritmo de los pasodobles que interpretaba la banda de música municipal, comenzaron a desfilar autobuses procedentes de distintos puntos de Euskadi y de Cataluña, de los que bajaron los viajeros con cara de cansancio. Nuria y sus amigos, integrados en la comisión de recibimiento, tenían que obsequiar con un clavel a las mujeres, envueltas aún en el sopor del trayecto. Nuria recuerda que le gustó mucho no formar parte del grupo que recibía la flor, sino del que la entregaba.

—Menuda puta mierda —dijo, con la vista puesta en las marcas que la pala de la excavadora había dejado en aquel recodo del río, la charca de la curva, que a los ojos de Nuria aparecía desfigurado. La chica de los olivos tenía razón: aquello era un desastre. Habían talado todos los árboles de la orilla y removido la tierra para ensanchar la zona de baño.

—Yo no lo veo tan mal, es distinto de Las Pepas.

—Qué sabrás tú —farfulló.

Milo no respondió, y Nuria pensó que lo más probable era que no la hubiera oído.

—Crecerá la hierba de nuevo, y el río volverá a su lugar, siempre lo hace.

—Para eso tendría que llover y mucho. Esto parece el charco de una obra.

—Si llueve, quedará como una gran piscina natural.

—Claro, con toda esa tierra removida alrededor: precioso.

—Y si, como dicen, el pueblo coge el agua de aquí, quizá no quedara más remedio que hacer esto.

Nuria sabía que su amigo solo quería animarla, pero lo único que conseguía era enfurecerla más.

—Vámonos de aquí.

—¿No nos vamos a bañar? —Milo tenía la cara colorada, y el sudor le resbalaba por la frente.

—Yo aquí no me baño, ya nos bañaremos arriba.

Al ver la degradación de aquel espacio, Nuria experimentó la necesidad de recorrer el sendero que conducía al cañón, de reencontrarse con un paisaje reconocible, con la vegetación echándose sobre el agua, con orillas de arena y piedra, con el curso natural de las cosas. Sabía que río arriba no habían metido las máquinas, así que caminarían entre matas de orégano, de tomillo, de poleo, de jara, de cardos repletos de caracolillos y de pinchos, con arbustos que arañaban las piernas, con palmitos.

Fue callada casi todo el trayecto. Le enfurecía saber que estaba siendo injusta con su amigo, aunque ser consciente de eso no lograba que su mal humor se disolviera.

—Hace calor —comentó Milo cuando cruzaban un pequeño puente colgante de madera que,

para el gusto de Nuria, se balanceaba demasiado.

—¿Qué quieres? Haberte quedado en Bilbao o en Llodio, con tus amigos.

Al cruzar la pasarela, Nuria se detuvo en el saliente de piedra en el que desembocaba: a cierta altura, pensó sin terminar de articular la idea, todos los ríos parecen plácidos, y todas las montañas, maternas.

—No merezco que me hables así. He venido porque siempre me has animado a conocer tu pueblo, pero si quieres, me voy ahora mismo. Te aseguro que puedo vivir sin tus groserías.

Se arrepintió de haber respondido de forma impertinente a Milo, pero no se disculpó. Él, se decía, solo quería bañarse, disfrutar del verano, cómo le iba a importar lo que pasara en un pueblo al que no volvería porque en cuanto pudiera regresaría a sus sofisticados viajes por el extranjero.

—Solo te digo que si estás incómodo, puedes irte.

—Claro que me puedo ir. No necesito tu permiso para hacerlo, pero es que yo no he dicho en ningún momento que esté incómodo.

Nuria quiso cambiar de tema y comenzó a contarle que una vez remontó el río a nado desde Las Pepas hasta el cañón cargada con una sandía.

—La lanzaba hacia delante para poder nadar, pero en algunos tramos la corriente del río me la devolvía —le explicó.

Milo, que seguía dolido, no se mostró interesado en el relato, así que durante el resto de la caminata se mantuvieron en silencio. Por fin aparecieron en el islote que se situaba frente al cañón. Se descalzaron y metieron los pies en el río. Las piedras del fondo y los peces se distinguían con nitidez porque el agua estaba muy limpia y porque en el seno del río se acumulaban guijarros de color claro en lugar de arena. A pesar de que en el islote habría una docena de excursionistas y un par de perros, el entorno estaba silencioso, como si la majestuosidad de la naturaleza —la fortaleza de las paredes del cañón, la altura de las montañas, algodonosas, verdes— los hubiera amedrentado.

—Es precioso, me encanta el color turquesa del agua.

En cuestión de segundos pasaron del calor al frío. El agua estaba helada, pero al regresar a la orilla, Nuria sintió que su ánimo había mejorado. Se consoló pensando que por mucho que destrozaran las zonas de baño cercanas al pueblo, siempre resistiría ese paraje, protegido por ser Monumento Natural. Mientras se secaba de pie, al sol, se fijó en un grupo de tres chicos que se habían subido a una roca y miraban hacia el cauce, seguramente para calibrar la profundidad antes de saltar. Al poco se lanzó un joven, que enseguida emergió. Fue entonces cuando Nuria vio que, desde el fondo de las paredes de piedra, volaba en dirección al islote un ave que debía de ser bastante grande. Pasó a la altura del grupo de la roca, uno de los chicos gritó sobresaltado. Era un buitre que volaba extrañamente bajo: todo el entorno pareció detenerse a su paso. Fue un vuelo majestuoso, ralentizado, como si llevara el silencio consigo. El animal debía de haberse golpeado o desorientado porque se posó en mitad del islote, cerca de las personas que allí

estaban. Tras un momento de histeria colectiva, una mujer logró envolverlo en una toalla con la que le tapó los ojos. Les dijo que quería secarle las alas. El buitre se revolvió y emprendió un tímido vuelo que le permitió salvar el agua y descansar en la orilla de enfrente. Dos mujeres con sendos perros añadían confusión a la escena: una tenía miedo de que su perro atacara al buitre y la otra, de que el buitre atacara a su perro.

—Hay que llamar al Seprona —dijo alguien, y un hombre con melena canosa y aspecto de ser capaz de sobrevivir en el desierto comiendo raíces contestó que ya los había llamado.

Emprendieron el regreso justo cuando varios barranquistas, con sus frontales encendidos, se acercaban por el agua hasta el islote. Nuria supuso que se quitarían los trajes de neopreno en la orilla y comenzarían a relatar anécdotas en voz alta, para que los demás admiraran su intrepidez. Jamás reconocería que los envidiaba por no tener miedo a las alturas, ni a quedarse atrapados en un sifón, ni a golpearse contra una roca.

El sendero enganchaba con la carretera que conducía al pueblo a la altura de la central hidroeléctrica. Había entrado en funcionamiento en el año 1919, cuando las turbinas de aquel complejo comenzaron a generar energía. En los solares que Milo y Nuria dejaban a su derecha llegó a levantarse un poblado para los trabajadores: pequeñas casas blancas, de un solo piso, con jardín delantero, a las que se accedía subiendo unos escalones. La sede social de la empresa se localizó en el enorme chalet, de fachada oscura y porte gótico, que Milo fotografió con el teléfono móvil. Las parejas de recién casados —fueron numerosas en el periodo más floreciente de la central— se fotografiaban en los jardines franceses de aquella propiedad. En las miradas de los jóvenes enamorados se percibía la confianza en el futuro que ofrece un trabajo estable. Ingenieros, electricistas, mecánicos, carpinteros, jardineros o vigilantes fueron consolidando sus rutinas a orillas del río Guadiaro, y no tardó en abrirse una pequeña escuela para que los niños que nacieran en el poblado pudieran estudiar sin desplazarse hasta el pueblo. Con el tiempo, llegó la automatización y las aulas se cerraron, pero durante muchos años aquel edificio, que terminó siendo ruinoso, se mantuvo en pie, y bastaba con asomar la cabeza por algunas de sus ventanas para contemplar los viejos pupitres y para detectar el inequívoco olor a lecciones de Historia, deberes y gomas de borrar. Nuria lamentó mucho que derribaran la escuela, aunque supiera que era lo que había que hacer.

—¿La planta produce energía aún? —quiso saber Milo.

—No, solo la transforma, ¡si no llueve!

De vuelta a casa, Milo comentó que durante la infancia nadie se pregunta de qué viven las personas, cuáles son sus fuentes de ingresos; y que solo al crecer nos interesa saber en qué trabajan nuestros padres y los padres de nuestros amigos; transcurridos unos años más, él al menos, matizó, empezó a querer saber también de qué viven los pueblos, las comarcas, si hay una fábrica, o una explotación ganadera, o un cultivo tradicional.

—¿De qué viven aquí?

—¿De meter máquinas en el río para destrozarlo?

—Yo tengo la impresión de que trabajan mucho: en el campo, encalando fachadas, en los bares, donde sea.

Nuria reconoció que hacía mucho que no hablaba con la gente del pueblo, a excepción de Montero, que se quejaba mucho de que, al margen de las corchas, que los empleaban durante dos o tres meses, resultaba difícil ganarse la vida.

Un haz de luz se proyectaba contra la pared; sobre el cuerpo de Nuria, figuras en movimiento. Su madre le había avanzado que por la noche no saldría porque tenía ganas de ver una película de miedo. No advirtió en su tono ningún asomo de reproche ni de abatimiento. Nuria pensó que era lógico que alguna noche quisiera quedarse tranquila en casa; sin embargo, cuando llegó del río para ducharse y entró al patio, desde donde le llegaban algunas voces, se encontró allí con Xabier, que estaba montando un proyector, y con Gloria, la vecina, que cortaba en porciones unas pizzas. Su madre, que estaba colocando cojines en las sillas, se giró para hablarle:

—Vamos a hacer un cine de verano, ¿te apetece quedarte?

—No —respondió tajante mientras se preguntaba qué hacía su madre con los labios pintados porque jamás se maquillaba si no salía de casa.

Un cine de verano, se repetía a sí misma, con ademanes despectivos, mientras se calentaba el agua de la ducha, un cine de verano.

Se fue a dar una vuelta por el pueblo, para disfrutar de la libertad que le procuraba no tener que invertir toda la noche en cenar con su madre ni en atender a Milo, que no le había propuesto ningún plan. Caminó por calles solitarias que hacía tiempo que no transitaba y enfiló hacia el cerrillo, aunque no sabía muy bien qué iba a hacer durante las siguientes horas. Le habría gustado regresar a la adolescencia, cuando siempre había amigos en el pueblo. Ella, a excepción de su remota amistad con Alba, siempre se había relacionado con los hijos de los veraneantes, no tanto con los chicos que vivían allí todo el año y que se mostraban reacios a introducir en sus grupos a jóvenes que al terminar agosto desaparecían. Sus viejos amigos se habían convertido en padres y madres, en su mayoría, y solo iban por allí algunos fines de semana, para disfrutar en familia de la vida en el campo. La realidad es que vagabundeaba por las calles, como tantas veces había hecho en Llodio desde que quienes creía sus amigos le dieron la espalda. Te quedarás sola, te quedarás sola. A ratos la abatía la idea de que ella, en realidad, no merecía la pena, de que nadie la querría nunca; en otras ocasiones —y ese pensamiento resultaba mucho más lacerante— temía que fuera ella a quien se le hubiera olvidado cómo querer a los demás. Trataba entonces de recordar cuánto lloró tras la muerte de su padre, de asegurarse de que lloró, de recontar los momentos en los que lloró, porque temía haberse convertido en una mujer incapaz de llorar por nadie; hacía tiempo que sentía que las emociones le llegaban en sordina, como si no le atañeran del todo. De alguna manera, discutir con su madre era lo más sólido que experimentaba; todo lo demás, incluido el deseo, resultaba decepcionante, poco enérgico,

descolorido, y estaba convencida de que relacionarse con otras personas acababa siendo la manera más segura de acumular derrotas.

Cuando dobló la esquina de la peluquería se topó con un nutrido grupo de vecinos del pueblo; la mayoría se apoyaba en las paredes, guardaba silencio. Al principio, no reparó en ello, pero enseguida se dio cuenta de que sus semblantes eran muy serios y de que algunos tenían los ojos llorosos. Giró la cabeza hacia una casa cuya puerta permanecía abierta. De entre las personas que estaban en el interior, le llamó la atención una mujer que, sentada en una silla, se tapaba la boca con las dos manos como si un suceso terrible aconteciera frente a ella una vez y otra. Entonces, alcanzó a ver también parte de un ataúd y comprendió que estaban velando a un muerto. No se detuvo en ningún momento, de hecho, aceleró el paso para no tener que saludar a ningún conocido, sentía un miedo hondo y antiguo, tanto como antigua es la fatalidad. De frente se cruzó con la farmacéutica, que seguramente se dirigía al velatorio.

—La chica de los olivos.

—¿Qué?

—Que se ha suicidado.

El estómago se le contrajo y le flaquearon las piernas. La chica de los ojos verdes se había quitado la vida. No podía ser: la recordaba en el río, vigilando a su yegua, su pecho se henchía a cada calada que le daba al cigarrillo, el sudor le mojaba la frente, sus pies estaban en la tierra, en la tierra, con los vivos.

—A algunos no los ha cogido por sorpresa, ya sabes —le dijo antes de seguir su camino.

Nuria no sabía de qué le estaba hablando, de hecho, no tenía ni la más remota idea de lo que le estaba queriendo decir; se sentía desubicada, y esa era una impresión que la alcanzaba a menudo en el pueblo: había mecanismos, alianzas, silencios, acusaciones cuyas sustancias últimas solo conocían quienes allí vivían. El pueblo tenía una parte luminosa, vinculada al río y al verano, que era la que deslumbraba a quienes pasaban allí las vacaciones, pero tras la brillante superficie se ocultaba un sustrato oscuro, vinculado a la falta de expectativas, a las estrecheces económicas, al ritmo repetitivo de los días, al que los visitantes no lograban acceder. De vez en cuando, como esa noche, ese líquido viscoso y oscuro emergía hasta la superficie, se hacía visible, mostraba su naturaleza, y, entonces, la música del bar de la plaza sonaba muy a lo lejos, como si llegara de un país remoto.

Cuando se alejó del velatorio, decidió cambiar de idea y bajar a ver qué hacía Milo. Él le abrió la puerta sin entusiasmo, con un gesto mecánico, y se dirigió a la tumbona en la que debía de haber estado recostado antes de que Nuria llegara. Se puso a mirar al cielo, como quien retoma una tarea interrumpida. Se sentó detrás de él, en una mesa auxiliar que había sobre el césped, y que también hacía las veces de banqueta.

—Tenía un amigo —dijo Milo de pronto— que decía adivinar el destino de los aviones tan solo con ver sus trayectorias en el cielo.

Nuria, conciliadora, no le contestó que eso le parecía imposible y prefirió levantarse y

caminar por el borde de la piscina. La noticia del suicidio suspendía la sensación de verano de la que, a lo largo de su vida, tanto había disfrutado en el pueblo. Contempló el agua iluminada, las buganvillas del jardín, el cielo estrellado, y el mes de julio pareció recuperar su entidad despreocupada y envolvente. No bastó, en todo caso, para apartar la pena, la incredulidad y el miedo que se le habían metido en las tripas.

Milo, que había permanecido unos minutos en silencio, se animó por fin a hablar, como si previamente hubiera estado barajando la posibilidad de no hacerlo.

—He encargado la cena en el bar de Alberto, si te parece la compartimos. Tengo una botella de vino de Ronda que compramos al venir.

—Vale, pero si lo prefieres, podemos salir nosotros dos a cenar.

—No me apetece.

—¿Y eso por qué?

—Por nada.

En la lejanía, se oyó el ruido del tren. Nuria miró hacia el cerro en busca de las luces encendidas de los vagones. El tren cruza la montaña y, al mismo tiempo, un cazador furtivo abate a un gamo en el término municipal de Cortes de la Frontera, y las luces del ferial de La Línea de la Concepción se encienden, y un ciervo baja al río Genal a beber, y los trabajadores del turno de noche entran en la refinería Gibraltar-San Roque, y por la bahía de Algeciras algunas barcas salen a pescar caballa, y en Palmones el dueño de una marisquería echa a un grupo de ingleses borrachos, y desde el puerto de Tarifa sale un ferry a Tánger, y en una piscina de Bolonia una vaca retinta se da un chapuzón, y en la carretera de San Martín del Tesorillo dos coches colisionan frontalmente, y dos incendiarios huyen por un cerro alertados por la cercanía de unos focos, y en el hospital de Algeciras un niño nace muerto. El tren cruza la montaña, y cuando se aleja, la noche vuelve a resultar plácida, inmóvil y silenciosa.

—¿Has oído lo del suicidio?

—Sí, acabo de pasar por su casa, la están velando.

—Me han dicho que uno de sus primos está muy nervioso porque, por lo visto, momentos antes de que la chica cogiera la cuerda, vio a los dos niños.

—Déjate de niños, Milo, por favor.

—¿Te asusta?

—No, cómo me van a asustar esas sandeces.

Nuria se levantó de la silla y se puso a dar vueltas por el jardín. Los aspersores se activaron en ese momento y se sobresaltó. Le sudaban las palmas de las manos.

—Voy a por la cena; si quieres, espérame aquí.

—No —se apresuró a decir con una sonrisa un tanto forzada—, voy contigo.

Cerraron la verja y encararon la cuesta arriba, hacia el restaurante. Nuria no habría reconocido

nunca que la noche le parecía demasiado cerrada, que sentía un nerviosismo similar al que experimentaba cuando de jóvenes contaban historias de miedo en los jardines del chalet de la central hidroeléctrica. Acudían allí porque de noche aquel caserón oscuro, con enredaderas que trepaban por la fachada, se parecía a las mansiones de las películas de terror, y resultaba muy fácil sugestionarse. Regresaban atemorizados y eufóricos, y el miedo desaparecía en cuanto alcanzaban la primera calle iluminada del pueblo. Sabía que, del mismo modo, pasear con Milo la tranquilizaría, pero de camino al bar hubiera podido gritar ante el más mínimo sobresalto. Se sentía confusa, no era capaz de distinguir si su pánico emanaba de la ficción o de la realidad.

El centro de salud y el bar de los jubilados ocupaban el bajo del mismo edificio, con lo que era posible entretener la espera del médico frente a un desayuno, como estaba haciendo Milo cuando ella llegó.

—Ya te dije anoche que no hacía falta que vinieras —le dijo Milo al verla—. Es muy temprano.

Por supuesto, Nuria recordaba que, cuando después de cenar él la acercó a casa, le insistió en que no lo acompañara al médico al día siguiente, pero ella ya había decidido que iría por allí para entretenerle durante la espera; sin embargo, Milo no parecía estar aburrido. Se había sentado junto a un grupo de hombres con los que Nuria no había intercambiado más de tres palabras en toda su vida. Mantenían una conversación animada sobre el abandono de los cortafuegos del parque natural. Encima de la mesa, unas cuantas tazas de café, algunas copas de aguardiente vacías y platos con restos de tostadas.

—¿No tienes ahora la cita?

Se pusieron las mascarillas y entraron a la sala de espera. Hacía calor dentro y las sillas eran muy incómodas. La médica, una mujer joven y rubia, los saludó cuando llamó a la siguiente paciente; a ellos les tocó esperar al practicante, un hombre malencarado, corpulento, de unos sesenta años, que no miraba a los ojos.

—¿Puedo entrar contigo? —pidió Nuria cuando llamaron a Milo.

—Entra, si quieres.

En el interior de la sala solo había un armario descascarillado, una camilla, una silla, un ventilador, un pequeño lavabo.

—¿Habéis traído el agua?

—¿Qué agua? —preguntó Milo.

—Una botella de agua tibia; seguro que la doctora os lo dijo. No tenemos agua caliente.

—Pues no me enteré —dijo.

—¿Tenéis una avería? —preguntó Nuria señalando el lavabo.

—¿De qué?

—Del agua caliente.

—Aquí nunca ha habido agua caliente. —El practicante se frotó las manos, parecía estar perdiendo la paciencia—. Id a los viejos.

Nuria entró en el bar de los jubilados, se acercó a la barra y pidió por favor a la camarera —

una chica con el pelo rapado al cero a la que no conocía— que le diera o le vendiera una botella de agua templada. La chica, que no exteriorizó acuerdo ni desacuerdo con la petición, se metió en la cocina sin contestar. Sobre la barra había una caja de cortadillos, y Nuria pensó en comprar algunos más que nada por hacer gasto, pero enseguida reapareció la chica con la botella de agua.

—¿Qué te debo?

—Nada —contestó sin sonreír.

Las yemas de sus dedos sentían la tibieza del plástico y agradeció pasarle la botella a Milo. Ya no quiso entrar a la consulta, prefirió esperarlo sentada en una de esas incómodas sillas. La médica volvió a salir, con un maletín en la mano, explicó que se ausentaba del centro de salud porque tenía que atender una urgencia en una casa. Los pacientes se fueron levantando sin quejarse por el contratiempo, al parecer estaban acostumbrados a que se diera esa circunstancia. Todos, incluida Nuria, observaron desde la terraza cómo la joven se montaba en su coche. Parecía una mujer muy resuelta, y su aspecto era atlético. Transmitía la idea de que actuaría con celeridad para poder regresar lo antes posible a la consulta. Cuando arrancó el motor, Nuria pensó en marcharse del consultorio sin esperar a Milo, pero justo en ese momento apareció él, sujetando la botella vacía por el cuello, agitándola al aire, como si fuera una raqueta de tenis.

—Me ha pedido que la tire —explicó.

—A lo mejor el dentista les pide que lleven sus propias tenazas —ironizó Nuria—. La verdad es que no entiendo cómo pueden tener un consultorio sin agua caliente.

—Aquí no hay dentista —respondió Milo, levemente airado, como si el comentario le hubiera ofendido por alguna razón.

—¿Con quién estabas sentado antes?

—Con unos forestales. Se quejaban de la falta de medios. ¿Tú recuerdas el incendio que produjo el tren?

Nuria lo recordaba perfectamente. Una chispa provocó que se calcinaran miles de hectáreas: helicópteros, calor, ceniza en suspensión, voluntarios y mucho miedo. No le gustaba pensar en los incendios.

—Si pasara algo, me metería en el río.

—Hacerlo no te serviría de nada —le contestó Milo.

—Bueno —dijo para cambiar de tema—, ¿te han quitado el tapón o no?

—Sí, no me va a quedar más remedio que oír todas tus lindezas —bromeó.

Nuria frunció el ceño cuando, al abrir la puerta de casa de vuelta del centro de salud, descubrió que en un rincón había un comedero repleto de comida para gatos y un cuenco metálico lleno de agua.

—¿Has puesto tú esto aquí? —preguntó a Matilde, que estaba preparando un salmorejo abajo, en la cocina.

—¿El qué? —respondió con tono de hastío.

—Lo del gato.

—Sí, animalito... En cuanto abro la puerta, entra, y se pone ahí donde estás tú —dijo señalando la intersección entre las escaleras y el salón— a esperar a que le eche algo de comer.

En esos momentos, como si se supiera interpelado, el gato entró en la casa y se quedó junto a la puerta, mirando al frente, muy serio.

—Pero a saber de dónde sale este gato, ama. Tendrá pulgas, y posiblemente coma en los contenedores, y luego viene de los contenedores aquí y eso no es nada higiénico, de hecho, es peligroso.

Matilde siguió pelando tomates sin comentar nada más, de espaldas a Nuria.

—¿Me has oído?

—El gatito va también donde el tío, y duerme allí porque salta a su patio.

—Seguro —murmuró.

—¡Pues claro que seguro, que siempre me llevas la contraria en todo!

—Si tocas al gato, lávate las manos —zanjó Nuria, pero el mal humor ya se había abierto paso en su interior, y no supo detenerlo. Se sentó en el sofá, con la espalda rígida. El gato se acercó a sus piernas y comenzó a rozarse.

—¿Qué tal fue el cine de verano?

—Muy bien —respondió Matilde con sequedad.

—¿Ahora vas a dejar de salir por las noches? —continuó—. Porque encima de que no vas a ninguna parte, y que no vas a andar, lo que faltaba es que tampoco salieras a tomar el fresco.

—¿Quién te ha dicho que no voy a salir? Qué pesada eres, Nuria, de verdad.

—¿Y vas a querer salir todas las noches con Xabier? —La pregunta tomó forma de reproche en el mismo instante en el que fue pronunciada; por fortuna, su madre había encendido la batidora y no la oyó. Nuria decidió entonces distenderse, como quien ha tratado de cumplir,

aunque fuera sin éxito, con un deber ético. El gato había saltado al sofá y la observaba mientras movía la cola. No pudo evitar sonreírle. Le pareció que tenía la cara preciosa.

—Xabier va a acercarse mañana a ver a los corcheros. Le he dicho que tú llevas años queriendo ir.

—Y tú llevas años diciéndome que qué se me ha perdido a mí en la punta de un monte.

—Me ha dicho que si quieres ir, te recoge mañana aquí a las ocho.

—¿Siguen en el carril?

—No, ahora están por la loma de los pinos.

—¿Y cómo va a saber llegar Xabier?

—Montero le ha explicado por dónde ir.

Su madre terminó con el salmorejo, se lavó las manos, subió los tres escalones y, tras hacerle varias carantoñas al gato, se sentó en el sofá. El animal se subió enseguida a sus piernas. Maullaba muy bajito, sin transmitir urgencia alguna.

—Mira, es como si hablara.

Nuria ignoró el comentario de su madre.

—¿Y cuándo te ha dicho todo eso Xabier?

—Hace un rato, ha pasado por aquí para tomar una cerveza —le respondió sonriente y sin apartar la mirada del gato. Después, encendió el televisor, se recostó en el sofá y el pequeño animal se tumbó junto a ella.

—Lávate las manos después, ama.

Al atardecer, cuando el calor comenzó a aflojar, decidió salir al monte, quería cansarse. Había intentado dormir un poco a la hora de la siesta, pero lo único que consiguió fue dar vueltas en la cama y levantarse sudada. Se sentía amenazada por la aparente quietud de aquellos días. Percibía una tensión similar a cuando se descubre un niño sentado en un alféizar. Nuria temía que aquel verano se precipitara sin remedio. Identificaba señales del infortunio, se mantenía alerta, tal y como nos mantenemos en tensión, asustados, tras una tragedia, pero sin que el condicionante previo de la tragedia se hubiera producido. Sus malos presentimientos se proyectaban en el sudor que se le acumulaba en las líneas de las palmas de las manos, en la tensión muscular que se le anudaba en el cuello, en la boca del estómago, en las papilas de la lengua, que notaba hinchadas y dolientes, en la manera en la que se le cargaban las piernas cuando enfilaba las cuestas que subían hasta la casa forestal y el arboreto, un pequeño centro de interpretación de la naturaleza que nadie visitaba en verano. Sabía que esas eran las pendientes más pronunciadas, después el terreno se allanaría. Dejó atrás un cartel descolorido que daba la bienvenida al Parque Natural de Los Alcornocales, y continuó por esa carretera, que en realidad era una pista forestal. De ahí en adelante se extendía un vasto territorio: cientos y cientos de hectáreas en las que apenas se había construido nada. La luz languidecía, a esa hora los últimos rayos de sol encendían los troncos rojizos de los alcornoques recién descorchados. Se dijo que el cielo se había teñido de violeta y le pareció que esa expresión fracasaba. Hay días en los que todo parece estar escrito y manoseado; sin embargo, creía que no era justo tener que privarse de describir aquello que la impresionara. El cielo se había teñido de violeta, confirmó. Tras las nubes en las que los colores anaranjados eran más intensos, se adivinaba el sol; en el extremo opuesto de la cúpula del cielo, en cambio, esos mismos colores aparecían mucho más atenuados. Descansó un momento en una de las curvas para observar el pueblo, que quedaba abajo: casas blancas, montañas verdes y la hendidura rocosa del cañón de las Buitreras. Entonces, creyó acceder a una revelación: aquel entorno, que seguía pareciéndole rotundo, ya no la sobrecogería con la intensidad del pasado; atrás había quedado el brillo de los instantes más hermosos.

Reemprendió el camino, coronó un pequeño puerto, y le sorprendió encontrarse con varios coches aparcados en los arcenes. Sus ocupantes se habían apostado en un mirador desde el que se veía parte de Los Alcornocales. Contaban con prismáticos, uno tenía incluso un telescopio.

Supuso que estaban avistando pájaros. La luz concedía un aspecto irreal al entorno, de ensoñación o de febrícula. Le quedaba poco para llegar hasta la romería, que era el punto de retorno que había planificado. Miró hacia atrás y le sorprendió que, a pesar del número de personas que se había reunido en la carretera, el silencio fuera tan sólido; de hecho, el silencio ocupaba el nivel principal; los sonidos del bosque procedían, debilitados, de un segundo nivel. Apretó el paso para evitar que se le hiciera de noche. Un poco más adelante vio otro coche detenido en el arcén, y junto al coche, a una mujer con pelo largo y canoso, pantalones anchos y camiseta de tirantes. Mantenía los brazos en cruz y las palmas de las manos hacia arriba: miraba un corzo, y el corzo la miraba a ella, aparentemente tranquilo. En cualquier otra ocasión, Nuria se habría quedado observando al animal, que estaba muy cerca de la carretera y era majestuoso, pero era de la mujer de quien no conseguía apartar la vista. Le pareció que había perdido la cabeza, no podía saber si su desvarío se habría producido en el preciso instante en que vio al corzo o si se habría desencadenado con anterioridad. Se dio la vuelta sin que ella ni el corzo hubiesen reparado en su presencia.

La luz había declinado rápidamente y los contornos retorcidos de las ramas de los alcornoques, ya sin sombra, se mostraban inquietantes. A la altura del arboreto, se agitó una bandada de murciélagos. Volaban muy bajo y de manera aparentemente caótica, cruzándose unos con otros. Nuria arrancó a correr y los perros de la casa forestal ladraron a su paso. La iluminaron los focos de un coche, se echó al arcén, y le pareció que la conductora era la mujer que miraba al corzo, y que iba llorando. Después, la oscuridad de nuevo, las ramas retorcidas, los murciélagos: las señales.

—Estás muy sofocada, refréscate en la piscina, si quieres —le dijo Milo, cuyo bañador mojado delataba que acababa de salir del agua. Llevaba puesto un sombrero de paja, de estilo rústico, posiblemente hecho a mano.

Nuria supuso que se lo habría regalado alguna de sus nuevas amistades: esos hombres rudos del pueblo, o puede que Alba, con quien le constaba que también había congeniado.

—No tengo bañador.

—Qué más da; además, mi padre no está, ha ido a tu casa.

Nuria decidió bañarse tras escuchar las explicaciones de Milo, convencida de que en su entorno todo el mundo hacía lo que le daba la gana, y a ella, en esos momentos, le apetecía sumergirse en el agua. Se quedó en bragas y se lanzó de cabeza. Al cabo de unos minutos salió y Milo le alargó una toalla.

—¿Tu padre ya no vive en Llodio?

—No, se fue a Tolosa. Heredó la casa de mi *aitona*, y al jubilarse la reformó y se instaló allí.

—Bueno, al fin y al cabo es su tierra.

—La casa está lejos del pueblo, pero a él le gusta el campo.

—Tu padre siempre parece estar a gusto.

—Lo está. Ha sufrido mucho, ha superado un cáncer, sabe lo que es estar mal.

Al escuchar lo que Milo le contaba, Nuria no pudo evitar imaginar a su madre cuidando de un Xabier enfermo. El pensamiento se le aceleró: las medicinas, las tardes pegajosas, el sonido del televisor de fondo, el ruido de la tos, lamentos. Su madre podía hipotecar el tiempo que le quedaba. En el mismo instante en el que terminó de articular esos pensamientos, se sintió una miserable y procuró apartarlos de su cabeza.

—¿Por qué no me habías dicho nada?

—Fue hace mucho tiempo, aún no te conocía.

—¿Tienes una cerveza? —preguntó mientras ocupaba una de las tumbonas.

Milo entró en la casa y regresó con una bandeja sobre la que había una jarra helada de cerveza, unos vasos y un cuenco de cacahuets. La depositó sobre la mesa y se sentó en una silla, a un par de metros de Nuria.

—¿Mi madre sabe que tu padre estuvo enfermo?

—Seguro que sí, ¿pues?

—No, por nada, por no meter la pata, ya sabes.

Milo se quitó el sombrero y lo dejó sobre el césped. Nuria volvió a preguntarse de dónde lo habría sacado.

—Quería decirte que es verdad que yo sigo hablando con ellos, pero para mí no son mis amigos, de hecho, no creo que lo fueran nunca. La amistad es otra cosa.

—Prefiero no hablar más de ese tema —mintió.

—Como quieras.

Apenas se mantuvieron en silencio unos segundos, antes de que Nuria retomara, con la inevitabilidad de un torrente, la conversación.

—Desde aquella noche no he vuelto a ser invitada a ninguna cena ni a ningún cumpleaños ni absolutamente a nada. Es verdad que hay algunos, como tú, que me mostraron su apoyo en privado, pero nadie me defendió; en realidad, nadie propuso dejar de invitar a los que más daño me hicieron para que yo pudiera ir a alguna de esas celebraciones, tampoco tú.

—Yo no he organizado nunca ninguna cena.

—Pero has ido. Te has sentado en una mesa junto con quienes me hicieron daño.

—Han pasado muchos años desde aquello, y sigues igual. No le des tanta importancia, no eran tus amigos.

—Yo creía que sí.

Milo cogió un puñado de cacahuets y los sostuvo en la mano, como quien coge cuarzo porque cree que le dará energía.

—Haz tu vida, Nuria. Pasa la página o vete a un psicólogo para que te ayude a hacerlo. ¿No querías cerveza?

—No me digas lo que tengo que hacer.

—¿Cuánto hace que no estás con un chico?

—Claro, follando se arregla todo.

—Algo ayudará.

—Últimamente, todos los problemas y todas las soluciones se cifran en las veces que te acuestas con alguien. Pues no es nada tan excepcional, lo hacemos igual que los animales, es mecánico y es básico. Pero hay que estar follando continuamente, incluso cuando envejecemos, no nos dejarán descansar, nos venderán más pastillas, arrastraremos siempre la presión de tener que follar todo el puto día.

—Bueno, dejemos eso a un lado —propuso Milo, arrepentido de haber sacado ese tema—, pero tengo la impresión de que te has quedado en los tiempos de la universidad: nunca hablas de hombres, es verdad, pero tampoco de si te has planteado ser madre o si te gustaría cambiar de casa, o de trabajo o irte a vivir a otra ciudad.

—Yo no puedo plantearme esas cosas, no tengo tu suerte.

—¿Qué suerte? ¿Qué dices?

—Con dinero en el bolsillo es más fácil, y, además, tengo que cuidar de mi madre, ella depende de mí.

—¿Con dinero en el bolsillo? Yo pago el alquiler, yo pago todos mis gastos, pero ¿de qué vas? ¿De qué vas, eh? Te lo voy a decir bien claro, Nuria: eres una amargada, eso es lo que eres, y no hay quien te aguante.

Nuria se levantó y, cuando estaba cerca de la puerta, volvió a oír la voz de Milo:

—Me arrepiento de haber venido a este pueblo.

—Tu padre se ve que no —masculló ella.

Lo primero en lo que se fijó al pasar por el bar fue en el pequeño escenario que habían colocado en el centro de la terraza. Sobre el mismo, un joven enredaba con un equipo de música; después, se permitió observar con discreción a algunos de los ocupantes de las mesas, ataviadas con manteles y cubiertos. Enseguida reconoció a unos viejos amigos de Valladolid y Valencia y no tardó en percatarse de que también conocía a los ocupantes del resto de las mesas; se habían sumado incluso dos hermanos franceses de los que hacía años que no sabía nada. El corazón le empezó a palpar con fuerza, las piernas le flaqueaban. Todas aquellas personas, reunidas allí para celebrar lo que parecía una especie de fiesta, habían formado parte de su adolescencia y primera juventud. Llegaban al pueblo desde distintos puntos de España: eran los veraneantes. Años atrás, sus padres se habían visto obligados a dejar su tierra para poder prosperar. De edades similares, habían dado sus primeros besos, fumado sus primeros cigarros y guardado los primeros secretos casi al mismo tiempo. Por el día, calzaban cangrejas de plástico y pasaban las horas en el río; por la noche, se echaban colonia y salían a la calle exaltados y nerviosos, como ratones de campo recién liberados. Los conocía, sabía quiénes eran sus padres y quiénes habían sido sus abuelos, conocía sus historias familiares: traiciones, malas ventas, hazañas admirables, envidias, gestos de solidaridad.

El chico que trasteaba con el equipo de música consiguió por fin hacerlo sonar y de los altavoces comenzaron a salir con fuerza las primeras notas, recibidas con aplausos, de *Chica de ayer*. Se detuvo para observar a sus antiguos amigos desde lejos, apartada de las farolas del paseo: algunos habían engordado, otros habían perdido pelo, pero estaban todos bien, aunque Nuria notó el paso del tiempo en sus caras, como si, de pronto, les hubieran retirado alguno de esos filtros de Instagram. Le apretaba la garganta y decidió acelerar el paso y desaparecer de allí lo antes posible, pero en cuanto echó a andar, oyó que la llamaban y se giró.

—Nuria, tía, qué guapa estás.

Marta seguía tan morena como cuando era joven y confesaba sin ningún pudor que le gustaba broncearse porque así el color azul de sus ojos destacaba con mayor intensidad. Le resultó extraño verla sin su larga melena, pero el pelo corto la favorecía. Siempre había sido muy divertida: era la primera que se animaba a bailar, la encargada del casete en las moragas y en los botellones —las botellonas, como ella decía—, la organizadora principal de todo tipo de fiestas, excursiones o desplazamientos a las ferias de los pueblos vecinos. El nudo de la garganta se le tensó un poco más.

—Gracias, Marta —consiguió responder con voz temblorosa—, tú también.

—¿Llevas tiempo aquí? Creía que no habías venido.

—Yo sigo viniendo todos los veranos —aclaró. Temió que su respuesta hubiera sonado como un reproche.

—¿Has visto, tía? —le preguntó señalando hacia la terraza del bar—. Por fin nos hemos juntado todos.

Nuria apretó los labios y los agujeros de la nariz se le abrieron de forma perceptible. Todos, no, hubiera querido decir.

—En una de las mesas hay un sitio libre. ¿Por qué no te quedas? No podemos sentarnos de cualquier manera, porque está la limitación de las diez personas por grupo, pero lo vamos a pasar bien. —De pronto, la miró con complicidad, como quien revela una información confidencial—: He traído una bolsa con disfraces.

A Marta le encantaba disfrazarse y ponerse batas rocieras. Su estilo era recargado: volantes, lentejuelas, floripondios, pero sabía lucirlos.

—Entonces, ¿te quedas? Van a pinchar música de los ochenta —comentó, como si fuera el argumento definitivo.

Pero Nuria no quería participar de una fiesta a la que no había sido invitada ni ocupar un asiento porque se hubiera quedado vacío. Ella formaba parte de la pandilla de los veraneantes, y se preguntaba por qué la habían dejado fuera. Te quedarás sola. Te quedarás sola. Apretó los puños antes de responder.

—No puedo, mañana temprano iré a ver a los corcheros.

—¿Y no los puedes ir a ver otro día? —insistió Marta, que parecía contrariada—. No te entiendo, Nuria. Los carteles de la fiesta llevan pegados en el bar desde la semana pasada. Los diseñé yo misma, ¿no los has visto? ¿Cuánto hace que no estamos todos juntos?

Nuria miró hacia el bar como si desde esa distancia pudiera alcanzar a ver si había o no algún cartel colgado. El nudo de la garganta se aflojó, pero enseguida conjeturó que si los demás estaban allí sentados era porque habían quedado previamente de alguna manera.

—No, la próxima vez —dijo tratando de sonreír para ocultar su malestar.

Se dio media vuelta y comenzó a caminar hacia su casa. Le pareció que le pesaban los hombros, que su cuerpo se vencía hacia delante.

—¡Nuria, espera!

Se giró y vio que Marta corría para alcanzarla.

—Dame tu número de teléfono para que te meta en el grupo de WhatsApp.

—¿Qué grupo?

—El nuestro, Cien Gaviotas. ¿Tú cambiaste de número, verdad? Una vez te llamé para decirte que se había muerto el padre de Juncal, pero no pude hablar contigo.

Nuria asintió con la cabeza y con un hilo de voz le indicó su número de teléfono.

—Ya estás fichada —le informó Marta, y aunque su voz sonó amable, su expresión era la de

alguien que acaba de comprender algo que hasta ese momento le había sido velado y se compadeciera después de la susceptibilidad ajena.

Nuria reemprendió su camino. Las voces y risas procedentes del bar iban quedando en un segundo plano, sepultadas bajo los rápidos acordes de *Chiquilla*. Miró la luna, que asomaba justo detrás de las casas de su calle. Había gente sentada en los muretes que bordeaban el paseo, pero no saludó a nadie. Su cabeza estaba en la década de los noventa, cuando todas las noches eran gloriosas: cervezas en la azotea del bar de su tío, paseos hasta el puente bajo el cielo estrellado, las luces del coche del dueño de la discoteca a quien esperaban a la entrada del pueblo para seguirlo después por las calles, ruidosos y alegres, como si fueran esas latas que arrastran a veces los coches nupciales.

Cuando estaba a punto de abrir la puerta de casa, le sonó el teléfono móvil. Lo sacó del bolso y sonrió al ver que le había llegado un mensaje del grupo Cien Gaviotas: era una fotografía en la que aparecían varios de sus amigos mirando divertidos a cámara. Bajo la imagen, un texto de Marta que decía que de la próxima cena no se libraba. Nuria cerró el mensaje y, sin soltar el teléfono, se apoyó en la pared, sintió en los ojos el calor que precede al llanto y la congoja en el pecho, irrefrenable.

Nuria estaba convencida de que el aire fresco y el aire caliente no olían de la misma forma: por la mañana temprano, riachuelo y hierba fresca; por la tarde, tubos de escape y aceite de fritura reutilizado. Era como si el ambiente se maleara con el paso de las horas. De pie, en la puerta de su casa, mientras esperaba a Xabier, se reprochaba no madrugar más a menudo. Llevaba puesto un pantalón vaquero —el único que había echado en la maleta— para no arañarse con los pinchos y protegerse de las picaduras de los insectos y de las serpientes. Calzaba unas zapatillas de deporte y una de esas camisetas de licra que usaba para ir a andar; en la espalda, una pequeña mochila en la que había metido un botellín de agua y el teléfono móvil. Xabier no se retrasó: lo vio subir la cuesta de su calle, así que Nuria entró en la casa, le dio un beso a su madre, que permanecía en la cama, y cerró la puerta con llave.

—¿Milo no se ha animado a venir? —le preguntó cuando estuvo lo suficientemente cerca de él.

—No.

Al abrir la puerta, se dio cuenta de que en el asiento del copiloto iba sentado Juan, un hombre del pueblo, que había trabajado en la central eléctrica. Nuria desconocía el motivo por el que se había sumado a la expedición y se abstuvo de preguntarlo. Xabier arrancó el motor y recorrió el paseo. Saludaron con el claxon a Milo, que tomaba café en el bar de la plaza con Alba. Su amigo acababa de llegar al pueblo y ya intimaba con todo el mundo, concluyó, molesta, Nuria.

En pocos minutos, dejaron atrás las últimas casas y se internaron en la arboleda.

—Llevan años diciendo que van a arreglar la carretera, pero no hacen nada —se quejó Juan cuando el coche botó al no haber podido esquivar Xabier uno de los numerosos baches que se emboscaban en el firme—. Nos toman por tontos.

—La verdad es que está fatal —corroboró Nuria, que iba sujeta al asidero de la ventana que tenía a su derecha. Unas curvas se encadenaban con otras, asomándose a precipicios, así como las cuestas hacia arriba se encadenaban con las cuestas hacia abajo. Era difícil saber, si no se conocía el terreno, si estaban subiendo o bajando una montaña. Nuria se sentía algo mareada, tenía la impresión de que los alcornoques se echaban sobre la carretera, como si trataran de disuadirlos de la idea de seguir adelante.

—En unos metros, verás un carril. Métete por ahí —indicó Juan.

—Menos mal que has venido, si no, no creo que hubiera sabido por dónde tirar.

Nuria redobló la fuerza con la que se aferraba al asidero y abrió mucho los ojos. El coche, que

aminoró la velocidad, acusaba los desniveles del terreno. No esperaba que tuvieran que internarse tanto en el bosque. Se había hecho a la idea de que aparcarían en el arcén y caminarían unos metros hasta encontrarse con los corcheros. A cada poco, los bajos del coche rozaban con alguna rama y contra la carrocería chocaban pequeñas piedras.

—¿Qué son las matas que hay bajo los alcornoques? —preguntó Xabier.

—Casi todo es ogarzo —respondió Juan sin mirar siquiera a través de la ventanilla para cerciorarse—. Ya ves cómo está el monte: abandonado. Si echaras una cerilla encendida aquí, ardería toda la sierra.

—El matorral se ve crecido.

—Los ecologistas no quieren que se arranque ni una ramita de poleo, cómo va a estar.

—¿No será que las instituciones correspondientes no quieren invertir aquí el dinero que debieran invertir? —Nuria intervino con vehemencia, y le dio la impresión de que Xabier, a través de una mirada suplicante, le pedía que no ahondara en sus argumentos.

—El parque está asfixiando al pueblo. No se puede hacer nada. Querían abrir una fábrica de pipas, y no se puede.

—¿No es posible abrirla al otro lado del río, que ya no pertenece al parque? ¿Tiene que ser en el parque necesariamente?

—En estos pueblos no hay trabajo, y si alguien quiere hacer algo, tener unas bestias, hacer queso, plantar unos tomates, todo son pegas.

Nuria decidió callarse porque no quería despistar a Xabier de la conducción. Sacó el botellín de agua de su mochila y, cuando fue a beber, el coche dio otro bote y el líquido se le derramó sobre el pecho. Miró con expresión de fastidio a través de la ventanilla, habían alcanzado la loma de los pinos, pero enseguida la dejarían atrás y los alcornoques volverían a dominar el paisaje.

—Has cogido un pedrusco —certificó Juan—. Ahora, cuando el carril se bifurque, métete a la izquierda, yo creo que estarán por ahí.

—¿De verdad crees que el parque asfixia económicamente al pueblo? —insistió indignada y, sin esperar ninguna respuesta, trató de nuevo y esa vez con éxito de beber. Lo hizo rápido, para poder volver a agarrarse al asidero.

Xabier manejaba el volante con firmeza y, aunque iba concentrado en la carretera, se mostraba sonriente. Juan les contó que cuando era joven solía subir con sus amigos a echar unas horas con los corcheros. Compraban unas botellas de vino y algo de comer y almorzaban con ellos.

—Para aquí, si quieres —pidió Juan cuando vio un remolque con un gran bidón blanco junto al carril.

Se bajaron del coche y estiraron las piernas. Las hojas de los alcornoques crujían a cada pisada. La temperatura era agradable, Nuria dedujo que debía de haber cinco o seis grados menos que en el pueblo. Los rayos del sol se filtraban entre los árboles y las luces y las sombras se alternaban, como un mosaico, sobre la hojarasca. Se fijó en que del bidón salía un tubo que

conectaba con una bañera que estaba a la sombra de una encina. La zona estaba cerrada por una alambrada.

—Es para que beban los mulos —explicó Juan—. Y ahí tienen la comida —añadió señalando un remolque de color verde sobre el que se amontonaban lo que parecían sacos de pienso—. No deben de estar lejos.

Volvieron al coche y reemprendieron la marcha. De nuevo, las luces y las sombras sobre el parabrisas, los alcornoques, tierra arcillosa, algunos acebuches, las herrizas.

—Están a tomar por saco —se lamentó Nuria—, con lo cerca del pueblo que anduvieron la semana pasada.

—Ya, pero ahí las corchas se pegaron.

—¿Qué quiere decir que se pegaron? —Xabier intervino sin apartar la vista del carril.

—Pues eso, que se pegan al árbol y ya no se pueden sacar.

—¿Y por qué pasa eso?

—Es así desde siempre, con las calores el corcho se pega; lo que pasa es que cada vez se están pegando antes.

—¿Y eso es por la seca?

—La seca es un hongo, Nuria —indicó Xabier.

—¿Tiene que ver con el cambio climático?

—Tiene que ver con la sequía —zanjó Juan—. No llueve, de ahí vienen todos los problemas.

A lo lejos distinguieron el morro de un camión al que se acercaron con lentitud. Nuria trató de imaginar por qué carriles pasaría, cómo se las apañaría el conductor para manejar un vehículo de esa envergadura y cargado de corchas.

—Ya hemos llegado, ahí están.

El camión estaba aparcado junto a un talud del bosque en cuyo filo descansaban dos hombres y una mujer, vestidos con ropa de camuflaje. Comían bocadillos envueltos en papel de plata. A unos metros, varias garrafas de color verde militar de marca La Campana. Se protegían del sol que pronto sería inmisericorde con gorras de tela. Junto a ellos estaba la báscula, dispuesta en una cabria.

—Son los pesadores, los llaman los fieles —les explicó Juan—. Suele haber dos fieles, uno de la cuadrilla de trabajadores, y otro de la empresa o del ayuntamiento que contrata a esa cuadrilla.

—¿Y por qué hay dos? —preguntó Nuria.

—Para que no haya problemas, date cuenta de que les pagan por peso.

—¿Cuánto les pagan?

—No sé, hace poco eran ocho euros por quintal.

Tras los pesadores, el terreno se empinaba y los alcornoques, bien enraizados, parecían aún más altos vistos desde abajo. Nuria comenzó a ascender, de lado, para mantener mejor el equilibrio;

los corcheros se afanaban con sus hachas.

—Buenos días —saludó cuando estuvo cerca de ellos—. ¿Puedo sacar fotos?

—Sin problema —respondió uno de aquellos hombres, que, supuso, debía de ser el capataz. Le resultó muy amable y pensó que seguramente estarían acostumbrados a despertar interés y admiración. Los corcheros formaban parte de Los Alcornocales, y aunque había quien los acusaba de dejar a los árboles indefensos sin sus cortezas, que los protegían del fuego, la mayoría defendía que los montes productivos arden menos que los que están, sencillamente, abandonados. La extracción de la corcha, la saca, como ellos decían, implicaba labores de limpieza, y, por supuesto, a nadie le interesaba que ardiera un bosque del que se obtenía beneficio económico.

Alrededor de cada alcornoque había uno o dos trabajadores. Extraían planchas de corcho de distintos tamaños, algunas tan grandes como la superficie de una mesa de cocina. Al despegarlas del tronco se oía un sonido breve y crujiente, y al hundir de nuevo el hacha, el golpe seco resonaba por las montañas, expandiéndose por el aire y contrayéndose contra los troncos y las piedras y la tierra. Nuria creyó reconocer algo ancestral en aquellos golpes y crujidos, tan vinculados a su familia. Su padre también había trabajado en las corchas. La primera vez que se metió en el bosque era un chiquillo. Su hermano pequeño y él caminaron detrás del abuelo durante una noche entera para unirse a la cuadrilla. El único alimento que llevaron fue un queso. Nuria conocía esos detalles porque se los había contado su tío.

Buscó con la mirada a Montero y lo descubrió junto a un alcornoque robusto. Ascendió hasta él con cuidado de no resbalar al pisar las hojas secas o de no tropezar con alguna raíz, y se colocó a su lado. Se fijó en sus botas, muy toscas, de montaña. Pantalón vaquero. Camiseta azul. Las venas de los antebrazos se le marcaban con claridad. Él, como el resto de sus compañeros, conocía la fuerza exacta con la que debía lanzar el hacha sobre la corteza para no dañar al árbol, a Nuria le gustó observar de cerca esa precisión. Los corcheros atesoraban, pensó, mucha sabiduría, conocían aquellos árboles como nadie. Se fijó en que el hacha que llevaba Montero era andaluza: ojo ovalado, mango chato. Recordaba las palabras de Ezequiel. Cuando se colocó a su lado, Montero dejó su hacha en el suelo y, durante un instante, la miró de una forma que Nuria no reconoció: una mezcla de altivez y lascivia; después, sonrió, y su expresión le resultó ya reconocible. El arriero se acercó a ellos con el mulo para recoger las corchas amontonadas en el suelo y colocarlas sobre el animal, como si fueran distintas capas de un hojaldre. Al poco, el mulo se fue andando solo hasta la cabria, donde lo despojarían de la carga, que debía ser pesada. Nuria y Montero permanecían en silencio.

—Bueno, luego te veo por el pueblo. Ten cuidado.

Montero recogió el hacha del suelo y siguió pelando el alcornoque. Nuria se reunió con Xabier y Juan, que estaban mirando a otro de los mulos. Era un animal bonito, de pelaje gris. Su albardón descolorido delataba horas de trabajo.

—¿Te gusta? —le preguntó Juan.

—Es un mulo precioso.

—No, me refiero a las corchas.

—Sí, sí me gusta esto, me recuerda a mi padre.

—¿Sabes que el alcornoque se descorcha cada nueve años?

—Claro que lo sabía —respondió, ofendida.

—¿Y que solo se descorcha en verano?

Juan prosiguió con su papel de guía y le señaló un extraño alcornoque. Había arraigado con fuerza, su tronco era robusto, del color del albero, lo que evidenciaba que había sido descorchado. No mediría más de un metro y no tenía ramas, como si hubiera crecido invirtiendo el orden natural de las cosas; un orden que dictaba primero un fino tallo, del que surgirán brotes nuevos, nuevas hojas y ramas, que permitirán al tronco crecer a lo ancho y a lo largo. Ese alcornoque, que según aseguraba Juan nunca había sido talado y en el que no se apreciaba corte alguno, era un desafío clavado en el suelo.

Nuria no se mostró impresionada; sin embargo, el árbol habría de dejarle después una leve sensación de angustia. Por la noche, aquella imagen acudiría inesperada a su vigilia, revelando toda su extrañeza, y sería entonces cuando se diera cuenta de que el tronco le recordaba a una estela, a una estela mortuoria hundida en la tierra de un bosque enfermo.

Dos agentes de Medio Ambiente que, al parecer, acababan de llegar a la zona para echar un ojo, distrajeron su atención. Xabier propuso, entonces, regresar al pueblo, y aunque Nuria estaba a gusto en la montaña, pensó que cuanto antes pasara el trago de volver a recorrer la carretera, mejor. Ya en el carril, vieron que, desde el talud, la pesadora lanzaba al remolque del camión las placas de corcho. El desnivel jugaba a su favor, pero saltaba a la vista que tenía agilidad y fuerza en los brazos porque realizaba los movimientos con firmeza, mientras charlaba con sus compañeros.

—Cada vez hay más mujeres en las corchas, ¿no? —gritó Nuria, mirando hacia arriba.

—Ahí vamos, poco a poco —respondió con naturalidad, sin ninguna prevención o desconfianza.

—¿Te tratan bien?

—No hay queja.

Los hombres que estaban a su lado se rieron.

—Cualquiera le tose, ella nos trae firmes a nosotros —dijo el mayor de ellos.

Nuria asintió, también sonriente, para transmitir que se hacía cargo de la situación.

—¿Cómo te llamas?

—Ainara.

—¿Ainara? —repitió sorprendida, y miró a Xabier en busca de su complicidad—. Es un nombre vasco. ¿Tienes vínculos con el País Vasco?

—No, a mis padres les gustó ese nombre, y me lo pusieron —se rio.

Nuria volvió a asentir y se despidió con la mano. Cuando los tres se dirigían al coche, oyeron que Ainara los llamaba y se giraron.

—Significa golondrina, ¿verdad?

—Sí, golondrina.

Los agentes de Medio Ambiente habían aparcado el coche en mitad del carril y Xabier tuvo que hacer varias maniobras para poder esquivarlo. Vaya cuajo tienen, se quejaba Juan una y otra vez. Nuria volvió al pueblo pensando que no dejaba de tener gracia que, entre los árboles de Los Alcornocales, en un recóndito enclave del bosque por el que soplaban los vientos del Estrecho de Gibraltar, hubieran encontrado a una pesadora de corcho con un nombre en euskera que significa golondrina. Algunas palabras hermosas vuelan como los pájaros, se dijo.

Empujó en vano el portón de la casa, que solía estar abierto, y trató de asomarse por encima de los muretes, pero solo consiguió desprender varias flores de las buganvillas que trepaban por allí. En verano, los cubos de basura se llenan de esos pétalos —parecidos al papel crepé con el que se hacen manualidades—, de color magenta, rojo, púrpura, anaranjado, rosado, blanco. Siempre parecía, al barrer, que se acababa de celebrar una fiesta infantil; sin embargo, que esos pétalos cayeran solo indicaba un problema de falta de humedad y de exceso de calor. Nuria se disponía a pulsar el portero automático cuando, por fin, Milo abrió. No la invitó a pasar, se quedó mirándola, de pie, a la espera de que ella dijera algo.

—Coméntale al jardinero, o a quien sea, que riegue más las buganvillas. —Con la punta del pie, revolvió, delatora, las flores caídas.

—De tu parte.

Milo se había cruzado de brazos y miraba hacia el suelo. Llevaba la camisa completamente desabrochada, como acostumbraban a hacer los hombres del pueblo, y el gran lunar que tenía a la derecha del ombligo quedaba visible. Su piel era lechosa, un poco rosácea. En esos momentos, le recordó a un bollo de mantequilla. No se parecía en nada a su padre.

—Voy al río.

—Muy bien —dijo muy serio—, luego me cuentas.

Se dio la vuelta, como quien da por terminado un trámite molesto. A Nuria le costó reaccionar.

—¿No vienes? —alcanzó a preguntarle.

—No.

—¿Por qué?

—No tengo ganas, hace calor. Hablaré con el jardinero.

—Hoy no hace tanto calor.

—No tengo ganas de ir.

—¿Por qué?

Debió de comprender que no se iba a ir sin una explicación, así que dejó abierto el portón y se dirigió al jardín. Nuria lo siguió porque quería transmitirle, sin necesidad de hablar, que sabía que había sido un poco grosera con él durante los últimos días, que no se lo tuviera en cuenta.

—No tengo ganas de estar contigo. Me hablas como si fuera una mierda. No te das cuenta de lo amargada que estás.

No esperaba el ataque y las ganas de hacerse perdonar se desvanecieron.

—¿Amargada?

—Eso he dicho.

—Yo no tengo una vida tan comfortable como la tuya. Te pasas los días en conciertos, en el teatro, en librerías, de viaje.

—Tienes exactamente la vida que has elegido. Siempre estás quejándote de haber tenido que quedarte a vivir en un pueblo, de tener que cargar con tu madre, de no poder viajar, pero si lo que querías era haberte ido a vivir a Madrid, o a Berlín o a no sé dónde, podías haberlo hecho.

—¿Con qué dinero? —Le habría gustado poder apoyarse en la pared porque estaba ya cansada de estar ahí de pie, como si fuera una comercial, pero sabía que las buganvillas pinchan.

—Es más fácil echar la culpa a los demás.

—Debo estar con mi madre.

—Tu madre se las ha apañado bien sola siempre y ya he visto que sigue apañándose de maravilla.

—Tú qué sabrás. —La sobresaltó un abejorro que pasó zumbando a la altura de sus ojos.

—Hablas fatal a todo el mundo: a mí, a mi padre, a tu madre.

—Pero ¿qué dices?

—Decidiste quedarte porque eres tú la que dependes de tu madre, no al revés, y si no cursaste el doctorado fue solo por miedo a fracasar. Pareces una mujer decidida, pero solo hasta que se te conoce.

—Pues si tan decepcionante te parezco, haberte quedado en tu puta casa.

—Si llego a saber que mi presencia aquí te molestaba tanto, te aseguro que no hubiera venido.

Cerró de un portazo, y de nuevo, varias flores se precipitaron hacia el suelo, dotando a la escena de una inoportuna estética infantil.

Al descender la vereda que llevaba a Las Pepas, vio dos máquinas excavadoras dentro del cauce, estaban removiendo la tierra. El agua de la zona de baño bajaba turbia. Nuria tiró la silla y la bolsa en la orilla y avanzó con decisión, a pesar de lo resbaloso de algunas piedras, hasta la orilla de enfrente, donde trabajaban los operarios. No dejó de hacer aspavientos con las manos hasta que uno de ellos, tras interrumpir la conversación que mantenía con un compañero, decidió mostrarse dialogante.

—¿Qué estáis haciendo? —gritó Nuria, fuera de sí, como si estuviera asistiendo al maltrato de un animal.

—Vamos a represar el río.

—¿Por qué? El río está bien como está.

—Porque va a ser un punto Infoca.

Su enfado era tal que le costó un tiempo recordar que el Infoca es el organismo que trabaja en la prevención y extinción de los incendios forestales.

—¿Y por qué no se hace más abajo? De ahí para allá, el agua ya no está limpia —dijo, señalando en dirección a la presa de la central hidroeléctrica— porque en este pueblo no hay depuradora.

—No lo sé, es lo que nos han ordenado.

—¿Qué más vais a hacer? ¿Vais a tocar los árboles?

Nuria avanzó más hasta situarse frente al operario, que parecía el encargado de esa obra.

—Esos eucaliptos de ahí enfrente van fuera, y los álamos de ese islote, también.

—¿Y el bosque de ribera? ¿Y los arbustos? ¿Y las adelfas?

Una de las excavadoras reemprendió su actividad.

—Vamos a rozar, pero un poco solo.

—Vais a dejar el río sin sus nutrientes. —Nuria miró la uña de la máquina—. Estáis trabajando aquí como si esto fuera una autovía, con el mismo cuidado.

—¿Sabes cuánto mide cada ala de un helicóptero del Infoca? Seis metros. Hay que darle espacio.

—También podríais limpiar los montes que están llenos de zarzas, si tan preocupados estáis.

El trabajador se calló y después, como si no quisiera quedar como el malo de la película, le explicó que el único punto Infoca que había en la zona estaba en Estepona, y que si se generaba

un fuego en el parque natural sería devastador. El argumento de la lucha contra los incendios la había enmudecido.

—¿Y la zona de arriba también va a ser un punto Infoca? Porque está destrozada.

—De eso no sé nada.

—¿Qué gana el pueblo dejando que el río se convierta en un punto Infoca?

—No sé, pero imagino que ahora esto se podrá habilitar como zona de baño.

—Ya es zona de baño.

—Sí, bueno, me refiero a algo regulado. He oído, pero no me hagas mucho caso, que quieren montar un embarcadero ahí —dijo señalando con imprecisión una parte del río— y un chiringuito en la playa de enfrente.

—¿Un chiringuito? Vaya puta mierda.

Nuria dio la conversación por concluida, se sentía derrotada, impotente. Cuando se giró para regresar a la orilla, ensordecida por el ruido de las máquinas, vio a Montero, que la saludaba con la mano.

—Van a destrozar el río —le resumió.

Montero sonrió, displicente, se quitó la camiseta y la dejó sobre la rama de un árbol.

—En cuanto llueva, el río volverá a su ser.

—¿Y si meten las máquinas cada verano?

Por toda respuesta, volvió a sonreír. No daba la impresión de que le preocupara demasiado lo que estaba sucediendo. Nuria recordó que cuando eran jóvenes remontaban parte del río en una barca de plástico que le habían regalado a Montero por algún cumpleaños, que buscaban tortugas, que una vez vieron una nutria, que las serpientes de agua abundaban, que las zonas más sombrías, sobre las que se acumulan los zapateros, les daban respeto, y que la superficie del agua al atardecer brillaba más que por la mañana. Ellos estaban convencidos de que no había un lugar más hermoso que aquel.

—¿No has comido?

En ese momento, se dio cuenta de que para que Montero estuviera en el río, de vuelta de las corchas, tenían que ser, al menos, las cuatro de la tarde. Había estado demasiado ofuscada como para reparar en la hora. Se secó los pies con la toalla, y miró el teléfono móvil, convencida de que su madre habría tratado de localizarla, pero en la pantalla no figuraba ninguna llamada perdida.

—Voy a ir a quejarme al ayuntamiento —le dijo mientras se recogía el pelo con una goma, preparada ya para irse.

—Esto no tiene nada que ver con el ayuntamiento.

—¿Y con quién tiene que ver? ¿A quién le pido explicaciones?

—No lo sé.

Un estruendo, similar a un barreno, imposibilitó la conversación y desesperó a Nuria, que miró furiosa a los operarios y se marchó de allí como hacía un instante acababa de marchar una

bandada de palomas torcaces: espantada.

—Lo siento, ama, me he despistado con la hora —se apresuró a decir al abrir la puerta de casa; pero su madre no estaba, como ella esperaba, viendo la tele en el salón. Olía a barbacoa, así que se asomó al patio.

—Ya has venido, qué bien —celebró Matilde cuando la vio entrar—. Siéntate, aún no hemos apagado las brasas.

Su tío Alfredo y Milo estaban comiendo un cucurucho. Xabier, vestido solo con el bañador, se estaba refrescando la cabeza con la manguera y, cuando terminó de mojarse, comenzó a apuntar con el agua a su madre, que lejos de reprenderlo le reía la gracia. Nuria se sentó porque tenía hambre y porque marcharse al bar hubiera sido demasiado descortés, pero estaba incómoda y, desde luego, no tenía ninguna gana de socializar. Les habría hablado del río, pero no reunió el ánimo suficiente para hacerlo. Miró al gato, que comía en una esquina un trozo de pollo. Milo se levantó, tiró el envoltorio del helado a la papelera, y se puso las gafas de sol que tenía sobre la mesa.

—Os dejo, voy a echar la siesta.

Nuria se quedó aún más abatida. Milo nunca se había enfadado en serio con ella, ni siquiera las veces en las que le torcía la cara si lo veía con alguno de sus antiguos amigos, o cuando por la misma razón dejaba de cogerle el teléfono durante días; sin embargo, en ese momento temió que hubiera decidido apartarla de su lado. Te quedarás sola. Las risas de su madre, que seguía encantada con las bromas de Xabier, la estaban sacando de quicio. Trató de recordarla así de feliz con su padre, pero la memoria es huidiza.

—¿Y qué hay de comer? —preguntó, decidida a interrumpir aquel juego.

—Chorizo criollo y pinchitos de pollo —respondió Matilde—. En la mesa tienes tomate picado.

Nuria miró la ensaladera con desinterés, cogió un vaso y se echó tinto con gaseosa. Se sorprendió de que no estuviera caliente, de hecho, lo lamentó porque así hubiera tenido un motivo para protestar. Lejos de agradecer que su madre no la hubiera agobiado con llamadas cuando estaba en el río, lo había tomado como una muestra de desatención, como algo claramente ofensivo. Matilde le puso el plato en la mesa y se sentó a su lado.

—¿No tienes nada que hacer, ama? Ya sabes que me pone nerviosa que me miren comer —deslizó, con la esperanza de que los demás se dieran por aludidos y se marcharan.

Su impertinencia funcionó solo en parte porque, tras ofrecerse para preparar el café, Xabier se

metió en la cocina. Alfredo y Matilde comenzaron a recoger los cubiertos, las servilletas y los trozos de pan que habían quedado en la mesa mientras Nuria comía, casi sin masticar, con urgencia. El gato se había colocado a sus pies, y permaneció muy atento a sus movimientos. Cuando terminó de comer, rechazó tomar una taza de café.

—¿Te acuerdas de la jaula para los pájaros que tenía papá en esa esquina? —preguntó a su hermano Matilde, que se esforzaba en vano por recuperar el buen ambiente del que habían disfrutado hasta la irrupción de su hija.

—Claro que me acuerdo. Era enorme.

—Tenía pájaros de distintas clases y, sobre todo, muchas perdices —continuó, dirigiéndose en ese momento a Xabier, que la escuchaba con atención mientras dejaba la cafetera sobre la mesa—. Mis primas, Alfredo y yo cazábamos cigarrones para que los pájaros se los comieran. Es increíble, pero al día siguiente de que papá muriera, todos aquellos pájaros murieron también.

En cuanto Matilde terminó de contar aquel episodio, tantas veces relatado, Nuria se levantó de la silla. Antes de marcharse, pudo ver cómo la expresión de su madre, que había tratado de mantenerse alegre hasta ese momento, se entristecía sin remedio. Apretó las mandíbulas. Hacía mucho tiempo que tenía la impresión de que, cuando estaban juntas, era ella misma quien impedía, de forma inconsciente, que Matilde se lo pasara bien. A menudo, aunque hubiera acudido ilusionada al encuentro con su madre —un domingo por la mañana, por ejemplo, bajo el tibio sol de invierno, con la ropa perfumada y apetito para picar algo—, la alcanzaba enseguida el temor de que iba a dejar escapar una nueva oportunidad para charlar, para bromear o para compartir confidencias, como veía que hacían otras hijas con sus madres, y ese mismo temor le generaba un malestar tan profundo que hacía imposible que se distendieran. Es verdad que ellas se veían con mucha frecuencia, pero sabía que eso no era suficiente.

—Pasadlo bien —añadió cuando se dirigía ya hacia la puerta. Lo dijo sin doblez, pero con una voz tan apocada y a tanta distancia que nadie pudo oírla.

Al atardecer, la megafonía municipal anunció con un volumen llamativamente alto que se iba a proceder al descorche de dos alcornoques. Nuria comprendió que había comenzado la Semana Cultural, y que, a partir de ese momento, la sobresaltarían las convocatorias a las partidas de parchís, a las distintas competiciones deportivas, a las verbenas, a alguna exposición, a alguna charla. Estaba aburrida en la cama, así que se levantó, salió de casa, y se dedicó a perseguir a la gente que caminaba por el paseo, convencida de que se dirigían a ver la saca. Cruzaron las vías y se detuvieron en un pequeño jardín que había cerca del centro de salud: un alcornoque en el que nunca se había fijado se erguía sobre esa tierra. Los corcheros, tres hombres del pueblo, culminaron pronto la faena, y el público reunido alrededor del árbol aplaudió. Un vecino de su tío le explicó que se trataba de un ejemplar joven, que era la primera vez que se descorchaba, con lo que no era corcho lo que habían sacado sino bornizo, un material rugoso que no servía para hacer tapones, pero que molido sí se empleaba para fabricar placas aislantes. Tras los aplausos, vecinos y turistas abandonaron las inmediaciones del centro de salud, volvieron a cruzar las vías y enfilaron hacia la parte baja del pueblo. Nuria caminaba divertida porque en el pueblo nunca se veían aglomeraciones por las calles. Durante la feria, se formaban nutridos grupos de jóvenes que iban de aquí para allá, pero no era comparable al movimiento de personas del que ella formaba parte en ese mismo momento. Había adquirido, el pueblo, bríos de ciudad, y para ella resultaba algo inédito. Llegaron a una casa aneja a la antigua discoteca en cuyo patio, una explanada enorme con unas vistas preciosas al río y a la montaña, se elevaba un alcornoque descomunal, que en contraposición con el anterior, llevaba más de veinte años sin descorcharse. Los corcheros se pusieron de nuevo a la tarea, lanzando el hacha con precisión, arrancando las planchas con aparente facilidad, mientras el público los fotografiaba y celebraba la pericia de aquellos trabajadores. Nuria se fijó en un niño que estaba justo frente a ella, era el hijo de uno de los corcheros, miraba a su padre con orgullo. De nuevo aplausos y más fotografías. Varias personas pidieron posar junto a las planchas de corcho y las hachas.

La exhibición había sido un éxito, pero Nuria, que hacía un par de días acababa de verlos en el bosque, pensó que aquello se parecía a una de esas actuaciones de flamenco que se anuncian en tablaos poco serios y que, aunque de ninguna manera pueden satisfacer a entendidos en la materia, sí que logran fascinar a los turistas. Le inquietó la idea de que el descorche, la saca del corcho, como decían allí, quedara un día reducida a exhibiciones de ese tipo, alejada del bosque,

del silencio que se rompe con los golpes del hacha, de las rocas, de la sombra, alejada, en definitiva, de las entrañas del parque natural.

Cuando se disponía a subir la cuesta para regresar a casa, vio a Milo en la esquina opuesta del patio. Estaba charlando con Alba. No la había avisado de que iba a ver a los corcheros, se dijo, la había apartado. El cuerpo comenzó a temblarle y se vio de nuevo apoyada en la pared del bar de Llodio, sujetando con esfuerzo un vaso de cerveza, mientras sus amigos pasaban delante de ella sin mirarla siquiera. Quiso pensar, para tranquilizarse, que probablemente Milo y Alba se habían encontrado allí por casualidad. En todo caso, no tuvo el valor de investigarlo y emprendió el camino de vuelta a paso ligero para evitar que Milo pudiera alcanzarla.

Al día siguiente, la despertaron unos ruidos en la cocina. Abrió los ojos y comprobó que aún era de noche. Supuso que su madre se habría levantado a comer un yogur, como acostumbraba a hacer. Volvió a dormirse hasta bien entrado el mediodía. Al desperezarse, sintió que tenía hambre: había estado demasiadas horas en la cama. Sin vestirse siquiera, en bragas y descalza, se dirigió a la cocina y abrió la nevera mientras revisaba los mensajes del teléfono móvil. Su madre le había escrito a las seis y media de la madrugada. Le informaba de que se iba en el primer tren a Ronda para pasar allí el día con Xabier. Nuria lanzó el móvil a la encimera y cerró la nevera de un portazo. Había perdido el apetito.

Decidió caminar hasta el puente para ver si al moverse se le distraía la rabia. Dejó atrás, a paso ligero, las últimas casas del pueblo, construidas a ambos lados de la carretera, y enfiló la cuesta abajo. A mano izquierda quedaba un solar en el que se levantaba un descolorido cartel que anunciaba una promoción inmobiliaria; a mano derecha, en los terrenos colindantes al río, pastaban, indiferentes, unos mulos. Las moscas se les posaban alrededor de los ojos.

Los costados del puente, que se alzaba sobre el río, se ensanchaban con sendos tramos de chapa metálica por los que transitaban los peatones. Unas barandillas herrumbrosas los protegían del vacío. De joven, bajaba a menudo con sus amigos hasta allí por las noches para ver las estrellas. Pasaban horas sentados sobre los muretes de piedra que, a ambos lados de la carretera, preceden al puente. A Nuria le excitaban el silencio y aquella oscuridad, tan rotunda. Una noche sintió un peso repentino en la espinilla derecha. Se revolvió asustada, pero no vio nada. Al día siguiente se despertó con la parte inferior de la pierna hinchada y ardiente. A ese lugar asocia también una imagen indeleble: la de su padre sentado en alguna piedra de la orilla del río, bajo la sombra, que entonces parecía hercúlea, del puente.

La perspectiva que se obtenía desde las primeras curvas de la subida a Gaucín le permitió confirmar que, tal y como le habían dicho, la plantación de aguacates se extendía por toda la vega hasta las inmediaciones de un cortijo que funcionaba como alojamiento rural. Calculó que podría emplearse más de media hora en atravesar aquella finca. Avanzó unos metros más por el arcén. Habría alrededor de un centenar de pequeños aguacates, apoyados sobre rodrigones, perfectamente alineados en un suelo limpio de maleza. No logró divisar el sistema de regadío, si es que lo había. Se detuvo frente a una cancela que parecía dar acceso a aquellos terrenos y fue entonces cuando distinguió, por los andares, a Montero. Se dirigía hacia ella, desde aquellos contornos falsamente tropicales, como si fuera un capataz antillano.

—¿Qué haces aquí? ¿No tendrías que estar en las corchas? —preguntó Nuria. Resultó una formulación extraña porque habría sido más lógico que fuera él quien quisiera saber por qué estaba ella allí.

—Las corchas ya se han pegado, así que he venido a echar un ojo a los aguacates —respondió mientras abría la cancela.

—¿La finca es tuya?

—Sí —dijo mirando a su alrededor, con un gesto que Nuria asoció con el orgullo.

—¿Y el agua?

—Te acerco al pueblo en moto, si quieres. La tengo aparcada ahí detrás. —Señaló con la cabeza un lugar indeterminado, hacia la montaña.

—Volveré andando. ¿Y cómo hacéis para regar? Esos árboles necesitan mucha agua.

Nuria recordó los arroyos secos de la carretera que une Málaga con Ronda y las hectáreas de plantaciones de aguacates que se sucedían monocordes. Había leído, además, varios artículos de prensa que hablaban de desmontes que alteran la orografía, de depósitos y de aljibes vacíos porque apenas llueve, de sistemas de regadío capaces de garantizar los cientos de litros de agua necesarios para producir un kilo de aguacates, de enganches ilegales.

—El ayuntamiento me da facilidades —contestó con cierto misterio—. Mira, aquí no hay nada, no hay trabajo, ya te lo he dicho muchas veces, así que si a alguien se le ocurre una manera de vivir sin tener que irse a la costa, se le apoya. ¿Entiendes por qué? —A Nuria le molestó que le hablara como si fuera idiota—. Porque no hay que dejar morir esto.

—Claro, es mejor convertirlo en un desierto. —Sintió que se había pasado, pero siguió rumiando su desencanto—. Creía que te gustaba este lugar, Montero.

—Me gusta; de hecho, yo vivo aquí todo el año, no como tú.

—Es un parque natural.

—Ya sabes que este lado del río no lo es. Además, mejor sería no pertenecer al parque, solo genera problemas.

—Bueno, eso lo defiendes tú, y tres más como tú.

En ese momento, sonó el móvil de Nuria. Era su madre quien llamaba.

—¿Qué queréis? ¿Que nos muramos de hambre? ¿Y qué significa «tres más como yo»? ¿Cómo soy yo? Te voy a decir una cosa. —El tono de voz de Montero se había endurecido—. No enredes, no te conviene enredar. ¿Me oyes? No te conviene enredar.

Montero se fue cabeceando carretera arriba, y Nuria se detuvo para responder la llamada.

—¿A Setenil de las Bodegas? —La moto de Montero pasó atronando a su lado—. ¿Que te quedas a pasar la noche?

Nuria colgó sin terminar de escuchar las explicaciones de su madre y echó a andar hacia el pueblo. Al poco, sacó de nuevo el móvil del bolsillo, marcó el número de su madre y, aunque había previsto disculparse por haber cortado la llamada, cuando Matilde contestó, incomprensiblemente, apagó el teléfono.

—Por mí como si no vuelves —farfulló después.

—¡Milo, abre! —gritó frente a la puerta de la casa del limonero.

Nuria se cruzó de brazos, a la espera de que su amigo saliera a su encuentro. Tenía los ojos húmedos y los labios le temblaban ligeramente. Cuando la puerta se abrió, se recompuso.

—Te he escrito, pero no has leído los mensajes —le dijo mientras lo seguía hasta el porche. Allí, sobre la mesa, descansaban dos calabacines, un puñado de pimientos verdes y un par de tomates. Nuria se quedó mirando las hortalizas—: ¿Te las han regalado?

—Sí —contestó Milo, que no parecía dispuesto a entablar ninguna conversación. Se apoyó en una de las columnas del porche y se quedó mirándola—. ¿A qué has venido?

Al oír la pregunta, Nuria abrió mucho los ojos y notó que se le secaba la boca. Hacía días que se sentía zarandeada por alguna fuerza adversa, como si una ola la revolcara contra la orilla, incesante, y aunque ella quisiera estabilizarse y ponerse de pie, el mar la venciera. Se sentó en una silla, junto a la mesa de madera del porche, y comenzó a toquetear un tomate. Volvía a sentirse mareada.

—¿Por qué te fuiste ayer tan pronto de la comida? ¿Tan insoportable te resulto?

Milo se sentó frente a ella, acodado en la mesa, apoyando la barbilla sobre los dedos entrecruzados de sus manos.

—Nunca te lo he dicho, pero eres una persona muy egocéntrica. Suelen tender a pensar que todo gira a tu alrededor.

Nuria no discutió su apreciación porque era incapaz, tan aturdida como estaba, de encontrar argumentos que desmintieran su supuesto egocentrismo.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que me fui porque había quedado, que no tenía nada que ver contigo.

—¿Habías quedado? —Nuria sabía, porque lo había visto, que Milo se había integrado bien en el pueblo, mejor que ella, seguramente, y que muchos vecinos lo saludaban cuando se cruzaban con él por la calle, pero aun así le sorprendía que quedara con otras personas por su cuenta.

—Tú, a base de no hacer nada, de llevar más o menos la misma vida que llevabas a los doce años, no metes la pata tampoco. No es que actúes siempre de manera correcta, es que no actúas.

Oyeron el sonido de un claxon y ambos apostaron a que se trataría del pescadero. En efecto, enseguida comprobaron que habían acertado. Nuria retomó la conversación, quería saber qué era lo que Milo le estaba reprochando en realidad.

—¿Por qué me cuentas todo eso ahora?

—Porque sé que me vas a juzgar.

—¿A juzgarte por qué? —Nuria dejó el tomate sobre la mesa, se centró en los ojos de su amigo y, de pronto, se puso a llorar. Milo la miró con extrañeza, probablemente nunca la había visto de esa manera: los brazos le colgaban, parecía haberse abandonado al dolor, se sorbía los mocos, y la congoja le cortaba la respiración.

—Tranquila, Nuria, tranquila; estás muy nerviosa.

Nuria negaba con la cabeza, recogió los brazos sobre su estómago y empezó a inspirar y espirar, como había aprendido a hacer. Milo se acercó a ella, se agachó para ponerse a su altura y le acarició el pelo.

—Tranquila, tranquila. Hace mucho que no estás bien. ¿Qué te pasa?

La pregunta solo logró que el llanto se intensificara. Cuando se calmó, Nuria levantó la mirada:

—No lo sé, ni siquiera lo sé. A veces me cuesta respirar.

Milo asintió, como si supiera de qué le estaba hablando exactamente, y le sonrió con ternura.

—Me he liado con el carnicero —soltó de golpe.

—¿Con qué carnicero? ¿Qué dices? —La noticia pareció devolver a Nuria a su estado normal.

—Con Saúl, no hay más carniceros, ¿no? —dijo Milo—. Ya sé que está casado y que tiene hijos, pero no me juzgues, por favor.

Sin embargo, Nuria no le dijo nada. Respiró varias veces profundamente, se rascó un momento la cabeza y se recolocó los tirantes del vestido amarillo. No es que le pareciera bien que su amigo se hubiera liado con aquel hombre, es que no estaba legitimada para realizar objeciones. Milo continuaba mirándola, a la espera de que lo reprendiera, como si fuera un niño. Hubo un silencio largo, hasta que Nuria habló por fin.

—¿Te parece bien que aseamos una sardinas en la barbacoa? Ya sabes que mi madre y tu padre están de turismo, ¿verdad? —Volvió a sorberse los mocos.

—Sí —respondió, incrédulo.

Ambos salieron de la casa para hacer cola frente a la furgoneta del pescado. Milo llevaba un billete de veinte euros en la mano. Asomaron la cabeza por la puerta trasera del vehículo para asegurarse de que hubiera sardinas. Las moscas revoloteaban alrededor de las cajas de porexpán. En el suelo, unas gotas de sangre reciente, quizá de algún trozo de atún. Lamentaron no llevar más efectivo porque podrían haber comprado unas gambas de Huelva.

—Tengo vino blanco en la nevera —comentó Milo, con la bolsa de pescado en la mano.

Nuria sonrió y siguió caminando, cabizbaja. Se preguntaba dónde comería su madre, qué estaría haciendo, qué zapatos habría llevado, si tendría cuidado de no resbalar al bajar las cuestas, dónde dormiría, en qué lado de la cama, y después trató de bloquear esos pensamientos y concentrarse en las brasas de la barbacoa.

Tras comer y bañarse en la piscina, se adormiló en una de las tumbonas. Al despertar le apeteció estirar las piernas y despejar la cabeza, así que decidió dar un rodeo para llegar a su casa. Pasó por el edificio en el que estuvo, durante años, el bar de su tío Alfredo, reconvertido después en vivienda. Nuria recordaba que la barra era muy larga, o eso le parecía en aquel entonces, y que en un extremo estaba la cocina, muy pequeña, y en otro, el acceso al almacén. Matilde solía echar una mano, a pesar del calor. Preparaba tapas de ensaladilla rusa, albóndigas, carne en salsa o pescadito frito, que disponía, al ritmo de las comandas de Alfredo, sobre unos pequeños platos ovalados de color blanco. Su padre se acodaba en la barra, y pasaba el rato charlando con unos y con otros y comiendo altramuces. A Nuria le gustaba colarse en el almacén, un lugar oscuro, tenebroso casi en contraste con la luz del exterior, lleno de garrafas, de cajas de cervezas, de paquetes con servilletas, que olía a vino dulce y a vinagre. Imaginaba que viajaba en la bodega de un barco. En todo momento parecía que fuera a aparecer una rata por algún rincón, aunque ella no vio nunca ninguna.

Por las tardes, cuando volvían del río, su madre acostumbraba a pasar por el bar para limpiar la azotea. Fregaba el suelo y las mesas de madera corrida, y después le lavaba el pelo y se lo enjuagaba con la manguera mientras observaban cómo se iba la espuma por el sumidero.

¿Me huele bien el pelo?, solía preguntar Nuria, y su madre siempre le tomaba un mechón, se lo acercaba a la nariz y le contestaba que le olía a juguetes nuevos.

Al terminar, su madre solía beberse un botellín de cerveza, sentada sobre una mesa y con los pies descalzos apoyados en los asientos. Nuria la miraba porque en esos momentos le parecía joven, y eso le resultaba extraño, pero no lo era en absoluto. Estaba convencida de que ese recuerdo no había sido manipulado por el paso del tiempo: las piernas siempre morenas de su madre, el olor a champú en sus manos, el sol declinando sobre la azotea, la imbatibilidad de aquellos veranos.

Nuria se fue directa a la cama, desde donde miraba la hornacina que había en la pared. De pequeña, aquel hueco le daba miedo porque le recordaba a los funerales, y seguía sin gustarle. Si fuera por ella, lo tabicaría. Era, además, un rincón inútil, en el que solo metía su maleta, porque la ropa la guardaba en el armario del dormitorio de su madre, mucho más espacioso. En ese cuarto, el único mueble que había era una mesita de noche muy antigua, que ella llevaba años queriendo decapar y pintar de azul. Sobre la mesa de noche, el ramo de hierbaluisa que le regalaba Alba. La cama no tenía cabecero, con lo que se acentuaba la austeridad del dormitorio. Lo que más le gustaba a Nuria era la ventana, con sus dos contraventanas de madera que solía dejar siempre abiertas, y el poyete, que le recordaba a las celdas, y sobre el que se acumulaba polvo con mucha facilidad. La persiana era enrollable y casi siempre se atascaba. Esa tarde Nuria no se había molestado en bajarla porque estaba convencida de que, con claridad o sin ella, no iba a conseguir dormir. El fino visillo que colgaba de unos rieles un poco destartados se henchía, maternal, con el fuerte viento que había empezado a soplar. Nuria se levantó resuelta a cerrar las contraventanas, para que no dieran golpetazos, y entonces, a través de la fina tela, los vio: dos niños rubios, aferrados a las rejas. Tuvo la extraña sensación de que la mirada de ambos era una sola mirada, y lo que vio en aquellos ojos estaba relacionado con la inevitabilidad. Curiosamente no sintió miedo, pero se quedó paralizada. Cuando, por fin, descorrió el visillo y miró hacia el callejón al que daba su ventana, ya no estaban.

Sin que le diera tiempo a asimilar qué era lo que acababa de presenciar, oyó unos gritos y unas voces nerviosas procedentes del exterior. Recogió el vestido amarillo del suelo, se lo puso y salió a la puerta de la casa. Enseguida vio a un grupo de personas en la carretera, arremolinado alrededor de algo que ella no conseguía apreciar. Bajó los escalones que separaban su calle de la carretera del paseo y enseguida distinguió al padre de Montero. Estaba tumbado sobre el asfalto, completamente desnudo, con las piernas flexionadas y las manos entrecruzadas bajo la nuca, como si estuviera allí tomando el sol. A su derecha, el hacha. Quienes lo rodeaban le pedían que se calmara —aunque no parecía nervioso— y que se apartara de la carretera porque al final lo iba a terminar atropellando un coche. Las posiciones se mantuvieron durante casi una hora, hasta que al padre de Montero le dio por levantarse y emprender el camino de regreso a su casa, con el hacha portuguesa en la mano, y con una expresión absolutamente relajada y digna. De pronto se giró, empuñó el hacha y comenzó a carcajearse. Lo vieron alejarse por el paseo, y durante un

momento, a la garganta de Nuria acudió también una risa nerviosa, ese tipo de risa con la que a veces se combaten la perplejidad y el miedo.

Decidió acostarse en el dormitorio de su madre, mucho más amplio que el suyo, con la cama alejada de la ventana, porque no quería que se repitiera el episodio de los niños. Tras una ducha se tomó una tila, miró el móvil con desatención, y al fin se tumbó sobre aquel colchón extraño. Estaba cansada, había desechado la posibilidad de leer algo porque los ojos le pesaban, pero fue incapaz de conciliar el sueño hasta que el día no empezó a clarear. El alba certificaba su derrota, el insomnio la había vencido, y la luz la dirigía ya hacia una nueva jornada y la apartaba de la oscuridad de la noche, que había percibido como más siniestra que misteriosa. Durante la vigilia volvió a ver el alcornoque que era una estela, de pie, solitario, en una extensión de tierra desertizada: sin árboles, sin rododendros, sin helechos. En el tronco, unas inscripciones que no alcanzaba a descifrar.

Debió de dormirse en algún momento de la mañana, y fue su madre quien la despertó a la una del mediodía. Cuando abrió los ojos y la vio, se sintió reconfortada, protegida, de alguna manera. La luz rotunda bañaba la habitación y le gustó sentir que tenía hambre.

—¿Qué tal lo habéis pasado en el viaje? —preguntó con seriedad, sin hacer ademán de levantarse.

—Muy bien.

—Me alegro.

Cuando su madre salió de la habitación, el gato gris aprovechó para colarse y subirse encima de la cama. Se le fue acercando con sigilo y empezó a olfatearle la cara y el pelo. Le hacía cosquillas con los pequeños bigotes. Después, el animal decidió tumbarse a sus pies, donde se durmió enroscado con una rapidez que Nuria envidió. Se incorporó con cuidado de no despertarlo y, antes de salir de la habitación, cogió el teléfono de la mesilla de noche, le sacó una foto, la miró con ternura y la colocó en la pantalla de inicio de su móvil. Se puso el vestido amarillo y salió al salón. Su madre planchaba junto a la puerta.

—El gato, que estará lleno de pulgas, se ha dormido en la cama —denunció con una dureza que a ella misma le sorprendió.

Su madre colocó sobre la tabla de planchar una camisa blanca de caballero, y obvió la observación.

—No sé por qué te tomaste tan mal que me fuera, creo que tengo derecho a hacer mi vida.

—Bueno, soy tu hija y me preocupo por ti —respondió desde el otro lado de la tabla de planchar. La disposición de ambas recordaba a la del camarero y su cliente en un bar.

—Yo estoy muy contenta; Xabier me trata muy bien.

—Lo que faltaba era que te tratara mal.

—Bueno, ya me entiendes, no seas impertinente. Después de las vacaciones voy a pasar unos días en Tolosa con él.

—¿Cómo que te vas a Tolosa?

—¿Y por qué no puedo ir a Tolosa?

—Para empezar no es a Tolosa a donde irás, sino a un caserío en la punta de un monte y a ti no te gusta el monte.

—Sí me gusta.

—Claro, ya se ve. No te ha gustado nunca, ama. ¿Por qué no va él a Llodio mejor?

—En Llodio vive su exmujer y prefiere no tener que encontrársela.

—En Llodio también vivo yo.

—Ya lo sé.

—¿Y va a ser siempre así? ¿Vas a tener que ir tú a donde él te diga? Mira, ten cuidado con los viejos, que se buscan una mujer solo para que los cuiden.

—Bueno, ya está. Él quiere que vaya allí con él y voy a ir.

—¿No vais un poco rápido?

Nuria se fijó en que tras dejar la camisa blanca sobre el respaldo de la mecedora que estaba detrás de la plancha, se empleó con una falda de flores que debía de haberse comprado en Setenil de las Bodegas porque, con seguridad, era nueva. Su madre levantó la vista un momento, seguramente para relajar el cuello, y la miró.

—¿Otra vez te has puesto el vestido amarillo?

—Como pones tanto la lavadora, siempre está limpio. ¿Y esa camisa blanca que acabas de planchar?

—Es de Xabier.

—¿Y qué haces tú planchándole camisas? ¡Lo que faltaba! —Nuria se sentó entonces en el sofá, como si no fuera capaz de soportar de pie el peso de la discusión.

—Se le manchó ayer, la metí en mi bolso y cuando he ido a poner la lavadora esta mañana y la he visto, la he echado. No sé qué importancia tiene, la verdad.

—Que se lave y se planche su ropa él. Los hombres tienen mucha cara.

Matilde negó con la cabeza y resopló, dando muestras de cansancio o —era difícil saberlo— de enfado o de incredulidad.

—¿A qué quieres que esperemos, Nuria? Dices que vamos rápido, ¿a qué quieres que esperemos?

Dejó la plancha en el soporte de la tabla, como si hubiera decidido concentrarse en la conversación.

—¿Vas a dejarme sola? —Nuria se arrepintió de haber dicho eso.

—Bueno, ya está bien. Él quiere que conozca aquello, que pase allí unos días, a ver qué me

parece. Tú no mandas en mi vida.

—¿Pero estás hablando de ir a vivir allí?

Ambas recordaban que cuando Matilde empezó a salir de la depresión, la psiquiatra le recomendó que hiciera vida social, que no se encerrara, y Nuria sabía, o creía saber, que a su madre le gustaban las tiendas, las terrazas, las calles bulliciosas. Estaba convencida de que aquella decisión la perjudicaría.

—¿De verdad estás pensando en irte a vivir a un puto caserío? Si al menos fueras a pasar algunos fines de semana y otros él fuera a Llodio, pero ¿irte a vivir allí?

—Ya te he dicho que no quiero que te metas en mi vida.

Matilde desenchufó la plancha, plegó la tabla, la apoyó contra la pared y salió de la casa sin dar explicaciones. Nuria se sentó en la mecedora, sobre la ropa recién planchada. El gatito, que debía de haberse despertado con el ajetreo de la conversación, se subió ágilmente a su regazo, y Nuria lo acarició. Pasó un tren y el ruido sobresaltó al animal, que dio un salto y salió disparado por la puerta.

—No me dejes también tú —susurró Nuria, que había empezado a autocompadecerse. Los labios le temblaban, la respiración se le agitó, y, de alguna manera, alimentó un llanto que la situaba en el lugar de los damnificados, de los agraviados, de los desposeídos. Si alguien la viera llorar, podría argumentar que todo aquello que creía firme se desvanecía como la niebla de las mañanas de invierno, y era probable incluso que alguien la creyera porque las lágrimas resultan siempre muy convincentes, un argumento líquido de enorme solidez.

Habían talado el álamo blanco que se levantaba, milagroso, en un montículo de tierra sedimentado junto a la torrentera, y el sol se echaba, avasallador, sobre el agua. Eso fue lo primero que notó: un cambio brusco en la intensidad de la luz, y la sensación de que el pasado se había desvanecido, de que sus mejores vivencias habían quedado atrás: la sombra del álamo, el agua fresca en los pies, el arrullo de la corriente, el olor a romero y a tomillo y a jara, un libro sobre las piernas, el cielo, enmarcado en el cimbreo hipnótico de las hojas.

Buscó la sombra de los árboles frutales que seguían irguiéndose sobre el césped de la orilla. Las máquinas descansaban unos metros más allá del rústico muro, que cada año construían con piedras y barro los vecinos del pueblo para contener un poco el agua y la corriente. De ahí para abajo, habían removido todo: arbustos, piedras, agua, barro.

Nuria se metió en el río y nadó hacia la charca del molino con la sensación de que el agua no estaba limpia, aunque probablemente solo estuviera revuelta. A mitad de camino se detuvo y miró alrededor: arbustos, adelfas, el viejo manzano, el gran eucalipto. En ese punto el río parecía el de siempre, como si se hubiera replegado sobre sí mismo para esconderse de las fauces de las excavadoras; sin embargo, al alcanzar la orilla se encontró tierra amontonada, ramas cortadas, piedras. Se dio la vuelta.

Volvió a vestirse en la orilla de Las Pepas. Por el carril de enfrente pasó un coche que levantó tras de sí una nube de polvo. Antes de las máquinas, la frondosidad del bosque de ribera, el ramaje de los árboles, ocultaba aquel camino de arena; el río siempre les había ofrecido refugio, como si, en lugar de estar a unos metros del pueblo, se hubieran desplazado a un enclave recóndito, salvaje, pero el encantamiento se había roto, y a casi nadie parecía importarle demasiado. Un hombre, vestido con pantalones largos y camisa, apareció por allí, y se detuvo junto a ella, al filo del agua.

—Esto es todo por la central hidroeléctrica. Estoy seguro.

—¿Por qué lo dices?

—Es lo que se comenta por ahí.

—¿No es porque va a ser un punto Infoca? —preguntó animada ante la idea de encontrarse junto a un aliado para su causa.

—Dicen que la compañía ha cedido unos terrenos al pueblo, aún no se sabe a cambio de qué.

—También oí que es por los aguacates; de todas formas, a los del pueblo parece que no les importa que destrocen el río.

—¿Y qué quieres que hagamos los del pueblo? Nunca nos ha hecho caso nadie.

Nuria no se atrevió a señalar las distintas posibilidades que se le ocurrían: manifestaciones, cortes de vías, sentadas ante las administraciones públicas, sabotaje de la maquinaria. Le ardía la sangre en esos momentos, se creía capaz de realizar acciones contundentes; sin embargo, se quedó en silencio.

—La central solo ha traído bien a los que trabajaban allí; para aquellos a los que no nos dieron trabajo, todo han sido males —continuó el hombre.

Nuria comprendió que su enfado con la central era previo a las obras del río, que libraba una guerra particular, y zanjó el asunto. Parecía que no había manera de saber por qué habían metido las máquinas ni manera alguna de articular algún tipo de respuesta colectiva.

—Me subo para el pueblo. Hace mucho calor aquí.

El hombre no se vio en la obligación de corresponderla con unas palabras. Permaneció en la orilla, recto, con el pecho algo henchido y una expresión retadora en la mirada.

No era lo habitual al mediodía, pero casi todas las mesas de la plaza estaban llenas. Sonaba la música: rumbas y canciones de flamenco-pop de décadas pasadas. Las sombrillas blancas, que se agitaban levemente con el viento, añadían aún más luminosidad a aquel rincón del pueblo, encalado y lleno de macetas de flores. Sobre los respaldos de algunas sillas se secaban los trajes de neopreno de los barranquistas, que formaban grupos de hasta diez personas, como marcaba la última limitación de aforos. Unas chicas, vestidas tan solo con pantalones cortos, biquini y zapatillas de senderismo, bailaban con más entusiasmo que gracia, ensortijando torpemente las manos y taconeando a destiempo. Contra la pared se amontonaban mochilas, cuerdas, arneses. En otras mesas se arremolinaban distintos grupos de hombres, vestidos con pantalones vaqueros y camisas de colores oscuros; Montero estaba sentado con los más ruidosos: hablaban a voces, se reían con estrépito, cantaban a grito pelado. La mayoría bebía botellines de cerveza, algunos preferían las jarras de medio litro o las copas de aguardiente. Enseguida comprendió que eran los corcheros los que habían preferido ir al bar en lugar de marcharse a descansar, y que celebraban —o lamentaban, difícil saberlo— el final de la temporada. Montero se acercó a la mesa en la que se había sentado Nuria y la saludó.

—¿Estás enfadada?

—No, no lo estoy. De hecho, no debí reprocharte nada, eres libre de plantar en tu tierra lo que quieras.

Montero relajó los músculos de la cara al oírla, y a ella le pareció que, en efecto, solo se había acercado para comprobar que todo estuviera en orden, como cuando alguien entra en una habitación en la que duermen los niños con el deseo de que sigan dormidos para poder continuar con la sobremesa entre amigos.

—Menuda fiesta tenéis montada —le dijo Nuria.

Montero asintió con la cabeza.

—Y eso que no hemos terminado aún. En un par de días vamos a descorchar a Salamanca.

A Nuria no le extrañó que los demandaran desde fuera del pueblo. Sabía bien que había pocos corcheros y que no era el de ellos un oficio sencillo. Montero se había despedido, pero pareció recordar algo porque se paró en seco y se giró de nuevo hacia Nuria.

—Tened cuidado con mi padre.

—¿Por qué?

—Lo veo muy nervioso últimamente.

—Ya.

Tres caballistas se detuvieron en el paseo a la altura de la plaza. Uno de ellos se bajó del caballo y se dirigió al interior del bar, incapaz de andar en línea recta.

—¿Qué tal está Alba? —preguntó.

—Bien, ¿por qué?

El caballista pasó por su lado y Nuria se quedó mirándolo.

—Está borracho —lamentó.

—Va a gustito, sí. —Montero se reía al mirarlo; ella no encontraba divertida la escena.

—Pobre caballo.

—¿Pobre por qué? Os molesta todo: los caballistas, los cazadores, los toros, yo no sé qué queréis ya.

—¿Por qué hablas en plural? ¿En qué grupo me estás metiendo?

Montero sonrió con autosuficiencia y se giró para regresar junto a los compañeros de la cuadrilla, que estaban montando escándalo. Dos de ellos levantaban las jarras vacías y las colocaban boca abajo para certificar que se habían bebido hasta la última gota.

—¡Montero! —lo llamó—, creo que he visto a los niños —añadió bajando el tono—. A los dos niños.

—No digas esas cosas, mujer.

—Son extraños, pero no dan miedo.

Montero volvió a sonreír, pero esta vez de manera forzada, se despidió y regresó a su mesa. Nuria lo observaba de reojo: su semblante se había ensombrecido. Un grupo de forestales que buscaba sin éxito mesa en la terraza pasó por su lado. Decidió levantarse y dejarles la suya.

En el paseo, en el hueco que quedaba entre dos autobuses de excursionistas, había aparcado una furgoneta de Televisión Española. En su interior vio a seis personas, cuatro hombres y dos mujeres.

Le extrañó ver la puerta de la casa abierta porque a esas horas su madre acostumbraba a salir para tomar el aperitivo con Xabier. Aún más raro le resultó encontrarla en el sofá, medio adormilada, con el gato subido a sus piernas.

—Has vuelto pronto.

—No, pronto no es.

Matilde, como quien acaba de reparar en que ha perdido la noción del tiempo, miró su reloj de pulsera. Nuria reparó en que había vuelto a ponerse uno de aquellos horribles bambos, y entonces comprendió lo que sucedía.

—¿No sales con Xabier?

—No.

—¿Qué ha pasado?

—Nada.

—Nada, no, dime qué ha pasado.

—Tienes razón: irme a Tolosa con él es una locura. Llevamos muy poco tiempo juntos.

—¿Y qué?

—Xabier dice que si no vamos a ir adelante, mejor que lo dejemos, y yo estoy de acuerdo.

—¿Y no podéis salir ni hacer nada aquí estos días?

—No.

—Pero ¿se ha enfadado contigo?

—Que no, que no se ha enfadado, Nuria. Ya está, no tengo ganas de hablar más de esto.

Las dos se pusieron a mirar el televisor, en silencio. Nuria se levantó para cerrar la puerta de la calle porque entraba la flama. Volvió con un yogur natural y una cuchara en las manos. Se sentó de nuevo y se lo comió, apartando de vez en cuando al gatito que acercaba, con más curiosidad que glotonería, el morro a la tarrina. Matilde dijo que se acostaba, y se fue a su dormitorio, seguida por el gato; Nuria también decidió echarse un poco, aunque sabía que no iba a poder dormir. Se sentía culpable. Ella había impugnado la relación de su madre, pero no esperaba que sus palabras fuesen a acarrear ninguna consecuencia porque eso era lo que solía suceder, que no sucedía nada.

El yogur se quedó en una esquina del sofá; en pocos minutos se llenaría de hormigas.

Si, como tantas veces, desesperada por el calor que no le permitía dormir, hubiera decidido recorrer el visillo de la ventana, tal vez hubiera visto pasar por el callejón al padre de Montero, y se hubiera preguntado a dónde iría a esas horas, cuando aún no había comenzado a amanecer, con su hacha en la mano. En realidad, puede que esa cuestión hubiera desplazado a aquellas otras que la mantenían desvelada —los dos niños, la tristeza de su madre, la indiferencia hacia Montero— y que, cansada de no encontrarle una respuesta lógica al nuevo misterio, se hubiera quedado dormida al fin; sin embargo, permaneció dando vueltas en la cama, con los músculos de la espalda contraídos, sudando, y no fue hasta despuntada el alba que, como el resto del pueblo, supo que el padre de Montero se había metido en la finca de aguacates de su hijo para, uno por uno, cortar sus troncos, aún débiles. Con la furia de un vendaval, empuñó su hacha sin ceder al cansancio o a la moderación. Ezequiel sonreía cada vez que oía el ruido de uno de los árboles chocar, vencido, contra el suelo. No pararía hasta haber destrozado todos los aguacates.

Le preguntaron por qué lo hizo, se lo preguntó la Guardia Civil, los vecinos, el propio Montero, y por toda respuesta repetía que la tierra estaba enferma. Cuando su hijo lo encontró, Ezequiel se estaba lavando la cara con el agua de la manguera principal del sistema de riego por goteo, que tanto esfuerzo le había costado instalar, y contra el que su padre se había empleado con especial virulencia. Lo había destrozado todo: codos, goteros, los latiguillos, la bomba, incluso el programador. Ajeno a su destrozo, Ezequiel siguió concentrado en lavarse la cara con aquella agua que, como ambos sabían, procedía del río, y, al terminar, miró a su hijo con una inocencia inexplicable.

Nuria había oído hablar de los pozos de luz de luna, pozos de agua que se perforan sin permiso, pero en el pueblo, al parecer, no era necesaria la comparecencia de la noche para robar. Pensaba en eso, rodeada por la pequeña multitud que se amontonaba entre la carretera y los límites de la vega, donde el policía municipal, agentes de la Guardia Civil y varios sanitarios hablaban con Ezequiel y con Montero. El sabotaje había generado mucha expectación: los niños miraban los coches patrulla y la ambulancia; los mayores trataban de medir la locura de aquel padre y el enfado de su hijo. De camino al puente, Nuria se había cruzado con familias enteras que bajaban, comiéndose un bollo o una manzana, con la misma deportividad que quien enfrenta los primeros metros de una larga ruta senderista. El frescor de la mañana hacía agradable el paseo, y hubo quien se declaró decidido a convertirlo en costumbre; a pesar de la gravedad del asunto, no se había derramado sangre, y la mayoría de los curiosos creía que se trataba más de un

esperpento que de una tragedia. Nuria no sabía qué pensar, pero sintió lástima y angustia cuando vio que se llevaban a Ezequiel en una ambulancia. Los curiosos, poco a poco, se fueron marchando, y ella también emprendió el camino de vuelta. De vez en cuando miraba en vano hacia atrás por si Milo también se hubiera animado a acercarse, alertado por el alboroto que se había adueñado de las calles.

Su madre no parecía haberse inquietado demasiado ante el trajín de curiosos que había pasado por delante de su casa; la luz que entraba por la ventana tampoco alteraba su descanso. Seguía en la cama, acostada de lado, hacia la puerta, el camisón se le había enrollado en la cintura, dormía. Nuria se fijó en su nariz, pequeña y chata, y evitó la pulsión de tocársela. Se sentó a su lado y le puso la mano sobre la espalda. El gato estaba estirado a sus pies. Las cortinas se abombaban con las ráfagas de viento y, cuando el levante cesaba, aquellas telas blancas volvían a su laxitud habitual. En alguna ocasión, el pecho de Matilde y las cortinas se hincharon al mismo tiempo.

—Es tarde, ama.

El animal se espabiló antes que ella, subió por la cama hasta la altura de la cabeza y comenzó a atusarle el pelo. Su madre abrió los ojos y arqueó las cejas, en un gesto que, dependiendo de la situación, podía denotar sorpresa, alegría, resignación, cansancio o incertidumbre.

—Me quedo un poco más, no tengo nada que hacer.

—¿No quieres ir a desayunar al bar?

—El gato me peina todas las mañanas, es más bonito... —comentó estirando el cuello para tratar de ver al animal.

—Hoy hay tortas fritas.

—No tengo hambre.

—Vamos, por favor. Y llama a Xabier, podemos ir los cuatro.

Su madre terminó de espabilarse, y Nuria notó cómo se le ensombrecía el humor para pasar de la tristeza al enfado.

—Ya te dije ayer que no quiero hablar más del asunto —sentenció mientras se levantaba de la cama.

El gatito la siguió, maullando con insistencia. Su madre abrió una lata de comida húmeda que debía de haber comprado el día anterior y la puso en el suelo de la cocina. El animal empezó a comer. Matilde lo miró con cara de aprobación, y después se encerró en el baño. Al poco se oyó el ruido del agua de la ducha. Nuria, resignada, decidió ir sola a tomar café.

El reclamo de las tortas fritas siempre funcionaba; además, era viernes y ya habían aparcado en el paseo los primeros autobuses de excursionistas y las primeras furgonetas camper, y por si fuera poco, en la costa arreciaba el levante, lo que atraía hacia el interior a las personas deseosas de disfrutar del fin de semana fuera de casa. El resultado de esa suma de factores era que la terraza estaba de nuevo muy animada. Ocupó la mesa más cercana a la puerta, en la que había quedado una copa de aguardiente vacía, y esperó a que la atendiera el camarero. Desconocía la razón, pero los hombres del pueblo tendían a ocupar aquellas mesas, las más cercanas al interior del local, y los veraneantes, las más alejadas.

El camarero y Milo, en quien no había reparado, se le acercaron al mismo tiempo.

—Un cortado, por favor —le pidió al camarero—. ¿Cómo está tu padre? —le dijo a Milo. Nuria se sintió, por un momento, como una de esas personas atareadas, expeditivas, que despachan con diligencia asuntos diversos.

—No está muy bien, la verdad.

—¿No? —Nuria necesitaba más información de la que le había proporcionado su madre, quería tranquilizar su mala conciencia, pero no parecía que la conversación con Milo la fuera a ayudar.

—Televisión Española ha venido a grabar un reportaje sobre los corcheros —le comentó Milo, y le señaló con la cabeza a una mujer morena, con falda de tubo y camisa blanca, que sujetaba una carpeta entre los brazos y que conversaba con un corchero ya jubilado, con fama de haber sido muy buen trabajador.

—No está mal que les hagan un poco de caso —respondió ella.

Se quedaron en silencio. Sopló una ráfaga fuerte de viento que hinchó las telas de las sombrillas. Milo se impacientó, tal vez tuviera prisa por algo; antes de irse, aún le comunicó una última cosa:

—Nos vamos en un par de días.

Antes de que apretara el calor, Nuria ya estaba sentada en una piedra de la orilla para vigilar qué hacían las máquinas, como si su mirada fiscalizadora fuera a disuadir a los operarios de continuar trabajando. A unos metros de la represa, las uñas de las excavadoras removían las piedras con violencia. El ruido era atronador. Los pájaros habrían huido al interior del bosque, pensó. Le frustraba no ser capaz de interpretar esas maniobras, no entrever siquiera cuál era la finalidad última de aquel destrozo medioambiental. Tenía la impresión de estar asistiendo, de brazos cruzados, a un abuso. Lo que tenía delante de los ojos le resultaba insoportable, así que clavó la mirada en las piedras de la orilla y recordó las noches de luna llena en las que se bañaban en el río. Ella y sus amigos se enjabonaban el cuerpo y el pelo y después se sumergían para enjuagarse y al emerger tenían siempre los ojos un poco rojos por el champú. Hacía mucho tiempo de eso. No eran conscientes del daño que pudieran hacer a aquel entorno tan frágil. Al contrario, lavarse en el río, como antiguamente, les hacía sentir en comunión con la naturaleza, seducidos por la idea pueril de que podrían apañárselas sin la civilización. Cuando eran jóvenes también encendían fuego en la orilla, tal y como lo habían hecho sus padres y sus madres, y preparaban una paella que siempre sabía riquísima. No importaba que fuera agosto, que las temperaturas máximas se inflamaran, que soplara el viento, que la tierra estuviera seca. Tenían, eso sí, cuidado de apagar la candela con baldes de agua, pero no les inquietaba el hecho de que una leve imprudencia pudiera provocar un incendio. A veces, cuando estaban medio adormilados tras haber dado cuenta del arroz y de unos cuantos vasos de sangría, aparecía entre las rocas de las montañas un amigo pastor que ordeñaba sus cabras delante de ellos y les suministraba directamente de las ubres la leche para el café.

Nuria se levantó de la piedra porque había empezado a molestarle la espalda y caminó un poco por la orilla en dirección contraria al foco del ruido, hacia la charca del molino. Tenía la impresión de que una capa de polvo se había acumulado sobre la tierra. Los tocones de los eucaliptos que habían talado todavía olían a savia, y sus hojas secas aún alfombraban el suelo, a pesar de que ya no hubiera tronco ni ramas. Le asaltó la imagen de un cigarro consumiéndose en la mano de una persona a la que acaban de asesinar. Se situó sobre una de las rocas desde las que los niños solían lanzarse al río de cabeza y miró hacia el cauce, que seguía bajando turbio. Fue entonces cuando vio, sobre un tronco de madera que se había embarrancado entre los arbustos de la orilla, una tortuga muerta.

—Milo, ábreme, por favor —gritó desde la cancela, tras haber pulsado el telefonillo sin obtener respuesta. Resoplaba, la coronilla le ardía, el aire parecía haberse vuelto denso. Había oído que anunciaban una ola de calor, pero prefirió obviar el aviso, como si por desoírlo los termómetros no fueran a arder. Miró a ambos lados de la calle y no vio a nadie. Las casas cercanas parecían estar cerradas a cal y canto. Ya no se abrirían hasta la noche, cuando refrescara, si es que refrescaba, y los vecinos aprovecharan para mojar el suelo de los patios con sus mangueras y para regar las plantas.

Miró por las rejillas de la cancela y vio el porche vacío: algunas copas sobre la mesa, un libro en la hamaca. Por un instante, se arrepintió de haber bajado hasta allí, quizá no fuera buena idea hablar con Xabier, quizá terminara de estropearlo todo, pero no quería arrinconar el impulso que la había conducido a actuar en esa dirección: tenía que hacer algo.

—¡Milo! —volvió a gritar.

—No grites —oyó Nuria a través del telefonillo—. Pasa, que la puerta está abierta.

En el amplísimo salón lo que más destacaba eran las vidrieras de colores que filtraban la luz del otro lado de la casa, orientado hacia el sur. La estancia, con los techos muy altos, nervados por vigas de madera, ofrecía cierta sensación de recogimiento; sin embargo, aquellas vidrieras recordaban más a las manualidades hechas con cristales rotos y geles que a la solemnidad de las catedrales.

Milo, que no le ofreció nada para beber ni le hizo ninguna indicación, se sentó frente al ordenador, situado sobre un robusto escritorio de madera, y prosiguió con su tarea, la que fuera, que, al parecer, se había visto interrumpida con su llegada.

—No he dormido nada esta noche —le dijo Nuria, ansiosa por introducir las razones de su malestar.

—Vamos fuera —le indicó Milo cuando dio por concluida su labor en el ordenador. Cerró el portátil, pero en lugar de ir hacia el porche, le abrió la puerta que desde la sala comunicaba con un pequeño jardín trasero; él se metió en la cocina. Nuria, desorientada, lo esperó en el umbral con la mirada puesta en los haces de luz de colores que entraban en el salón. Milo reapareció enseguida con una bandeja sobre la que había dispuesto tres copas, una botella de Martini, y una pequeña cubitera. Nuria pensó que debía volver a tomar el vermú con su madre. Abandonaron la costumbre a la que se habían consagrado durante innumerables fines de semana porque a ella le disgustaba alternar al mediodía. El alcohol le producía sopor, y por las tardes solía tener que

corregir los ejercicios de algunos alumnos o adelantar lecturas, con lo que prefería no beber hasta haber dado su jornada por concluida.

Nuria sobrentendió que la tercera copa sería para Xabier, y aunque notó cómo le subía la presión arterial, celebró que fuera a tener la oportunidad de enfrentarse sin demoras a la situación que ella misma había propiciado; sin embargo, cuando salieron al jardín, le fastidió descubrir allí a Alba, que paseaba cabizbaja entre los naranjos. Milo dejó la bandeja sobre la mesa redonda situada bajo el cenador de madera, y volvió a marcharse. Ella se sentó, y notó los listones de madera ardiendo bajo sus pantorrillas. Vio que en una silla cercana había varios cojines amontonados y cogió uno para estar más cómoda. Estaba empezando a cansarse de aquella situación, se sentía como si hubiera llegado tarde a una representación teatral y ya no hubiera manera de seguir el hilo. Milo regresó por fin con un plato de aceitunas en una mano y una tabla rebosante de porciones de queso en la otra. Se sentó, pareció relajarse un momento, se apoyó contra el respaldo, miró al horizonte.

—Aquí corre un poco más el aire que junto a la piscina. Si tienes calor, puedes refrescarte ahí. —Le señaló una ducha instalada en la fachada de la casa.

—¿Puedo tomar uno? —preguntó Alba, que se había acercado a la mesa. Iba descalza, estaba despeinada, parecía un animal recién espantado. Cogió un par de hielos y Nuria advirtió su mal pulso, que terminó de evidenciarse cuando levantó la botella para verter el líquido en la copa. Le molestaba su presencia, pero percibió en la manera en que se derrumbó sobre la silla una fragilidad inédita.

—Claro, además tenemos que brindar —dijo Milo.

Nuria no esperó a la liturgia y bebió un buen trago del Martini que se había servido. Se había acercado a la casa con ánimo conciliador, quería creer que empujada por la voluntad de hablar con Xabier y disculparse con su amigo, pero sus buenos propósitos se estaban deshaciendo, como los hielos de la cubitera.

—¿Por qué vamos a brindar? —preguntó con desinterés. Quería hacer notar que lo que fuera que había reunido allí a su amigo con la mujer de Montero le traía sin cuidado.

—Van a publicar los poemas de Alba —explicó Milo.

—Vaya, no sabía que escribieras. Imagino que en la biblioteca de este pueblo se pasan muchas horas muertas.

Fue consciente de lo despectiva que había resultado su observación, y tras levantarse para coger la botella y rellenar las tres copas, felicitó a Alba.

—Escribo desde los tiempos del instituto, pero nunca pensé que pudiera llegar a publicar.

—Está muy bueno el queso —observó Nuria.

—En la tienda me han dicho que lo hacen unos chicos de Cortes —respondió Milo.

—Nunca pensé que pudiera llegar a publicarlo —repitió con la voz tan temblorosa como su pulso y comenzó a llorar—. Ya había renunciado a escribir.

—¿Y por eso lloras? —preguntó Nuria con dureza.

—No es por eso —terció Milo—. ¿No te has enterado?

Nuria apuró la copa y la dejó sobre la mesa con tanta energía que se resquebrajó.

—¡Putá mierda! —dijo mientras depositaba en la bandeja los pedazos de cristal—. No, no me he enterado, no me he enterado. Yo no me entero de nada, os enteráis solo vosotros, por lo visto.

—Me voy a separar de Montero —atajó Alba.

Se oyeron entonces las risas lejanas de unos jóvenes, envueltas en la melodía machacona de alguna canción latina. Nuria notó cómo la rabia que había sentido hasta hacía un momento se transformaba en inquietud.

—¿Cómo que te vas a separar? ¿Por qué?

—Porque está con otra mujer.

Nuria se quedó en silencio. Resultaba evidente que Alba no se había enterado aún de que la otra mujer era ella misma, pero temía que no tardara tiempo en obtener ese dato. Pensó en su madre y en su tío, en el disgusto que les produciría todo aquello. Era incapaz de prever una justificación, de articular una disculpa porque, en realidad, no la había.

—Se ha reído de mí —continuó Alba—. Hace tiempo que anda con la médica.

Al escuchar aquella revelación, lo primero que sintió Nuria fue alivio porque no se iba a ver involucrada en aquel escándalo que, durante una temporada, ajetrearía al pueblo. Quien más y quien menos opinaría sobre aquella infidelidad. La mayoría de los vecinos censuraría a Montero, y algunos pocos lo absolverían en base a conjeturas sobre la mala salud de su matrimonio. A buen seguro, la que peor parada saldría de todo aquello sería la médica, a pesar de no tener pareja conocida.

Nuria aguardó unos instantes a que el alivio dejara paso al dolor, convencida de que el desamor astillaría pronto su pecho; sin embargo, se arrellanó en la silla, estiró las piernas y el dolor no llegó. Milo le ofreció otro vermouth y lo aceptó encantada.

—¿No serán habladurías?

—No, no lo son —respondió tajante, y Nuria no quiso preguntar más.

Comprendió que Montero también la había engañado a ella, que no era, como había creído, la única que despertaba su deseo, que él no la amaba desde aquellos paseos en barca que daban por el río cuando eran adolescentes, que no era que él hubiera aprendido a resignarse, a descartar la posibilidad de vivir con la mujer de la que estaba enamorado, sino que nunca la quiso. Sintió su orgullo herido, pero no estaba despechada; en cambio, al mirar a Alba, veía en sus ojos la devastación y el desconsuelo. Nuria había sido una frívola, y se reprochaba haberse enredado con Montero por entretenimiento o quizás por sentirse menos sola. La aventura le resultaba cómoda, sabía que era una relación sin futuro, y que, por tanto, no se vería obligada a tomar decisiones difíciles, como dejar Llodio para vivir en el pueblo.

—¿Me dejarás leer tus poemas? —preguntó con sinceridad y para tratar de reconfortarla, como si a Alba en aquellos momentos le importara mucho lo que ella opinara sobre su literatura, se reprendió la propia Nuria después.

No obtuvo respuesta.

Durante los dos días siguientes a la revelación de Alba, Nuria buscó discretamente a Montero por los bares, por las tiendas e incluso por lo que quedaba de su finca de aguacates. Se convenció de que la rehuía o, más precisamente, de que rehuía a todo el mundo, que rehuía preguntas incómodas, miradas censuradoras, cuchicheos. Decidió entonces bajar al río, aunque se había prometido no volver a pisarlo, porque pensó que era posible que hubiera querido refugiarse en un lugar en el que, le constaba, él también se había sentido siempre a salvo.

Cuando llegó, el impacto fue tan violento que el móvil que llevaba en las manos se le resbaló y cayó en la hierba. Habían talado y rozado todo el bosque de ribera en ambas orillas. El río era un canal: ni fresnos, ni álamos, ni acebuches, ni eucaliptos, ni adelfas, ni zarzas, ni hierba, solo tierra y polvo. Curiosamente, el agua había recuperado su habitual transparencia, y, al no haber sombra alguna sobre el cauce, aquel desastre quedaba iluminado de forma dolorosa. Nuria no podía creerlo, se llevaba la mano al pecho, hacía gestos de negación con la cabeza, se sintió desposeída.

—Se ve raro, ¿verdad?

Nuria se giró y descubrió a Montero a su espalda. Estaba cruzado de brazos, con las piernas abiertas. Pensó en que era la primera vez que ambos se encontraban vestidos con ropa de calle en el río.

—Es horrible.

—Dicen que es para evitar que haya inundaciones.

—¿El qué?

—Que han limpiado el río para evitar que las casas cercanas se inunden.

—Nunca se han inundado. Además, al convertirlo en un puto canal lo único que va a pasar es que el agua va a correr mucho más, se va a llevar por delante todo lo que pille.

—Yo nunca he oído eso. Hay que limpiar los montes, Nuria. Estáis siempre igual.

Le molestó que volviera a referirse a ella utilizando la segunda persona del plural, pero tenía asuntos más urgentes de los que hablar.

—¿Por qué, Montero?

—Porque los montes pueden coger fuego.

—¿Por qué no me dijiste que también andabas con la médica?

—No lo sé. —Se quedó mirando al suelo—. He metido la pata, desde luego.

—¿Quién os ha visto?

—Nadie. Ella lo ha ido contando por ahí. Supongo que para presionarme.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. —Se agachó a por un guijarro y lo lanzó al agua con rabia—. Nuria, no dejabas que te tocara.

—Tenías a Alba, no me jodas. No me responsabilices.

—Quiero mucho a Alba, pero ya no me apetece acostarme con ella.

Nuria se sintió incómoda, en realidad habían dejado de interesarle sus intimidades y tampoco era ya capaz de creer en sus palabras. Ella solo quería aligerar el sentimiento de culpa, aliviar sus remordimientos de conciencia, como si pudiera diluir la traición a su amiga al haberse producido después una traición mayor.

—Debería decirle a Alba la verdad sobre nosotros.

Montero se tensó y la miró muy fijamente.

—Ni se te ocurra decirle nada a Alba. —Se acercó a ella y la cogió con fuerza del brazo—. ¿Te ha quedado claro? Ni se te ocurra decirle nada.

Nuria se revolvió y se soltó de su brazo; le había hecho daño. No comprendía cómo Montero le producía tanta indiferencia. Sentía que tenía ganas de distanciarse de él, de desligarse de su complicada vida.

—Bastante tengo ya, estoy en boca de todo el mundo, Nuria. Por favor, no compliques más las cosas.

Nuria volvió a fijar su mirada en el río.

—¿Cómo está tu padre?

—Ya lo han traído de vuelta. Hasta que no haya una desgracia no van a hacer nada.

—¿Y tú crees que eso puede pasar?

—¿Que se lo lleven?

—No, que haga daño a alguien, yo no lo veo capaz.

—Mi padre es un peligro. Te dije que tuvierais cuidado con él y te lo repito.

Antes de continuar hacia la charca del molino, Montero miró a su alrededor, se acercó mucho a Nuria y con tono amenazante le dijo:

—Que no se te ocurra decirle nada a Alba. Ni una palabra, ¿lo entiendes?

—No me ordenes lo que tengo o no tengo que hacer.

—Ni una palabra. Me tienes cansado ya.

A la vuelta, en la esquina de la tienda de comestibles, a la que entraba a menudo por la mera necesidad de consumir, y donde compraba productos prescindibles, sobre todo lácteos y dulces de la serranía —tortas de aceite, pestiños, roscos de viento—, se encontró con el equipo de televisión. Habían montado una especie de set de exteriores con objetos de corcho que hacía un joven del pueblo: cucharones, cucharros, banquetas de distinto tamaño. Parecían estar preparándose para grabar. Nuria se acercó a la mujer que había visto hacía unos días sosteniendo una carpeta.

—Perdone —le dijo.

La mujer se giró hacia ella con una sonrisa profesional que no invitaba a la conversación.

—Perdone —repitió en voz baja, prefería que nadie del pueblo se enterara de lo que quería decirle—, están destrozando el río a su paso por el pueblo. No sé con qué permisos ni con qué intención.

—Nosotros hemos venido para grabar un reportaje sobre los corcheros de Los Alcornocales —respondió cortante.

—Pero se supone que les interesan los temas relacionados con la naturaleza, con el medio ambiente, ¿no? ¿Tiene idea de cuántos ríos como el de este pueblo puedan quedar?

—Ya te digo que hemos venido a lo que hemos venido. —El equipo, dos cámaras y un par de operarios de sonido y otra mujer cuya función no supo identificar las miraban de reojo.

Nuria no se molestó en ocultar su decepción.

—¿Han visto el río? —insistió.

—Tal vez vayamos luego a grabar alguna imagen de recurso. —La mujer parecía estar impacientándose y era evidente que quería dar la conversación por terminada—. Dame tu número de teléfono, por si acaso.

Nuria pasó inquieta el resto del día: comió un poco de la ensalada de pasta que había preparado su madre mientras ambas miraban la televisión. En la pantalla, debido a la claridad que entraba por las ventanas, sus propios reflejos eran más nítidos que las imágenes de los presentadores. De todas formas, ninguna de las dos estaba atenta al programa de sobremesa. Recogieron los platos, los llevaron al fregadero, limpiaron la mesa y ambas se retiraron a sus dormitorios. Antes de tumbarse sobre la cama, Nuria cerró las contraventanas, a pesar del calor, porque quería descansar de la luz. La claridad también aturde. En invierno, el sol nunca termina de elevarse hasta el cenit, y se apostaba frente a los ojos: deslumbra a quien mira de frente y hay que hacer una visera con las manos para poder caminar o para distinguir a quien saluda; a veces el sol incluso daña, y hay que frotarse los párpados. Tras una larga borrasca se agradece mucho que reaparezca, con su luminosidad, pero a Nuria terminaba por cansarla. Había comprobado que sucede lo mismo con algunas personas: son hermosas, brillan, da alegría verlas, pero a veces adquieren demasiada presencia, se colocan delante de nuestros ojos, no nos permiten ver nada más y hay que cerrar las contraventanas y resguardarse de la luz cegadora que irradian.

El miedo se le había enganchado en la garganta y en la boca del estómago, le quitaba el aire y el apetito. Hubiera podido decir que tenía un presentimiento, pero apartaba esa expresión de su cabeza porque estaba cansada de los augurios, del destino trágico, del mal bajío, de todas esas frases grandilocuentes que se decían en el pueblo. Nuria estaba intranquila, pero su miedo, se repetía, era racional. Le preocupaba su madre, que le sucediera algo que aún no era capaz de precisar, pero cuya amenaza sí percibía. Su miedo era racional, se repetía.

La sobresaltaron unos golpes muy secos en la puerta. Se incorporó de la cama decidida, como si hubiera estado esperando algo así desde largo. Abrió y se encontró de frente con Montero: otra vez ese maldito sol en los ojos. Su madre también se había levantado y preguntaba qué pasaba a sus espaldas.

—¡Qué hijo de puta!

—¿Qué dices? —le preguntó asustada.

—Mi padre, estoy seguro de que ha sido mi padre.

Montero cogió a Nuria del brazo, tiró de ella para que saliera de la casa y la giró tomándola de los hombros hasta situarla frente a la hoja de la puerta que permanecía cerrada. Después de eso

no recuerda nada con demasiada claridad: sabe que se formó un corro de curiosos a sus espaldas, que su madre sufrió un ataque de ansiedad, que gritaba, que maldecía a Ezequiel, que decidieron que necesitaba calmarse y alguien llamó a un enfermero que estaba de veraneo para que fuera a ayudarla, que a ella le hablaban algunas mujeres, le decían que entrara en casa, pero Nuria permanecía quieta, con los ojos muy abiertos, incapaz de retirar su mirada de aquella imagen: el cuerpo del gato estaba colgado de la puerta, sujeto solo por la hoja del hacha que le habían clavado en la tripa, a la altura de la parte que a él le gustaba que le acariciaran cuando las recibía tumbado boca arriba, tan contento de verlas. Habían clavado un hacha en su tripa regordeta y suave, por donde aún brotaba sangre de entre las vísceras, una sangre que había resbalado por la madera hasta el escalón del umbral. La cabeza, ladeada hacia la izquierda, sus pequeños ojos, como los de Nuria, abiertos, como si miraran el mango del hacha que estaban a punto de clavarle. Pensó que tal vez la buscara, en el último momento, para que lo acunara en brazos, cerca del pecho, como tantas veces lo había sostenido Nuria sin que su madre la viera. Después, la Guardia Civil, y el personal de la limpieza, las hidrolimpiadoras, y el olor a lejía.

Nuria accedió al fin a recostarse en el sofá y Montero le entregó su teléfono móvil, le explicó que había ido a devolvérselo cuando descubrió lo que su padre, con quien aseguró que acababa de cruzarse, había hecho. Pero ella no escuchaba: los pequeños ojos del gato abiertos, como si miraran el mango del hacha, la hoja de metal brillante, la sangre.

Matilde estaba echada en el sofá, tapada con una manta, a pesar de que aún no había refrescado y de que tal vez no refrescara en toda la noche. Permanecía acurrucada, como una niña, con los ojos abiertos pero con la mirada puesta en ninguna parte.

—Toma un poquito de caldo —le insistía Xabier, agachado frente a ella, sujetando un vaso con una mano y una cuchara con la otra—. Lo ha traído la camarera del bar de la plaza.

Pero Matilde negaba con la cabeza.

—Ama, come algo, por favor —le rogó Nuria.

Milo, que había salido de la casa una hora atrás, entró en el salón, con una bolsa que dejó sobre la mesa de madera que presidía la zona del comedor de aquella gran estancia. El sol había declinado y las cristaleras de colores no filtraban la luz ni provocaban ninguna sensación de recogimiento.

—Tenían bastantes pedidos, por eso he tardado —dijo, mientras se dirigía a la cocina.

Comieron los bocadillos en silencio, Nuria se dejó más de la mitad sobre el plato.

—Come un poco más —le pidió Matilde, que se acercó a la mesa con la taza de caldo que había quedado sobre la chimenea.

Ambas mujeres se esforzaron por tragar los alimentos. Tenían el estómago cerrado.

—No habría podido descansar en mi casa —confesó Matilde—. El simple gesto de girarme en la cama hacia la fachada, hacia la puerta de la calle, me habría puesto mala —dijo, mientras el llanto la alcanzaba de nuevo.

—Estás impresionada, es normal —comentó Milo—. Pasará el tiempo y podrás volver a descansar allí, pero ahora mismo os conviene alejaros.

—Os hemos puesto sábanas nuevas en el cuarto de abajo, que tiene dos camas —explicó Xabier—. Nos iremos cuando nos despertemos, da igual que sea tarde, no hay prisa.

Xabier le dio un beso en la coronilla a Matilde, y la abrazó por detrás. Nuria retiró la mirada, pero concluyó que el distanciamiento entre los dos había terminado. Sintió que se desprendía de una carga.

—Estás helada —notó Xabier, que tomó a Matilde de las manos.

—De pequeña me gustaba sentarme junto a la chimenea; me tranquilizaba mirar las llamas.

—Pues encenderemos el fuego, así entrarás en calor.

Tanto Nuria como Milo evitaron posicionarse en contra de aquella iniciativa extemporánea, pero lo cierto es que la noche, a pesar de que Matilde se sintiera tan destemplada, era tórrida:

durante el día, las chicharras no habían dejado de cantar, y, al atardecer, cientos de hormigas aladas comenzaron a cubrir las fachadas de las casas. En el pueblo decían que barruntaban tormentas.

Xabier acarreó unos cuantos leños desde una caja que había en un rincón del salón y fue colocándolos en la chimenea. Debía de querer mucho a su madre, pensó Nuria, si estaba dispuesto a encender el fuego en plena ola de calor.

Nuria fue la primera que anunció que se acostaba, pero se mantuvo despierta hasta que vio llegar, al contraluz, a su madre, que caminaba con los hombros hacia delante, derrotada. Se levantó, le abrió la cama y esperó a que se pusiera el camisón. Después la tapó con la colcha.

—Te quiero mucho.

—Ya lo sé, cariño.

Le costó conciliar el sueño. Durante algunos momentos se sentía más tranquila, pero enseguida se apoderaba de ella el malestar, una especie de náusea, y revivificaba la imagen del gato: sus ojos; el mango del hacha; la hoja, brillante; la sangre. Y el dolor del estómago le trepaba por la tráquea hasta la garganta y se aguantaba las ganas de llorar. Las sábanas se le enredaban en los pies, y los sonidos del exterior se amplificaban y la sometían a un extenuante estado de alerta. Por fin, las luces del alba la mecieron, la noche había cedido, el día volvería a despertar, se escucharía algún camión de reparto, el relinchar lejano de los caballos, las voces de los vecinos. Fue la minuciosa evocación del trasiego con el que se anunciaría la mañana, la paradoja de tener que imaginar actividad para poder relajarse lo que logró, por fin, doblegar su consciencia. Solo durmió un par de horas: la despertó una pesadilla extraña.

La tapicería del Audi de Xabier olía a concesionario recién inaugurado, y aquel olor se imponía sobre el silencio dominante: el motor era silencioso, era silencioso el aire acondicionado, y los cuatro ocupantes se mantenían en silencio. Cuando Nuria divisó el puente, pidió que detuvieran el coche un momento. Xabier, sorprendido, lo aparcó a un lado de la carretera, junto al cercado que delimitaba una campa reseca en la que pastaban unos mulos. Nuria se bajó del coche y caminó hasta el puente por encima de la estructura metálica destinada a los peatones. Se apoyó en la barandilla herrumbrosa y miró hacia el río. Se volvió a preguntar por qué lo habían alterado, cuál era la razón real: los regadíos de los aguacates, los intereses de la central, el abastecimiento de agua, la necesidad de convertir aquellas charcas tan cercanas al pueblo en puntos Infoca, un plan para evitar inundaciones. Comprobó que el agua bajaba clara y supuso que las máquinas ya se habrían retirado. Sintió cierto alivio.

Levantó un poco la mirada y se detuvo en la central hidroeléctrica cuyo perfil se distinguía perfectamente desde el puente. Recordó que, cuando regresaban de Jimena de la Frontera, tras visitar a sus tíos paternos, verla iluminada, como si fuera una barraca de feria la alegraba. Observó después la panorámica que ofrecía Los Alcornocales. Ni la enfermedad de la seca, ni la lagarta peluda, ni los efectos de la sequía resultaban perceptibles a simple vista.

Dejaron atrás las curvas más cerradas y la frondosidad del parque natural, aquel verdor violento, que estallaba bajo el cielo encendido por el sol. A ambos lados de la carretera, que iba ganando altitud, pequeños pueblos, de planta árabe, se derramaban por las montañas y Nuria tenía que recordarse que esas pequeñas manchas blancas constituían un casco urbano, que al acercarse a ellos, si quisieran acercarse, descubrirían una alcazaba en lo alto de un risco; una plaza con palmeras; unas callejuelas empinadas, con alguna mierda de perro en una esquina, con los contenedores de basura apestando al mediodía; con los niños pegados a los muros de la escuela, cerrada en verano, para coger el wifi; con el sonido de los televisores resonando a la hora de la siesta; con cazuelas de carne en salsa y patatas con chocos y costilla adobada en las cocinas; con fuentes de agua fresca.

Al dejar atrás Ronda, la carretera se desenroscó y el coche comenzó a avanzar por largas rectas. Como si el paisaje fuera un mantel que se recoloca y se alisa, como si las montañas pudieran aplanarse con las manos, el terreno dejó de ser verde y abrupto y dio paso a plácidas vegas de trigo y girasoles. Al mirar hacia delante, parecían verse balsas de agua en la carretera, y

había que saber que solo se trataba de un efecto óptico, que eso es luz que refleja el cielo, azul como el mar, engañoso como las palabras.

Aunque era casi mediodía, decidieron parar a desayunar en una venta cercana a Antequera, que alguien había recomendado a Xabier. Nada más bajar del coche sintieron el calor, espeso y rotundo. En invierno, el sol solo está en el cielo y en los ojos; en verano, parece salir, ardiente, de la propia tierra. Por un segundo, Nuria echó en falta la molesta luz del invierno, la que se abre hueco entre las nubes grises, que produce el mismo efecto que la luz de una linterna, que no calienta, que solo ilumina.

Se sentaron fuera, como era la norma desde la pandemia, con las mascarillas en los codos, o en el interior del bolso, o sobre las piernas. La venta era un edificio cuadrado, con el tejado plano, de una sola planta, solitario, echado a un lado del asfalto. Un gran toldo daba sombra al exterior, que recordaba a un solar abandonado: a unos cincuenta metros a la izquierda, pegado a una alambrada, había un contenedor de basura; detrás de la alambrada, piezas metálicas, chatarra. Ocuparon las sillas que se agrupaban alrededor de la mesa que parecía más limpia, en la que no se apilaban vasos vacíos ni platos con restos de aceite. Nuria se levantó para estirarse el vestido y volvió a sentarse. Frente a ella, la carretera nacional, camiones, turismos y algunos descapotables conducidos por turistas despistados. Más allá, la llanura encendida.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Xabier a Matilde.

—Sí.

Nuria se fijó en que su madre sonrió de esa manera infantil en la que lo hacía algunas veces, arqueando las cejas y levantando los hombros al mismo tiempo, como si no conociera la razón de su alegría; pero, sin duda, su ánimo había mejorado, y parecía estar encantada con las continuas atenciones que Xabier le dispensaba. Habían acordado pasar los cuatro unos días en Tolosa. Milo quería realizar algunas excursiones desde la casa de su padre, y Nuria quería controlar dónde iba a pasar largas temporadas su madre. Quería saber si había muchas escaleras allí, si los peldaños estaban demasiado inclinados, si la cocina era de gas, si la instalación de la electricidad era nueva, si Xabier era ordenado, si cocinaba tan bien como había alardeado de hacerlo.

—Pedidme una tostada con manteca de lomo y un café con leche, voy a estirar las piernas —dijo de pronto Nuria, que se levantó y caminó decidida hacia un lateral del descampado. Confirmó entonces que había visto bien: un pequeño gato, blanco con manchas negras, asomaba la cabeza desde la parte trasera del contenedor. Se agachó y chasqueó los dedos y el animal se le acercó y comenzó a rozarse con sus piernas, y a ronronear. La miraba con sus pequeños ojos azules y maullaba tímidamente. Se irguió, sacó la mascarilla de su bolso y se dirigió hacia el interior del bar. El gatito la persiguió durante un tramo, pero después, asustado seguramente por el gentío que había en la terraza, regresó a su trinchera. Un camarero con camisa blanca, gomina en el pelo y con manchas de despigmentación en la cara y en el cuello trajinaba detrás de la barra. Tuvo que dirigirse a él dos veces para que la atendiera.

—¿El gato? Antes había más, no sé si se los habrán llevado o si los habrá matado alguna

alimaña.

—¿Me lo puedo llevar?

—¿Quieres una caja de cartón?

Caminó sin apartar la vista del gato, sonriente, con la caja en las manos, y cuando volvió a la mesa, lo mostró orgullosa.

—¿Y eso? —preguntó Milo.

—Míralo, ama, mira qué carita tiene.

Matilde acercó la cara a la caja para poder verlo bien, y el animal estiró el cuello hasta rozar con su pequeña nariz la de la mujer que lo miraba embelesada.

—Cógelo si quieres, es muy bueno.

Nuria se lavó las manos con hidrogel, recuperó su asiento y pegó un sorbo del café, que se había quedado frío. Le supo malo como el demonio.

—Nos lo vamos a llevar —anunció—. No tiene dueño.

—Procurad que no lo vea la Guardia Civil porque, en rigor, el gato debe ir en un trasportín —dijo Milo.

—Seguro que en alguna área de servicio venden trasportines, no hay problema —terció Xabier mientras miraba sonriente a Matilde, que parecía estar muy ilusionada con el animal.

Nuria untó la manteca en su tostada —le habían servido un plato generoso—, y de pronto la mirada se le perdió y volvió a ver los ojos del gato muerto, el mango del hacha y la hoja brillante, y comenzó a sentirse nerviosa, sin saber precisar la razón de su malestar. Cogió el cuchillo para cortar la tajada de lomo, que era demasiado grande, y el mango se desprendió y el filo metálico cayó sobre el plato. Se quedó mirándolo, sin reaccionar, y al cabo de unos segundos lo empalmó de nuevo con el mango. Repitió varias veces la operación y entonces, como si lo tuviera de nuevo enfrente, volvieron a resonar las últimas palabras que intercambiaron con Ezequiel: Es un hacha portuguesa; tiene el ojo redondo y el mango redondo también. Recuperó la imagen: el cuerpo ensangrentado del gato, el ojo ovalado del hacha, el mango romo; el ojo ovalado, ovalado, del hacha.

—Ezequiel no mató al gato —dijo de pronto.

—¿Cómo que no? —contestó su madre.

—No, lo mataron con un hacha andaluza, y él usaba hachas portuguesas. Me lo explicó un día que me lo crucé cuando bajaba al río.

—¿No son todas las hachas iguales? —preguntó Milo.

—Ezequiel no usaba el hacha andaluza porque de joven le abrió la cara a un corchero.

Nuria volvió a ensombrecerse, el recuerdo del animal muerto.

—¿Cómo que no fue Ezequiel? —repitió Matilde.

—Fue Montero.

—¿Montero? —Matilde se mostraba confundida—. ¿Por qué?

—¿Estás segura? —le insistió Xabier—. Si estás segura, denúncialo.

—¿Para qué? ¿Qué le iban a hacer?

Era solo un gato, le faltó decir. Y tenía razón, no investigarían más; sin embargo, ella estaba convencida de que purgaría su culpa.

—Voy a pagar —dijo Milo—. Estoy harto ya del calor.

A pesar de la placidez que parecía envolver el viaje, Nuria no conseguía arrinconar la angustia que le había generado el sueño de la noche anterior. Las imágenes, tan reales, conservaron su definición tras despertarse: primero aparecían cuatro pies, pequeños, zapatillas de cordones, calcetines blancos. Se oía el sonido de las suelas sobre las hojas de los alcornoques. Después, pudo ver una imagen más amplia y distinguir la figura de dos niños: pantalones cortos, camisetas blancas, cabellos rubios. Caminaban con pasos sincronizados, como si fueran una sola persona, por una dehesa. No parecían tener prisa por llegar a ninguna parte, pero avanzaban con decisión. Guardaban silencio, como si todo lo que pudieran decirse se lo hubieran dicho ya y, en esos momentos, ejecutaran una decisión previa. Las hojas de los árboles se agitaban: el viento parecía llegar de muy lejos, cargado de presagios, de advertencias, de amenazas. Los perros se asomaban a las alambradas que cerraban parcelas, enseñaban los colmillos, pero ninguno ladraba. Los niños alcanzaron un llano y giraron hacia la derecha, de nuevo sin mediar la palabra, y se detuvieron frente a un alcornoque muy robusto. Tantearon su corteza, deslizaron sus dedos por las rugosidades del corcho. Parecían dispuestos a trepar por el tronco —uno de ellos ya había encajado un pie en un saliente— cuando de pronto, desde el interior del sueño, se giraron para mirarla, como si desde el principio hubieran sabido que ella los vigilaba, como si no estuvieran haciendo otra cosa que atender un mandado, como cuando los chicos del pueblo van a por huevos o a por un paquete de harina del que se han olvidado los mayores, como si nunca hubieran hecho otra cosa que satisfacer el deseo de los adultos.

Los dos le sonreían, pero en aquella ocasión, Nuria sí vio en sus ojos azules algo terrorífico: su propio deseo de venganza.

Miró a través de la ventanilla: los olivos se sucedían, monótonos, como el cielo, azul, sin una sola nube. Se preguntó cuánto tiempo faltaría hasta que una gran sequía destrozara aquella tierra. Siguió concentrada en el paisaje, atenta por si aparecía algún cartel que indicara la cercanía de una gasolinera. Ella no tenía tan claro que fueran a encontrar con facilidad un trasportín, pero le agradaba la idea de buscarlo. Siempre le había gustado enredar en las gasolineras, fijarse en la comida que tenían en las vitrinas refrigeradas, leer los titulares de los periódicos y las revistas, comprar alguna chuchería. Le recordaban a los tiempos en los que recorrían en coche las carreteras nacionales que unían el norte con el sur de la península. Aquellos viajes eran tan largos que le daba tiempo a volverse más andaluza o más vasca dependiendo de la dirección que llevaran.

Su madre, que le había pedido a Milo que la dejara sentarse en el asiento de atrás, llevaba la caja del gato sobre las piernas y no le quitaba ojo de encima al animal. De vez en cuando, como quien echa un vistazo al pañal de un bebé, se aseguraba de que las servilletas que habían puesto en el fondo no mojaran el cartón. Cada dos por tres le acariciaba la cabeza, o el lomo, y si el gato maullaba, le hablaba como si fuera una persona y le explicaba que enseguida pararían y le darían comida, o le pedía amorosamente que estuviera tranquilo. Nuria se sintió tentada de preguntarle a Xabier dónde tenía pensado acomodar a esa criatura, pero decidió no adelantar acontecimientos. No creía, además, que fuera a haber ningún problema con ese asunto. Comprarían una pequeña cama para gatos, latas de comida húmeda, lo llevarían al veterinario. Por las noches, el gato se acurrucaría entre los dos mientras veían algún programa de televisión.

El sonido del teléfono móvil de su madre la devolvió al interior del coche. Se preparó para asistir a una de las anodinas conversaciones, a un volumen innecesariamente alto, que solía mantener con su hermano o con alguna de sus amigas; sin embargo, el tono que adoptó se volvió muy serio enseguida, y tan solo por las réplicas que daba a su interlocutor se hizo evidente que le estaban comunicando alguna calamidad. Xabier miraba de reojo a través del retrovisor delantero, con cuidado de no despistarse de la conducción, y Milo miraba a Nuria como si ella pudiera conocer alguna clave familiar que arrojara algo de información. Matilde colgó por fin.

—Montero se ha cortado los tendones de un brazo descorchando en Salamanca —dijo.

—¿Es grave?

—Mi hermano dice que no volverá a trabajar en las corchas.

—¿Y cómo se ha hecho eso?

—Por lo visto se ha dado en el codo, ha perdido el control de la mano, y el hacha se le ha clavado en un antebrazo.

Nuria viajaba reclinada sobre el respaldo del coche. La angustia que le había generado el sueño se le había disipado. Desconectó pronto de la conversación, no se interesó por los detalles del accidente, ya sabía todo lo que quería saber, así que se entretuvo, como hacía cuando era niña, oliendo los objetos que sacaba del bolso de su madre: una barra de labios, la funda de las gafas, una cartera, una caja de pastillas de Dogmatil, una muestra de perfume. Recordó la visita que hicieron a su tío en el hospital de La Línea de la Concepción. Aquel día se había quedado grabado en la memoria de Nuria: los *volaores*, el palo que le sacaron del ojo, la jeringuilla en la arena de la playa. Permanecieron en el hospital hasta bien entrada la noche y después regresaron al pueblo. A la altura de Jimena de la Frontera, Nuria se fijó en que la luna, situada justo encima del castillo, estaba teñida de rojo. Lo siguiente que recuerda es que, de madrugada, se llevaron a su padre en ambulancia y que ella se quedó con Gloria, la vecina. Por la mañana, su madre la abrazó muy fuerte y le habló muy despacio. Después —no sabía precisar si mediaron horas o días—, la casa se llenó de mujeres vestidas de negro, y más tarde se encontró en el cementerio. El enterrador preparó un mortero en el interior de una carretilla situada frente al nicho abierto. Nuria oyó que le decían que aún tenía a su madre. No estaba preparada para la transitoriedad de aquel adverbio porque en esos momentos, en los que sentía más miedo que dolor, necesitaba creer que a su madre la tendría siempre. La buscó entonces con la mirada, y vio que estaba abrazada a su hermano Alfredo. Nuria se soltó de la mano de alguien y cruzó por delante de la carretilla, de los ladrillos y del enterrador y se colocó junto a ella, y vio que tenía la cara mojada, y se agarró a su cintura, con fuerza, para que su tío se apartara y pudiera ella reconquistar su espacio en el mundo, que, sin duda, habría de estar al lado de su madre, porque se habían quedados solas, y ella debía protegerla, debía protegerla para siempre.

—En cinco kilómetros hay una gasolinera —avisó Milo, que debía de haber visto algún cartel anunciador.

Nuria se fijó en su madre, que miraba sonriente a Xabier, y en ese preciso instante, con la rotundidad de las revelaciones, comprendió que lo mejor era que su viaje terminara en Vitoria, desde donde podría coger un autobús a Llodio. Les diría que, por supuesto, iría pronto a visitarlos. Lo anunciaría con una sonrisa, convencida de estar haciendo lo correcto, segura de que era eso lo que debía suceder, y sabía que su madre protestaría y que Xabier también insistiría

para que siguiera con ellos hasta Tolosa: ven con nosotros, aunque solo sea durante unos días; no, ama, vete, disfruta. Y en Vitoria ella sacaría su equipaje del maletero del coche, y la serie de movimientos definitivos que se sucederían después —una mano que se aferra a una empuñadura de plástico, los giros de las ruedas de la maleta sobre la superficie rugosa de la acera, la consulta del reloj en el móvil para revisar el horario de los autobuses— se desarrollarían sin que nadie los obstruyera.

Aunque ya no le quedara nadie allí, regresaría al lugar donde se había criado porque sabía que al subir a un alto podría indicar con seguridad que aquello era Amurrio, y aquello otro era Orozko, y que más allá, a los pies de la Sierra Salvada, quedaba Orduña y que tras el monte Ganekogorta, a lo lejos, estaba el mar, y podría señalar, desde ese punto, dónde estaba el obrador del que salía su pan favorito y por dónde discurría aquel sendero en el que una vez encontró unos prismáticos, y en qué zona se agrupaban el soto de castaños que solía recorrer apenas comenzaba el otoño: era el consuelo de la pertenencia, como había aprendido a nombrar a esa emoción que la amparaba, la rara pero firme compañía que ofrecen los paisajes.

Los limpiaparabrisas comenzaron a funcionar de pronto, y en el interior del coche se instaló cierta atmósfera de intimidad. Nuria miró plácidamente a través de la ventanilla y comprobó que el cielo estaba muy nublado: la lluvia empaparía los campos.

La seca

Txani Rodríguez

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la fotografía de la portada, Olga Moreira / STOCKSY

© Txani Rodríguez, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2024

ISBN: 978-84-322-4289-2 (epub)

Conversión a libro electrónico:

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

